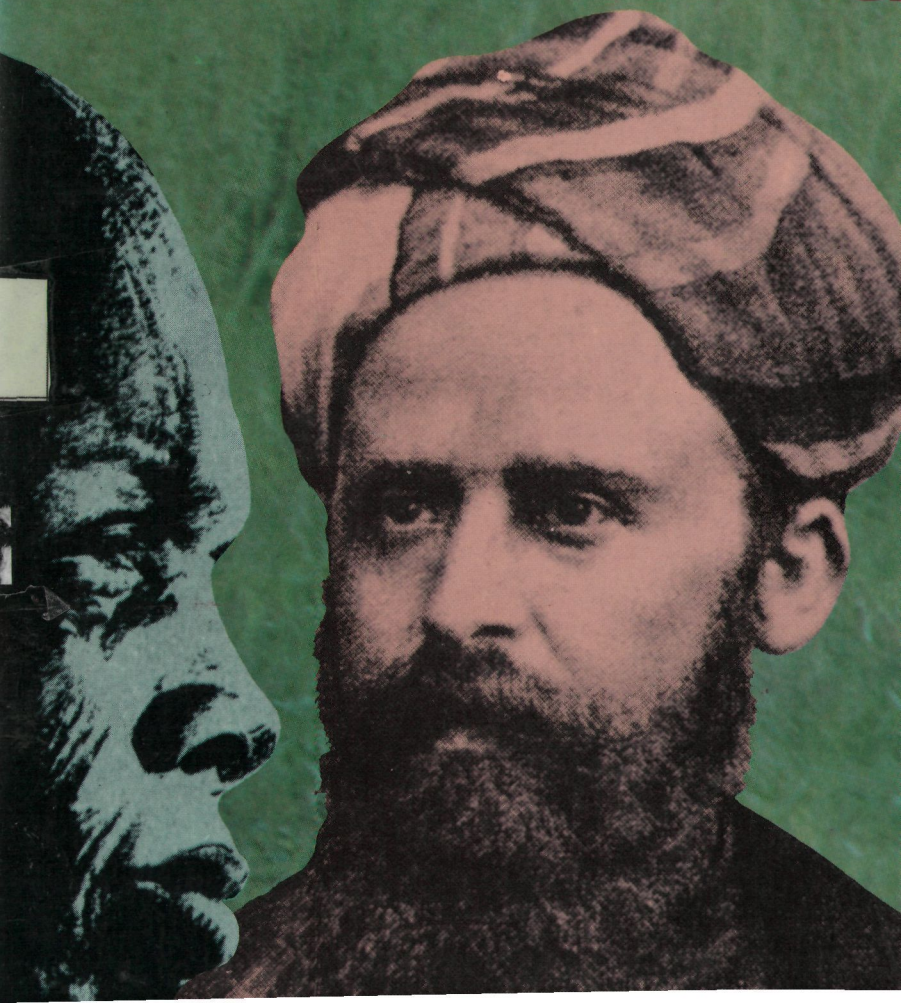


DANIEL COMBONI

PROFETA DE AFRICA



Domenico Agasso

DANIEL COMBONI

Profeta de Africa



EDITORIAL MUNDO NEGRO
Arturo Soria, 101. 28043 MADRID



EDICIONES ESQUILA, S. A. de C. V.
Ponciano Arriaga, 10
Col. Revolución
06030 México, D. F.

PROLOGO

Titulo original:
DANIELE COMBONI, PROFETA DELL'AFRICA
Editrice Missionaria Italiana - Bologna (Italia)

Traducción: M.ª Teresa Schiaffino
Portada: Diego Tapia

© EDITORIAL MUNDO NEGRO
Arturo Soria, 101
28043 Madrid

© EDICIONES ESQUILA, S. A. de C. V.
Ponciano Arriaga, 10
Col. Revolución
06030 México, D. F.

ISBN: 84-7295-097-2
Depósito legal: M. 26.662-1988
Imprenta Fareso, S. A.
Paseo de la Dirección, 5
28039 Madrid

La vida de los sacerdotes solamente se justifica, si se basa en un amor profundo y, por así decirlo, expansivo a Jesucristo. Amor incontenible que se hace anuncio, testimonio y servicio, sostenido por el ansia fundamental de hacer nacer y crecer en el hombre la plenitud de la vida del Hijo de Dios.

Daniel Comboni no tuvo otra finalidad, ni buscó otra cosa durante los breves y trabajosos años de su vida. Su actividad de sacerdote y de obispo emerge en las páginas de esta biografía de Doménico Agasso con la fuerza de una llamada profética.

Capaz de despertar impulso y decisión en quienes viven ya una experiencia más o menos parecida a la suya, Comboni puede ciertamente seguir presentándose hoy como modelo de vocación cristiana a los jóvenes dispuestos a entregarse sin reservas por amor a Cristo al servicio de los hermanos más pobres.

Me parece que podemos señalar algunos aspectos de este amor, algunos rasgos característicos particularmente evidentes en el camino espiritual y pastoral de Comboni.

El amor a Cristo —y la obediencia a la voluntad del Padre que de él deriva— se traduce ante todo en un afán ilimitado y universal por la salvación de los hombres. Afán que no puede ser genérico, ni diluirse en una abstracta benevolencia a “todos”. Necesita un objeto preciso y definido con el que confrontarse y comprobar su propia autenticidad.

Comboni fue misionero en una Iglesia que estaba descubriendo de forma nueva y con nuevo afán su propia

vocación universal. Lo fue con una intuición sagaz y apuntó concretamente a un sujeto bien determinado: el Africa negra, que si para otros significaba de forma imprecisa y vaga "el mundo de los negros", para él quería decir un pueblo bien definido de "pobres abandonados", por los cuales dar la vida y preferir morir antes que abandonarlos. De ahí su lema: "¡Africa o muerte!"

Otro motivo destaca claramente en la vida de Daniel Comboni: el amor a Cristo le impulsa a una actitud de absoluta gratuidad, de total desinterés y olvido de sí, pero al mismo tiempo exige de él un continuo control de la inteligencia y del sentido crítico, para no degenerar en una piadosa inutilidad o en una pasajera y estéril aventura.

Comboni fue un "pobre de espíritu", según la acepción más genuina de la Bienaventuranza evangélica. Se nos presenta como un hombre desprendido completamente de sí y de todo cálculo mezquino o interés personal. Al mismo tiempo, sin embargo, no deja de reflexionar y de interrogarse, no renuncia a cambiar y proyectar nuevos métodos y opciones cuando las circunstancias, los sucesos dolorosos o los contratiempos indican que su camino puede ser equivocado, sin salida o excesivamente prematuro. En tales casos, no le vemos endurecerse contra la evidencia —la santidad cristiana es tenza, pero no terca—, ni tampoco zanjar el problema apelando a la lógica de la cruz. Los obstáculos y las derrotas le espolean, y él se deja interpelar y continúa buscando, empleando su excepcional talento de inteligencia pastoral y de genialidad tanto organizadora como espiritual, teniendo en cuenta no el éxito ni la eficacia inmediata, sino el fruto abundante que dura y permanece.

Otro tercer rasgo del amor a Cristo aparece en primer plano en la vida de Daniel Comboni: seguir al Maestro en forma radical que comprometa hasta el fondo la fidelidad y la fanasía. Una fidelidad que no se resigna a la repetición pasiva del pasado, y una fantasía que, proyectando algo

nuevo y mirando al futuro, no olvida anclarse en la tradición y vincularse con el único cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

Comboni, incluso en los momentos más difíciles y atormentados —y aunque tuvo que pasar por el crisol de la calumnia, el tormento de la incompreensión y el aislamiento ocasionado por la retirada de los miedosos y la acumulación de las responsabilidades—, nunca puso en discusión la absoluta fidelidad a la Iglesia y la disponibilidad a la obediencia. Sin embargo, en esta biografía se nos presenta lo más contrario posible a un ejecutor pasivo: su "Plan para la salvación de Africa" condensa y organiza en un todo genial todo lo que sobre su propia vocación misionera iba descubriendo la Iglesia en la primera mitad del siglo pasado. En muchos puntos anticipa la introducción de métodos y valores que tendrán que esperar al Vaticano II para encontrar una confirmación definitiva y autorizada. Piénsese, por ejemplo, en su llamamiento a los obispos del Vaticano I solicitando la colaboración directa de toda la Iglesia y de sus diócesis en la labor misionera, así como también la importancia dada a la formación de evangelizadores —sacerdotes o laicos— pertenecientes al mismo pueblo al que se anuncia el Evangelio: "Salvar a Africa por medio de los africanos" (Plan).

Finalmente, dedicarse al servicio del hombre por amor a Cristo quiere decir ocuparse de la salvación integral y última de la humanidad. Esto requiere, por un lado, no perder de vista las condiciones culturales, sociales y políticas que ambientan y reciben la salvación; por otro, la preocupación previa y concomitante a la promoción humana, que la favorece y expresa a nivel histórico.

Me parece que también Comboni dio un ejemplo particularmente eficaz de esta difícil combinación, como lo destaca perfectamente el autor de la biografía en varias ocasiones. Sin olvidar nunca el objetivo último de su actividad misionera, pero manteniéndolo lejos de las fáciles tentaciones de compromiso político y de instrumentaliza-

ción colonial (creemos que el mayor mérito del libro de Agasso está en haber destacado este aspecto), consigue valorar y poner al servicio del Evangelio el impulso humanitario que sacude a Europa. París, Colonia, Viena, las cortes de Prusia y de Baviera escuchan la demanda de colaborar en su obra y sostenerla en su esfuerzo por lograr hombres libres (recordemos el problema de la esclavitud), para poderlos conducir a la plenitud de la filiación divina.

Mobiliza a toda Europa para esto, y también aquí aparece Comboni como un "profeta": no predica misiones nacionales que corren el peligro de condicionar la evangelización a los intereses políticos de las potencias. Lo que pretende es un despertar evangélico del espíritu de servicio y del amor a la vida, que son unos de los valores más altos que la Europa cristiana debe ofrecer al mundo.

Si Comboni fue un "profeta", lo fue hasta el fondo, hasta la señal suprema que da la eficacia a la profecía cristiana, hasta la cruz.

No sufrió un martirio cruento, pero sí su equivalente. Le fue reservada la cruz, bien dura, de las enfermedades tropicales y sobre todo la de los sufrimientos íntimos y las decisiones difíciles, las responsabilidades solitarias, las incomprendimientos, los abandonos, los juicios severos, las calumnias hasta de los mismos amigos... Comboni sabe que sólo la muerte de cruz le dará, como a Cristo, una verdadera fecundidad espiritual para las misiones, para sus institutos nacientes, para el Africa negra.

Cuando la noche del 10 de octubre de 1881, muere en Jartum, en el corazón de su amada Africa, precisamente las cruces espirituales acumuladas sobre sus espaldas serán, más que las fiebres palúdicas, las que a los cincuenta años dobleguen su robusta constitución. Pero el que muere es un hombre que ha dejado escrito: "Soy feliz en la cruz, que llevada gustosamente por amor de Dios, engendra triunfo y vida eterna". Y también: "Yo muero, pero mi obra no morirá".

Los hombres y las mujeres que siguen de cerca el camino abierto por este misionero carismático están como él, por amor a Cristo, dispuestos a llevar la cruz y a morir por los pobres y por su salvación. Y en estos cien años estos misioneros lo han demostrado muchas veces con los hechos.

Diego Coletti

Rector del seminario teológico de Milán



CAPITULO I

**UNA MISTERIOSA
OSCURIDAD**

El año 1597 nueve misioneros europeos y diecisiete cristianos asiáticos murieron crucificados en una colina próxima a Nagasaki, en Japón. En los treinta años siguientes fueron martirizados otros 205. Eran sacerdotes y laicos que en su mayoría fueron quemados vivos o decapitados también en Nagasaki. Durante más de dos siglos no se volvió a hablar de cristianos en aquella región.

Alfonso de Ligorio relató esos sucesos en una historia de estilo sencillo que tuvo gran difusión. Un siglo después se seguía leyendo, sobre todo en los Institutos religiosos. Y en 1846 cayó en manos de un seminarista de Verona, Daniel Comboni, de quince años de edad. Este, como es natural, se entusiasmó con los evangelizadores, los primeros cristianos del Japón y aquellas remotas catacumbas. Un chico que quiere ser sacerdote sueña siempre con empresas difíciles y lejanas. Y, además, en ese momento el Extremo Oriente estaba volviendo a ser de actualidad.

En 1846 un misionero francés había intentado penetrar en Japón, pero había sido expulsado. (Hasta 1858 nadie pudo poner allí los pies.) Y empezaban a conocerse las vicisitudes de otra comunidad cristiana excepcional, la de Corea: una Iglesia sin sacerdotes, fundada por un laico, con pocos miles de fieles más o menos clandestinos. Un sacerdote chino que se unió a ellos, en 1794, fue asesinado casi en seguida. Treinta años más tarde murió de agotamiento en Mongolia un misionero francés que se dirigía secretamente hacia la comunidad coreana. Por

fin, otro francés consiguió llegar, resistió tres años y acabó siendo ejecutado con otros doscientos fieles. Sin embargo, la Iglesia coreana seguía viviendo.

Pasado y presente: las páginas entusiastas de Alfonso de Ligorio y los acontecimientos de la actualidad. Era comprensible el entusiasmo de Daniel Comboni y de otros seminaristas como él, no se sabe cuántos. Vivían en tiempos de una fuerte renovación misionera, después de la crisis de la revolución francesa y de las guerras subsiguientes que lo bloquearon todo en todas las partes del mundo. Con el Papa prisionero de Napoleón, con la congregación de Propaganda Fide, motor de las misiones, prácticamente liquidada, con las supresiones de órdenes religiosas (precedida por la de la Compañía de Jesús, con miles de misioneros), con las comunicaciones obstaculizadas por los conflictos..., claro está que faltaban los hombres, los recursos y las voluntades.

Los misioneros muertos o expulsados no se podían reemplazar; se cerraban iglesias, escuelas y hospitales. En la isla de Trinidad un franciscano irlandés permaneció solo durante quince años. Todavía algún tiempo después de la caída de Napoleón las estadísticas seguían siendo desalentadoras: "Hay veinte misioneros en la India, trece en Ceilán (hoy Sri-Lanka), dos en Malasia, siete en Siam (Tailandia), dos en Indonesia, una docena en las islas Mauricio y Reunión, unos treinta en Congo y una decena en Mozambique, media docena en el África septentrional, uno en Guayana, varios en California, dos en el nordeste canadiense... y ni uno en Japón, Corea, Asia central, Australia, Madagascar y América central" (S. Delacroix).

Los primeros signos de la renovación fueron la restauración de la Compañía de Jesús, en 1815, con la reapertura de sus misiones en el Missouri, la total reorganización de Propaganda Fide en 1817, el nacimiento de nuevas congregaciones con finalidad misionera entre 1815 y 1820. La renovación fue trabajosa porque los medios seguían siendo muy escasos.

Las ideas tampoco eran siempre claras. Por ejemplo, en la India perduraba la costumbre de imponer a los convertidos apellidos portugueses, trajes portugueses y hasta comidas a la portuguesa, convirtiéndolos con esto en extranjeros en su propio país y detestados por sus compatriotas. En cambio, la francesa María Javouhey, fundadora de las religiosas de San José de Cluny, fue de las primeras en lanzar a las mujeres al campo misionero, reservado hasta entonces casi exclusivamente a los hombres, y en tener iniciativas para la formación de sacerdotes africanos. Pero tuvo más valor que éxito.

Otro gran paso fue el de Anni Venti con la entrada en escena de los laicos. También ejerció gran influencia otra mujer francesa, Paulina Jaricot; ésta y un fuerte ambiente católico como el de Lyon dieron vida a la Obra para la Propagación de la Fe. Su finalidad era procurar medios a las misiones, pero no con colectas ocasionales o con grandes donativos de algunas personas, sino con ofrendas insignificantes, pero al alcance de todos y regulares: una perra chica a la semana. En una palabra, la financiación en masa.

La organización era capilar —de las grandes ciudades a las aldeas— y los contribuyentes estaban agrupados por docenas, centenas y millares. Una serie de publicaciones populares divulgaba los problemas misioneros entre esas personas, que en pocos años llegaron a ser miles y millones en Europa y en América. Todo el trabajo de las colectas y administración de los fondos estaba en manos de los laicos. De este modo, se empezaba a poder proporcionar subsidios regulares a las misiones y a sensibilizar al mundo católico sobre la obra de la evangelización.

El gran impulso misionero se debió a Gregorio XVI, pontífice sobre el que pesan muchos juicios negativos a causa sobre todo de su comportamiento —inexperto y temeroso— como jefe del Estado pontificio. Habría que decir que las culpas eran intrínsecas a esa institución

temporal que desgraciadamente persistía aún y cuyo gobierno constituyó la mayor calamidad del Papa Gregorio. El caso es que éste ha pasado a la historia como el hombre del retroceso.

Pero en lo tocante a las misiones fue muy distinto. Ante todo, supo rehacer —a veces hacer del todo— las estructuras en todos los continentes y, lo que es más, perfeccionarlas, adaptarlas al presente y al futuro con un valor que sorprende al que solamente lo conozca como Papa-rey. Allí estaba su verdadero campo y supo ser mucho más audaz que los otros gobiernos. A él se deben las primeras actuaciones que tendían a enraizar el cristianismo en las realidades nacionales (particularmente en China y en India y no sin oposiciones); y sobre todo se le debe la gran directiva general de 1845 que ordenaba preparar a cristianos negros, amarillos y de cualquier color, para ser también ellos sacerdotes y obispos, jefes de sus iglesias con “privilegios, honores y cargos como los europeos”.

Durante el pontificado de Gregorio XVI acabó la fase de la restauración, del retorno a la misión al modo antiguo, y comenzó la expansión con un espíritu diferente. Muchas actividades misioneras nacidas a partir de entonces y con ese espíritu empezaron a moverse en la nueva dirección. Otras, que habían dado antes algunos pasos pero entre contradicciones y dificultades, se movieron con más seguridad.

El sacerdote sulpiciano Francisco María Libermann, hijo de un rabino francés, se dedicó a la formación del clero africano e incluso vislumbró la posibilidad de “hacer que Africa trabajase en su propia redención”, pero a largo plazo. En Italia don Niccolo Olivieri y don Biagio Verri, de Liguria y Comasco, respectivamente, se dedicaban a la instrucción y a la educación cristiana de niños africanos. A escala más amplia trabajó en esa obra el franciscano Ludovico da Casoria que fundó en Nápoles

un colegio para jóvenes negros con el proyecto de formarlos para frailes menores.

Daniel Comboni, que soñaba con las misiones de leer la historia de los mártires japoneses, pasó su infancia y adolescencia en este ambiente. Luego, su sueño se convirtió en una decisión precisa, realizada con determinación y serenidad. Comboni quería ser misionero y lo fue: trayectoria que parece lo más natural del mundo. Pero de niño ignoraba que iba a ser misionero en una tierra que no sería el Japón del que hablaba San Alfonso de Liguorio. Y sobre todo en una dimensión muy distinta: misionero sí, pero extraordinariamente avanzado para su tiempo, ya que se anticipó más de un siglo a ocho pontificados y dos concilios ecuménicos. El chico que escuchaba boquiabierto los relatos del Japón del siglo XVI era coetáneo, sin saberlo, de los evangelizadores del año 2000.

1. En la escuela de vida de don Mazza

Daniel Comboni nació en un pueblecillo cercano al lago de Garda, Limone, el 15 de marzo de 1831, hijo de Luigi y de Domenica Pace. La familia era pobre; el padre trabajaba en el “Tesolo” (Teseul en el dialecto local), que era una gran huerta-olivar perteneciente a un magistrado, el doctor Juan Bautista Ferrari. Tercero de ocho hijos, en poco tiempo quedó siendo el único. Algunos de sus hermanos y hermanas murieron casi recién nacidos; otros, en pocos años y el primogénito, Virgilio, murió a los veintiún años.

Bautizado el 16 de marzo, con los nombres de Antonio Daniel, venía al mundo como súbdito de Francisco I de Habsburgo, emperador de Austria, rey de Lombardía y el Véneto, precisamente en tiempos de las primeras sacudidas que sufrió el sistema político construido por el Congreso de Viena. (Julio 1830: caída de Carlos X y de la

dinastía de los Borbones en Francia. Noviembre: separación de Bélgica y Holanda. Diciembre: insurrección polaca contra los rusos, truncada por el ejército del zar Nicolás I.)

El 2 de febrero de 1831 el cónclave reunido en el Quirinal para elegir al sucesor de Pío VIII, designó al benedictino camaldulense Mauro Cappellari, que tomó el nombre de Gregorio XVI. Este se encontró en seguida ante una revolución que había estallado contra el duque de Módena después de la prisión de Ciro Menotti y que se había extendido al territorio pontificio. Y no se le ocurrió sino pedir ayuda a Austria, que envió tropas para sofocar también la rebelión en el Estado de la Iglesia.

En Lombardía, en cambio, no hubo ninguna agitación, pues estaba repleta de guarniciones austríacas a las órdenes del general Radetzky. También permaneció todo tranquilo en el pueblecito de Luigi Comboni, donde acababa de nacer Daniel. Algunas de las personalidades implicadas en aquellos movimientos, unos decenios más tarde estuvieron de algún modo relacionadas con el recién nacido de 1831.

En Limone sólo había dos clases elementales. Cuando Daniel las terminó, llovieron sobre sus padres los consejos de parientes y paisanos que les repetían: “Es muy inteligente; déjale que siga estudiando”. Lo que suele ocurrir al niño de talento en una casa pobre. Hacer que estudiara comportaba sacrificios evidentes para los suyos y, además, enviarlo fuera de casa en corta edad aún requería la separación, la lejanía. Resolución amarga, sobre todo para su madre, que ya había visto morir a varios hijos. Pero al fin vencieron las razones de Daniel, gracias a la capacidad de renuncia de sus padres. Entonces no se hablaba mucho del derecho de los hijos, pero a ellos les bastó conocer el deber de los padres. Así pues, Daniel salió de Limone y fue a Verona para seguir sus estudios. Al principio se alojó en una familia, luego “fue a casa de don Mazza”.

En la Verona de aquel tiempo —y aún después durante varias generaciones— “ir a casa de don Mazza” significaba ser persona de valer. Don Nicola Mazza, nacido en el ocaso de la República Serenísima, era uno de esos hombres que se anticipan a su tiempo y despertaban al catolicismo italiano. Una especie de don Bosco, que además tenía a sus espaldas los horizontes ultramarinos de la república veneciana. Y tenía también algo del Cottolengo con sus grandes aspiraciones, aunque con los bolsillos vacíos.

En Verona empezó creando una institución para niñas huérfanas, centro profesional excelente y avanzado. Años más tarde fundó un instituto masculino, pero de un tipo insólito. Se proponía, como mucho después escribió Comboni, acoger a “jóvenes de gran talento y moralidad probada con el fin de formar sacerdotes hábiles para el servicio de la Iglesia y hombres capaces para la sociedad humana”. Don Mazza era, pues, un buscador de talentos dispersos y desatendidos. Pero sin exclusivismos clericales: eran sacerdotes si querían y tenían aptitudes; si no, los ayudaba a realizarse de acuerdo con sus inclinaciones, entregándolos luego a la sociedad capacitados y realizados.

En las frases que hemos citado de Comboni, la pedagogía de Mazza está indicada con dos adjetivos: sacerdotes hábiles, hombres capaces. En ese Instituto sólo era obligatoria una cosa: actuar seriamente, o sea, lo que llamaríamos hoy la profesionalidad. Claro está que se trataba de una profesionalidad enriquecida, llena de iniciativas y orientada por la fe. Pero no se concedía nada a entusiasmos pasajeros, a la improvisación, de la que don Mazza era tan enemigo como del diablo.

Lo que sí improvisaba casi todos los días era cómo sostener sus dos institutos necesariamente costosos. Era también un soñador: soñaba con las misiones dispuesto a participar en ellas, aunque fuera solamente mandando a África un solo sacerdote. Pero claro está que éste tenía

que haber estudiado, conocer lenguas, estar al tanto de las últimas expediciones, entender de medicina, saber algunos oficios. Desde 1849 empezó también él a reunir niños y niñas de Africa, como hacían don Olivieri, don Verri y sobre todo el Padre Ludovico da Casoria. Estos alumnos eran libres de escoger entre vida religiosa o laical. A don Mazza le gustaba enviarlos de nuevo a Africa para que fueran padres y madres de familia. Pero tenían que ir ya formados en la fe, bien instruidos (en Verona estudiaban el árabe además del italiano) y con una profesión. En resumen, también ellos hábiles y capaces.

En el Instituto Mazza Comboni realizó la decisión de hacerse sacerdote que tenía no sabemos desde cuándo. Parece que la vocación no le vino en un momento determinado. Probablemente se trató de un germen que fue desarrollándose gradualmente hasta llegar a la meta. Hizo estudios brillantes y fue ordenado sacerdote el 31 de enero de 1854 por el obispo de Trento, mons. Juan Nepomuceno Tschiderer. Tenía veintitrés años.

Igualmente había madurado en él la opción misionera, muy natural en aquella época y sobre todo en el ambiente del instituto Mazza. Allí Comboni siendo seminarista veía a sacerdotes jóvenes que se preparaban para partir y a niños africanos que llegaban para estudiar. Era natural que sus aspiraciones, como las de don Mazza, se orientaran a Africa y, particularmente, a la tierra de los africanos negros, Sudán, que para los antiguos romanos era Nubia y en el ochocientos se llamaba Africa negra. Comboni a los dieciocho años hizo a don Mazza la promesa solemne de ir como misionero al Africa negra. De modo que, cuando estudiaba para sacerdote, ya lo hacía para misionero y para africano.

2. Mohammed Alí, el conquistador

Por ese tiempo Africa era, al menos en parte, una tierra misteriosa. Por ejemplo, quedaba por resolver el

problema de las fuentes y del curso exacto de sus cuatro grandes ríos: Nilo, Congo, Níger y Zambeze. Las sociedades geográficas europeas financiaban expediciones y prometían recompensas al que solucionara esos enigmas. Las informaciones sobre algunos territorios eran aún las que dieron Tolomeo o Heródoto. Existían también los misterios de regreso, como el de la ciudad de Timbuctú o Tombuctú, en la actual Malí. Había sido visitada y descrita en el siglo XV por un europeo, el florentino Benedetto Dei, viajero, comerciante y espía de Venecia. Pero luego no se había sabido nada más. ¿Existe Tombuctú? ¿No existe? ¿Cómo es?

El primer europeo que puso allí los pies cuatro siglos más tarde fue el francés René Caillé, en 1828; pero, a su regreso, muchos no le creyeron porque describía una ciudad demasiado diferente de la que hablaban los antiguos relatos.

En el aspecto político Africa era en gran parte independiente, es decir, estaba en manos de príncipes africanos, de tribus que dominaban a otras, o también sujetas a una soberanía turca más bien nominal. El único territorio importante conquistado ya militarmente por una potencia europea era Argelia, ocupada por los franceses desde 1830; allí se estaban trasladando miles de viticultores arruinados en Francia por la filoxera. Aparte del establecimiento boer en el sur, la presencia europea en Africa consistía principalmente en bases comerciales y militares a lo largo de las costas. El gran reparto colonial llegaría después con la Conferencia de Berlín de 1884-85.

Sudán era una antigua tierra cristiana evangelizada en el siglo VI por misioneros enviados por Teodora, esposa del emperador Justiniano. Pero ochocientos años después la invasión islámica acabó con todo. En cambio, su independencia política había durado mucho más (la de los tres principados de Kordofan, Darfur y Sennar): hasta el año 1820 en que la región fue sometida a Egipto por el gran Mohammed Alí, llamado también Mehemet Alí.

Era éste un macedonio, súbdito del imperio otomano y oficial del sultán en la guerra contra Napoleón invasor de Egipto. Cuando los franceses se retiraron, Mohammed Alí se quedó, creándose un poder personal con un pequeño ejército de albaneses, partidarios suyos. En 1805 el gobierno turco lo nombró walí o virrey. Pero en Egipto seguían gobernando con gran autoridad los descendientes de los mamelucos fundadores del sultanato independiente de Egipto. Constituían éstos una aristocracia armada, dueña de casi todas las tierras cultivables. Para deshacerse de ellos, Mohammed Alí, emulando las crueldades de César Borja, invitó a un banquete a trescientos de ellos y los mandó asesinar por los albaneses.

Luego se dedicó a reorganizar Egipto librando el Mar Rojo y la costa árabe de los piratas que obstaculizaban el comercio y las peregrinaciones a La Meca. Aspiraba a hacer hereditario en su familia el cargo de virrey, y a dominar Siria y Palestina, es decir, a arrebatar esas regiones a su legítimo soberano, el sultán turco. Para conseguirlo, empezó por prestarle ayuda contra la insurrección de Grecia y luego le declaró la guerra en territorio siriopalestino. En ambas contiendas intervinieron también los franceses y los ingleses. Mohammed Alí no consiguió todo lo que quería, pues su poder quedó limitado a Egipto, pero se hizo hereditario. A su muerte, en 1849, le sucedieron como virrey, primero su nieto Abbas; luego su hijo Mohammed Said, y a éste su hijo Ismael, que tomó el título persa de jedive.

En el juego de Mohammed Alí, Sudán había sido una pieza importante, que hizo ocupar en 1820 por otro suyo, Ibrahim. Una vez eliminados los antiguos principados, se construyó una capital única, Jartum, en la confluencia del Nilo Blanco y el Azul. Y comenzó la explotación del Africa negra: con marfil, para obtener las divisas necesarias para comprar armas en Europa, y con los esclavos robados en las antiguas tierras de Kordofan, Darfur y Sennar, para convertirlos en soldados egipcios. "Procu-

radme negros", escribía continuamente Mohammed Alí a sus gobernadores en Sudán.

La esclavitud ya había sido abolida oficialmente por todas las potencias con actos solemnes. Pero el comercio de carne humana seguía prosperando con las razzias egipcias en Sudán y con la iniciativa privada en todas las costas orientales de Africa, y no sólo en ellas. En cuanto al marfil, nunca consiguió Egipto imponer completamente su monopolio, como hubiera querido Mohammed Alí, porque los comerciantes europeos eran demasiado poderosos; algunos tenían incluso un pequeño ejército o bandas y plazas fuertes en las costas, y contaban además con la protección de los cónsules para enfrentarse con las infelices poblaciones del interior que al principio ni siquiera comprendían el valor de los colmillos de elefante y se contentaban con cambiarlos por telas, collares y baratijas por el estilo.

Después el ganado constituyó la moneda de cambio; los mercaderes se lo solían procurar con razzias en daño de otros negros. Todavía en 1870 el explorador Stanley vio florecer el comercio de esclavos en Zanzíbar, el mercado más importante: "Con siete dólares y medio puede comprarse un esclavo en Ujiji (actual Tanzania) para revenderlo por treinta en el mercado de Zanzíbar". En 1854, cuando llegaron los exploradores Burton y Speke, que buscaban las fuentes del Nilo, la ciudad pululaba de esclavos de paso para Oriente.

"Aunque los ingleses habían declarado ilegal el comercio de esclavos, éste continuaba muy activo y producía grandes ganancias. Hombres y mujeres en espera de ser expedidos vagaban por las estrechas callejas desnudos, como salvajes, hambrientos y enfermos y, naturalmente, la viruela, el cólera y el paludismo hacían estragos en la ciudad" (Thomas Sterling).

3. En Venecia se estudia árabe

Desde el punto de vista de las misiones católicas, África estaba entonces dividida en prefecturas apostólicas y vicariatos apostólicos. Solamente se había erigido una diócesis nueva, la de Argel, pero no se la podía considerar misionera porque los feligreses eran colonos franceses. La prefectura apostólica no tenía apenas nada de lo que constituye una diócesis: el Papa determinaba su territorio, para el cual se nombraba un responsable que no era obispo, aunque tenía algunas facultades episcopales. Era el responsable ante Propaganda Fide, de la que recibía los subsidios posibles, recurriendo a órdenes y congregaciones religiosas cuando necesitaba misioneros y a asociaciones como la obra de la Propagación de la Fe para obtener ayuda económica.

El vicariato apostólico era un territorio más amplio y parecido a una diócesis, pues tenía como responsable a un obispo que contaba con un sacerdote provicario. A veces el vicariato apostólico era, sin embargo, poco más que una designación geográfica, como ocurría con "el Vicariato del África central", creado por Gregorio XVI en el momento de la primera reorganización de las estructuras. Era "un inmenso territorio que se extendía desde Argelia hasta Abisinia, incluida toda el África central y occidental y hubiera podido llevar en los mapas de Propaganda Fide la pintoresca leyenda "Terra ubi habitant leones". Las tierras del litoral, accesibles por mar, fueron las primeras a las que llegaron los europeos, pero las septentrionales estaban aún infestadas esporádicamente por piratas moriscos, en tanto que en las costas occidentales y orientales la trata de esclavos provocaba la desconfianza y hostilidad de los negros respecto a los blancos" (J. Leflon).

En 1846, poco antes de morir, Gregorio XVI modificó aquella división. El nombre de "vicariato del África central" pasó a designar Sudán y algunas regiones cercanas.

Aun así, seguía siendo un territorio enorme que en ese momento no tenía ni siquiera un misionero. Era, pues, un vicariato de nombre, una caja vacía. En cambio, en Egipto ya existían misiones e instituciones católicas y en El Cairo residía un delegado del Papa.

A finales de 1847 partió para África central la primera expedición de cinco misioneros. Era también la primera vez que Comboni, aún seminarista, veía participar al instituto de don Mazza. Entre los cinco había un obispo, el maltés mons. Annetto Casolani, nombrado por el Papa vicario apostólico del África central. Pero, antes de salir, renunció al cargo marchando a África como simple misionero. Los otros del grupo eran los jesuitas P. Pedemonte y P. Ryllo, el franciscano austriaco P. Knoblechter y don Angelo Vinco de Cerro Veronese, procedente del instituto de don Mazza.

Ignacio Knoblechter era ya una figura importante como organizador en el campo misionero. Gracias a su iniciativa nació en Viena en 1850 la Sociedad de María, uno de los centros más eficaces de apoyo de la evangelización. Pero el personaje más conocido de los cinco era Maximiliano Ryllo, polaco, nacido súbdito del zar de Rusia, que luego fue a Roma y se hizo jesuita. A los veintitrés años, durante el jubileo de 1825 tuvo un momento de celebridad por haber conseguido llevar a visitar las basílicas a todos los presos de Roma, sin que a ninguno se le ocurriese fugarse.

Más tarde desempeñó misiones de importancia en Mesopotamia y en Siria, como promotor de actividades culturales comunes entre los cristianos de los diversos ritos. Estuvo también implicado en la guerra entre Mohammed Alí y el sultán turco y, tomándolo por espía, los egipcios trataron de apresarle poniendo precio a su cabeza. En estas condiciones llegó a El Cairo camino de Sudán con la expedición misionera. Fue personalmente a dar explicaciones a Ibrahim, hijo de Mohammed Alí, y lo dejaron seguir en paz.

Por la renuncia de mons. Casolani —que nunca había tomado posesión de su cargo de vicario, pues dimitió en seguida—, Ryllo fue designado jefe de la misión como provicario.

Esas cinco personas constituían la estructura católica de la región y pronto quedaron sólo cuatro, porque en 1848 murió el Padre Ryllo de fiebres palúdicas. Pero don Vinco y el Padre Knoblecher en los años siguientes consiguieron refuerzos de sacerdotes y laicos procedentes en su mayor parte de regiones del imperio austrohúngaro, porque la misión estaba sostenida por la Sociedad de María que reunía subsidios y animaba vocaciones en aquella zona. Ahora el jefe era Knoblecher, designado Provicario apostólico en lugar del Padre Ryllo. Construyó en Jartum la sede principal de la misión, abriendo un centro catequístico y una escuela en la que se enseñaba el árabe (lengua oficial), el italiano, la aritmética y el dibujo. Más tarde abrió otros dos centros en el sur de Sudán, los de Santa Cruz y Kondokoro, junto al Nilo Blanco.

Estos últimos territorios eran aún casi desconocidos. Knoblecher y Vinco se convirtieron también en exploradores. Es más: Vinco fue en su tiempo el europeo que llegó más al sur en dirección a las fuentes del Nilo. Tomó contacto con la población de los Bari, consiguiendo anudar algunas relaciones y hacer las primeras amistades. Pero precisamente entonces murió a causa del tifus, en enero de 1853. Era el primer misionero de don Mazza y el primero que murió en misión, a los treinta y cuatro años.

Pero Mazza tenía ya dispuestos a otros dos, don Castagnoro y don Beltrame, enviados por él a Venecia para estudiar el árabe en la casa de los Padres lazaristas de la isla de San Lázaro. Los mandó ese mismo año a Sudán con dos encargos: observar la situación con miras a la posible fundación de una misión veronesa, y llevar a Verona a otros niños africanos. Los dos llegaron a Jartum, a finales de 1853, pero allí murió don Castagnaro.

Quedaba don Giovanni Beltrame, que tenía entonces

treinta años y estaba destinado a realizar grandes servicios como misionero, explorador y estudioso de las lenguas locales. No logró encontrar alumnos africanos para Verona, pero consiguió del provicario Knoblecher la autorización para establecer en Africa central un centro misionero “mazziano”. Por primera vez el instituto veronés veía abrirse la posibilidad de aparecer en la escena africana en primera persona.

Llegaba también la hora misionera de Daniel Comboni que, como es natural, seguía con interés todas aquellas vicisitudes. En 1849, cuando don Vinco regresó de Africa en busca de refuerzos, Comboni fue uno de sus oyentes más atentos: don Vinco llevaba por primera vez a Verona un testimonio directo del mundo africano, de la misión vivida. Luego, siendo ya Comboni sacerdote, llegó don Beltrame con la noticia de que el Instituto podía abrir ya una misión suya dependiente del provicario Knoblecher. En ese momento Daniel Comboni estaba dispuesto para partir en seguida.

4. Cuatro meses de desierto en camello

En su primer año de sacerdocio, 1855, tuvo que hacer casi de misionero en su patria. En la primavera había brotado una epidemia de cólera en el Véneto. Murieron muchos en Vicenza, Venecia y Padua, más de 700 en Verona en un período de seis meses. Comboni, igual que otros sacerdotes, se ofreció a ayudar y lo enviaron a Buttapietra, a pocos kilómetros de Verona. Los conocimientos de medicina adquiridos durante su preparación misionera le fueron muy útiles. Al acabar la epidemia, el delegado del gobierno austríaco en Verona elogió públicamente al joven sacerdote que en Buttapietra no sólo había ayudado al anciano párroco, sino que “había desempeñado los oficios de médico y enfermero incluso en las circunstancias más duras y se había entregado completamente a todos”.

Don Mazza formó el grupo destinado a Africa con don Beltrame a la cabeza y otros cuatro sacerdotes: Francesco Oliboni, Angelo Melotto, Alessandro Dal Bosco y Daniel Comboni, que, con sus veintiséis años, era el más joven de todos.

Se unió a ellos un laico, el herrero friulés Isidoro Zilli. Pero aún tuvo que pasar algún tiempo, ante todo porque era necesario garantizar a la expedición los recursos financieros adecuados, y los de don Mazza apenas bastaban para sostener los Institutos. Así es que fue preciso un plazo más bien largo para reunir el dinero que proporcionaron la Sociedad de María, los bienhechores, los legados y las colectas.

Además, había que tener en cuenta la situación personal de los expedicionarios. Don Mazza exigía que ninguno dejase deudas ni problemas familiares. Todo tenía que estar bien arreglado. Como es natural, procuró ayudarles, pero el caso de Daniel Comboni era el más difícil. En los últimos años habían muerto todos sus hermanos; sólo quedaba él en una casa desolada por los lutos y cargada de deudas por todas aquellas enfermedades. Y, además, sus padres estaban solos, y les resultaría muy duro verle ahora marcharse nada menos que a Africa...

Por ese tiempo escribía Daniel Comboni al párroco de Limone: "Si abandono la idea de consagrarme a las misiones extranjeras, soy mártir toda la vida de un deseo que nació en mí cuando tenía catorce años... Si abrazo la idea de las misiones, hago mártires a mis pobres padres". Por eso quiso ante todo examinarse bien por dentro, medir la profundidad y autenticidad de su ideal misionero. Y se convenció de que no se trataba de un sueño, ni de espíritu de aventuras, ni de deseos de evadirse. Luego, trabajó concretamente para buscar subsidios con que pagar las deudas y dejar tranquilos a sus padres al menos en ese punto, decidido a renunciar si no conseguía obtenerlos. Decía en cartas a su párroco: "Desde luego, sin hacer todo esto, no quiero ir a la misión africana". "Quie-

ro dejar pagadas todas las deudas; si no, renuncio a Africa".

Consiguió lo que deseaba. Obtuvo ayuda hasta de Fernando I, emperador de Austria que abdicó en 1848 en favor de Francisco José y que vivía retirado en Praga. Faltaba convencer a sus padres, y recurrió de nuevo al párroco y a sus amigos; procuró sobre todo persuadir a su madre de que no se iba para siempre, sino que podría volver de vez en cuando. "Nuestra misión es de tal índole que la inclemencia del clima y los asuntos que la ligan a Europa nos obligan a regresar todos los años o al menos cada dos años. Por lo tanto, no se trata de un adiós para siempre".

Michelangelo Grancelli, buen biógrafo de Comboni, cuenta que en esa ocasión le mandó a sus padres su foto (novedad entonces) y refiere el comentario que hizo su madre al recibirla: "¡De ocho hijos que el Señor me dio, sólo me he quedado con uno de papel!"

La expedición salió el 10 de septiembre de 1857, embarcándose en Trieste para Alejandría. Los misioneros habían dirigido una cariñosa despedida a los ciudadanos de Verona. Eran jóvenes, llevaban años preparados para ese momento y no sabían aún lo que les esperaba: muertes prontas, fracasos y desilusiones y hasta cierto agradecimiento por dejar su lugar a otros. Y ésta fue la escuela en la que Comboni probó su valía.

Durante la estancia en Alejandría, Comboni, Melotto y Dal Bosco se las arreglaron para peregrinar a Palestina, dominada entonces por los turcos. En sus cartas, sobre todo en las dirigidas a sus padres, Comboni relata prolijamente el viaje que tenía mucho de aventura por la navegación, las largas marchas a caballo, las caminatas, los descansos en conventos franciscanos en cada etapa ("entramos con el canto del *Te Deum* en el convento de los franciscanos que nos acogieron caritativamente"). Igual que los antiguos peregrinos.

Y luego relata los encuentros en Jerusalén: un prínci-

pe polaco, un misionero de China, ladrones beduinas, un banquero judío que se había hecho jesuita, el padre Alfonso María de Ratisbona, que fundó después el convento del Lithostrotos en Jerusalén para las religiosas de Sión, orden fundada por su hermano Teodoro, también el convertido y sacerdote.

De la visita a los Santos Lugares escribe Comboni relatos muy minuciosos, describe capilla por capilla, piedra por piedra, aceptando todas las afirmaciones y atribuciones tradicionales (“aquí se embarcó el profeta Jonás”, “aquí se embarcó la Virgen con San Juan”, “ésta es la fortaleza del buen ladrón”, “aquí la Virgen María encontró a su Hijo con la cruz a cuestas”). El joven sacerdote, que ha estudiado lenguas, matemáticas y medicina, que sabe todo lo referente a las exploraciones contemporáneas, olvida en Tierra Santa todo racionalismo y crítica histórica, para saborear la ingenua alegría de estar donde estuvo Cristo. Para poder celebrar la Misa a las cuatro de la mañana en la basílica del Santo Sepulcro, se queda encerrado dos noches enteras. Comboni, el animador, organizador, diplomático, manager... está íntimamente penetrado de esta fe absoluta, de este ver a Cristo por todas partes sin necesidad de documento que acredite que El pasó por tal calle y no por tal otra: lo veía en todas.

Comboni observa todo atentamente: Jerusalén le parece como dos veces Brescia y más fortificada que Verona, la Verona de las viejas murallas de Radetzky y del Cuadrilátero. Advierte los indicios del mal gobierno turco, la mezcla de los cultos y las pendencias entre cristianos de distintas confesiones, el escandaloso desorden en torno al Santo Sepulcro.

Al regresar a Alejandría se unen los tres al resto de la expedición, llegan a El Cairo y comienzan su viaje hacia Jartum, capital de Sudán y de las misiones de Africa.

En aquel tiempo, para ir a Jartum, había que remontar el Nilo en barca, luego atravesar en camello un desierto de Nubia y finalmente embarcar otra vez. El grupo

de Comboni emplea ciento quince días entre hipopótamos, cocodrilos, escorpiones, hormigas y buenas posibilidades de caza. Pero la meta está más lejana aún: Santa Cruz, a 1.464 kilómetros hacia el sur. Allí se unen a los misioneros del padre Knoblechter y buscan niños para enviarlos a estudiar a Verona. En este punto no cede su superior don Mazza: quiere a toda costa recibir a esos niños y devolverlos luego a Africa ya formados para que sean sacerdotes si quieren, o padres y madres cristianos y evangelizadores influyentes por el prestigio de su cultura y su habilidad profesional.

Después de navegar dos meses por el Nilo Blanco, llegan por fin a su destino, en marzo de 1858. Encuentran la misión entristecida por el reciente fallecimiento del padre Mozgan, superior local. Reciben de Kondokoro la noticia de la muerte de su superior el padre Ueberbacher; más tarde sabrán que al desembarcar en Nápoles había expirado el jefe de todos los misioneros de Sudán, el provicario Knoblechter. Y ya el 26 de marzo ven morir a uno de los suyos, don Francesco Oliboni, de treinta y tres años, profesor de Letras en el liceo estatal de Verona y, en misión, evangelizador y sastre. Le hace el ataúd don Beltrame, el carpintero del grupo. “La mañana del 27 don Angelo (Malotto) y yo lo lavamos y amortajamos, lo metimos en el ataúd y clavamos éste; después de los funerales lo acompañamos al cementerio... poniendo sobre el sepulcro una cruz. Unas noches después la hiena excavó dos veces hasta la caja para devorarlo; afortunadamente la caja era muy fuerte y no consiguió nada” (Comboni a su padre).

5. Las fiebres tropicales hacen estragos

Después de aquella muerte, Comboni no se hace ilusiones: “Me figuro que en Verona murmurarán... Hubiera sido mucho mejor —dirán— que don Oliboni se hubiera

quedado aquí de profesor ganando 700 florines al año y no irse al Africa central a dejar allí su vida. ¡Y quién sabe cuántas más seguirán!” (Carta a su amigo Benedetto Patuzzi). Sin embargo, las pérdidas están apenas comenzando: en los once meses siguientes morirán el hermano *lego* Isidoro Zilli y don Angelo Melotto; el mismo Comboni pasará semanas y semanas con fiebre, y el único que se conservará sano será don Beltrame. En noviembre de 1858 Comboni recibe la noticia de la muerte de su madre, ocurrida el 14 de julio: la carta, llevada por un comerciante de marfil, ha tardado cuatro meses en llegar de Limone a la misión de Santa Cruz.

Es una experiencia trágica. Además, no es posible enviar niños a Verona porque las familias no se fían. El clima de Santa Cruz es mortífero y causa también estragos entre los misioneros alemanes. Después de once meses en aquella misión, los veroneses supervivientes deciden buscar otros lugares donde establecerse y descenden hacia el norte examinando primero las orillas del Sobat, afluente del Nilo Blanco y luego el Nilo Blanco, en la zona de los denka; por fin, ven una posibilidad de asentamiento. Pero son demasiado pocos y carecen de una estructura más fuerte que los respalde. Por eso deciden volver a la base de Jartum, adonde llegan a principios de mayo de 1859. Allí muere don Melotto. Quedan solamente tres, dos de ellos enfermos y Comboni de gravedad. Se decide su regreso a Italia por si puede reponerse y ver con don Mazza y con Propaganda Fide cómo reanudar el trabajo.

Sale de Jartum hacia El Cairo y Europa, no como le hubiera imaginado. Lleva noticias de fracasos y de muertes. Y no hay más que mirarle a él para ver cómo le ha dejado el clima sudanés. ¿No ha sido una locura aquella expedición? ¿No debería dejarse?

El, desde luego, no piensa así. Es verdad que ahora reflexiona largamente sobre esa primera experiencia y la hondura de su fe le está preservando de la presunción de

tener que ser él el protagonista y de los deseos de ver los resultados: “El misionero trabaja para la eternidad”. Sin embargo, aquellos a quienes vio morir y sepultó en hoyos profundos para protegerlos de las fieras, dejaron a los supervivientes una especie de consigna que, cuando uno moría pasaba al siguiente, como el “testigo” de un grupo. Oliboni y Melotto, asumiendo lo que ya había dicho Ryllo al morir, insistieron hasta el último suspiro: “No os vayáis de Africa, no os desaniméis, quedaos aunque sólo uno se salve”. Palabras que sugirieron a Comboni un lema, un grito: “¡Africa o muerte!”, que a nosotros nos parece enfático, pero que en él se va haciendo un programa preciso, aunque no estuviera aún claro en este momento.

Ha visto de cerca a mercaderes de esclavos y a belicosos jefes de tribus, a funcionarios egipcios y turcos, a gran variedad de insectos chupasangre en el gran cuerpo africano. Y él se siente llamado a servirlo frente a todos, sencillamente porque allí está Africa, en esas condiciones. “Sus casas están todas hechas con adobes que con un empujón se caen... y en cada una habita una familia entera, o sea, que en la misma habitación o, por mejor decir, pocilga, están mezclados hombres, mujeres, niños, jóvenes, muchachas, chiquillos, cabras, perros, letrina y todo lo que quieras. Dificilmente se puede distinguir un niño de un cabrito” (carta a su padre).

Comboni, casi siempre enfermo, procuró servir como podía a aquella gente. En Santa Cruz era el médico de la misión y de la región. Los negros a los que conseguía sanar volvían luego a darle las gracias con un rito peculiar que consistía en escupir en torno a él; e incluso en sus manos, instrumentos de la curación. También llegaba a veces algún personajillo local o algún funcionario egipcio para que le curase de enfermedades venéreas.

Mientras tanto, estudiaba la lengua de los denka: “Ya balbuceo 522 palabras, más bien 523, porque en este momento aprendo que *a-gnao* significa gato. Es una fatiga increíble aprender una lengua a fuerza de sacar cada

palabra de labios de los indígenas". Este trabajo lo hicieron más científicamente don Beltrame y don Melotto mientras vivió, con la transcripción sistemática de los vocablos y el estudio de viva voz de la estructura del lenguaje, para hacer después un diccionario y traducciones de los elementos religiosos y culturales.

Comboni se va de Africa esta primera vez "maltratado por las fiebres". Pero nada ni nadie le impedirá volver. Su madre ha muerto y él escribe a su padre: "¿Así es que te has quedado solo después de haber visto morir a tu lado a siete hijos mimados y queridos por aquella a quien Dios escogió para ser la compañera inseparable de tus días?... Sí, queridísimo padre, ella ha acabado de llorar en esta tierra... y espera que nosotros, después de vencer en la lucha de esta peregrinación terrena, vayamos a reunirnos con ella..." Comboni sabe que también su madre es una víctima de la misión: por eso no puede traicionarla.

Volaría a Africa incluso a causa de ella, para que su muerte no pueda atribuirse a una veleidad o a una ambición. Muerta por Africa, en la desierta casa de Limone. El no sabe aún bien con quién o contra quién, pero a Africa nadie en el mundo le impedirá volver. Hasta escribiendo a su padre firma: "don Daniel Comboni, servidor de los negros".

6. Estudiantes africanos en Verona

A finales de 1859 está de regreso en Verona. En el intervalo ha sucedido la segunda guerra de la independencia italiana. Lombardía está ya unida al Piamonte y, como él nació en el territorio de Brescia, se ha convertido en súbdito de Víctor Manuel II de Saboya. Pero su casa-madre, el Instituto Mazza, está en Verona, donde aún reina Francisco José de Habsburgo. Cosa extraña: en los escritos combonianos apenas hay trazas de estos acontecimientos. Una indiferencia casi absoluta. A no ser que

algo concierna al Papa como soberano temporal; en ese caso Comboni se pone totalmente de su parte con una intransigencia radical.

Los sucesos italianos y europeos parecen interesarle únicamente en relación con Africa y la misión, según el bien o el mal que de ellos pueda emanar. Por tanto, puede solicitar subsidios en todas partes: Italia, Alemania, Inglaterra, Francia, Bélgica... Cuida mucho en todos los momentos de su vida el preservar la iniciativa evangélica de los intentos de acaparamiento por parte de gobiernos y reyes, según la antigua costumbre. Llegará hasta rechazar una sugerencia de Propaganda Fide que le exhortaba a contar con París para su programa de salvación de Africa. "Respondí con un NO absoluto. Quiero que el nuevo Plan esté libre de todo influjo de un poder político. Francia y Austria son excesivamente celosas y habría que hacer quizá todas las obras católicas a la francesa o a la austríaca".

No sólo eso. Desconfía también de los gobiernos llamados católicos. Quería apoyarse en la actividad promisionera de la ciudad de Colonia, "que es grande, católica y por otra parte dependiente de un gobierno protestante". En el interés de gobiernos católicos por las misiones él percibía la segunda finalidad: los intereses extraevangélicos, la instrumentalización.

Entre los ejemplos recientes no olvida el del gobierno portugués y su tropiezo con Gregorio XVI a propósito de las misiones en la India. Sumamente prudente y hábil en los contactos con soberanos y gobernantes de países a veces enemigos y siempre émulos, no se deja dominar por ninguno. En la edad de oro de los nacionalismos, Comboni es ya "supranacional". Piensa ya como africano.

Pasa su convalecencia parte en su casa de Limone con su padre, parte en Verona en el Instituto de don Mazza reanudando su trabajo en la casa donde ingresó cuando era todavía niño.

Verona es ya la capital militar de lo que queda de las posesiones austríacas en Italia (naturalmente la capital política es Viena, donde se decide todo, y la administrativa es Venecia, donde gobierna el barón Toggenburg). El territorio veronés rebosa de soldados; hay continuos desfiles y revistas de tropas, maniobras continuas a las órdenes del general Ludwig von Benedeck, el nuevo comandante en jefe. Este observa con las armas en la mano todo lo que está sucediendo en Italia, atento a las señales de Viena por si mandan asaltar Lombardía, desguarnecida de tropas o —quién sabe— marchar sobre Turín, en tanto que el ejército de Víctor Manuel avanza por el sur para encontrarse y sopesar a Garibaldi que ha liberado a Sicilia y Nápoles.

Pero a Comboni sólo le interesa Africa. De los seis que salieron de Verona solamente quedan dos: don Beltrame y don Dal Bosco, agregados ahora a los misioneros alemanes que dependen de la orden franciscana. Los puestos misioneros cercanos a las fuentes del Nilo han sido abandonados. Ahora la base está en Scellal, junto a Asuán. Ha sido una retirada, o por lo menos un repliegue obligado, en espera de refuerzos y de nuevas disposiciones y en un clima de franca crisis.

Y la crisis, como es natural, repercute también en Verona, donde el antiguo empuje misionero parece debilitarse con la desconfianza. Don Mazza lanza llamadas inútiles —“nos acosa con cartas”, decía Comboni cuando estaba allí— para que Beltrame y Dal Bosco le envíen chicos negros que estudien en Verona. Las respuestas son siempre negativas; debido al estado de la misión, es imposible reunir niños.

Además, el Congreso de París de 1856 (Rusia, Gran Bretaña, Francia, el reino de Cerdeña, Turquía, Prusia y Austria) ha vuelto a condenar el tráfico de esclavos, y esto, paradójicamente, es también un impedimento para que viajen esos niños de Africa a Europa a estudiar. El celo de los funcionarios egipcios frente a las potencias

europas (luego “en casa” ya es otra cosa) puede acabar con esta emigración, considerada como un comercio de carne humana. Otras veces, en cambio, embarcaciones cargadas de esclavos son interceptadas por fuerzas europeas que ponen en libertad a aquellas pobres gentes, pero no saben luego qué hacer con ellas y las confían a los misioneros.

Así llegaron dos a don Mazza. Otros son aún huéspedes de un convento de carmelitas de Aden que no puede mantenerlos. Don Mazza había tenido poco antes un doloroso problema con otros alumnos africanos que no soportaban el clima: dos murieron y otros dos estaban mal, por lo cual decidió enviarlos a Nápoles, al Instituto del Padre Ludovico da Casoria. Y esto sucedía al mismo tiempo que el avance de Garibaldi desde Reggio de Calabria hacia el norte y que la ruina del reino borbónico.

Don Mazza pensó entonces en Comboni, al que ya había encargado de llevar los dos niños a Nápoles. Ahora le pidió que fuera a Aden y sacara de los carmelitas a los otros ex esclavos.

Comboni con pasaporte austríaco marchó a Lombardía, unida ya al reino de Cerdeña, luego fue a embarcarse en Génova y, después de una parada en Livorno, llegó a Nápoles el 30 de noviembre de 1860. Poco antes, Víctor Manuel II, acabados los festejos napolitanos, se había embarcado para Palermo en el barco de guerra “María Adelaide”.

Comboni habló largamente con el padre Ludovico da Casoria. Trataron de las dificultades para sacar niños de Africa; se necesitaban cartas de recomendación de gobiernos europeos e instrucciones a los cónsules. Entonces decidió buscar ayuda, acudiendo incluso a Víctor Manuel. Al fin y al cabo, era súbdito suyo, aunque tuviese pasaporte austríaco. Fue pues a Palermo, que el rey visitaba por primera vez, y consiguió las recomendaciones que buscaba; pero no pidió directamente audiencia al soberano para no comprometerse ante la Sociedad de

María que era alemana. Luego pasó otra frontera y llegó a Roma, que aún pertenecía al Papa. Tuvo allí el primer encuentro —una breve audiencia— con Pío IX, regresó a Nápoles y se embarcó para Egipto; a principios de enero estaba en El Cairo.

7. Pío IX con la espalda en la pared

En ese tiempo aún no se había abierto el canal de Suez. Se estaba trabajando en ello, bajo el impulso del jive Mohammed Said, hijo de Mohammed Alí. Por eso se llegaba al Mar Rojo, y se iba en tren a Suez para embarcar hacia Aden, viaje que duraba siete días. Comboni llegó el 12 de enero de 1861.

Los niños ya han sido confiados a varias familias de la localidad. Hay que ver quiénes desean ir a Verona (y estudiar también un poco sus aptitudes), luego rescatarlos y partir. Durante la permanencia en Aden, Comboni idea algo más importante aún: rescatar jóvenes esclavos en Madagascar, en las islas Mauricio y Reunión y llevarlos a Europa dando la vuelta a Africa. Pero don Mazza no está de acuerdo. Así es que deja Aden a principios de febrero con siete niños. En El Cairo, después de muchas discusiones, consigue llevarse también a una joven denka, Catalina Zenab, que conoce el árabe y ya ha ayudado a Beltrame en su trabajo lingüístico.

Superadas también las dificultades puestas por las autoridades egipcias, llega en marzo a Verona con el pequeño grupo. Don Mazza lo nombra vice-rector del colegio africano. Enseña, estudia, predica y... contempla la retirada de Africa: don Beltrame y don Dal Bosco regresan definitivamente en febrero de 1862. La experiencia ha terminado; la misión deja de existir.

Esto repercute gravemente en Verona. En torno a don Mazza ya había quien no estaba de acuerdo con la "aventura" africana y hasta de fuera hay voces contra

Comboni. Este, que había ido a Africa como el último de los seis expedicionarios por ser el más joven, ¿no está ahora tomando demasiados vuelos con sus planes, sus visitas a Roma al superior de todos los misioneros, el cardenal Barnabó de Propaganda Fide?

Es cierto que Comboni es obediente. Ha sabido conocer hasta el fondo la estatura espiritual de don Mazza y, cuando lo llama "padre", se siente realmente hijo suyo. Al proponerle su proyecto de llevar negros a Europa dando la vuelta a Africa, le escribía: "Ya lo apruebe usted en toda su extensión, ya lo desapruebe en parte o lo rechace del todo, siempre existirá el quicio donde pondré la regla de mis acciones, y consideraré voluntad de Dios toda decisión suya". Ve en este anciano sacerdote no sólo un maestro de vida, sino un alma sintonizada con Dios como el Eclesiástico ve a Samuel "amado por su Señor cuyo profeta fue" (46,13).

Sin embargo, no se le oculta la amenaza que pende sobre el Africa central. En pocas palabras, hay el peligro de que se malogre con una retirada general no sólo la iniciativa de don Mazza, sino toda la obra misionera en ese enorme territorio.

La misión de Sudán acaba con los hombres a docenas; algunos mueren en cuanto llegan. Existe, además, un problema de convivencia entre órdenes y congregaciones diversas que dependen de Propaganda Fide, pero también de sus superiores generales. Por tanto, es preciso poner de acuerdo a los misioneros en la misión, a los superiores en sus centros europeos y a todos con Propaganda Fide. Se procuraría obtener de Roma una cosa diferente: un territorio, aunque fuese pequeño pero autónomo, en el cual los misioneros de don Mazza puedan trabajar dependiendo solamente de Propaganda Fide. Para conseguirlo dan algunos pasos su superior y él también en Roma. Pero entonces se presenta el problema de los medios: el Instituto veronés no es una estructura fuerte y estable y no dispone de subsidios regulares como

otros, sino que continuamente debe buscar algo por acá y por allá.

Comboni enseña a los negros de Verona, pero comprueba que muchos de ellos no resisten el clima y no pocos mueren. Los supervivientes suelen dar buen resultado en el plano individual, pero son muy pocos para las necesidades existentes y su preparación en Europa corre el riesgo de sacarlos de su entorno real. Los preparan, sí; pero con el ritmo y los módulos de la ideología filantrópica de los siglos XVII y XVIII: gente impregnada de la "benéfica cultura europea dada generosamente a los pobres negros", europeizados más bien que realizados como africanos.

Para procurar recursos a don Mazza, siempre necesitado, Comboni recorre Austria y Alemania. Buscar dinero es fatigoso, sobre todo si es para cosas nuevas todavía carentes de crédito. Comboni lo consigue muy bien. Tiene que visitar y persuadir al obispo, al párroco, al superior del monasterio, a la asociación, al grupo, a la familia influyente, al personaje político... O sea, entablar unas extensas y variadas relaciones públicas. Le ayudan a esto su conocimiento de las lenguas y su capacidad de hablar de cosas que domina a fondo. Y, además, el entusiasmo que sabe desplegar tanto si habla en una catedral como si lo hace en un diálogo privado.

También su edad —tiene treinta y un años— le ayuda a ofrecer la imagen de un sacerdote nuevo. Hay muchos hombres de iglesia excelentes, pero con el aspecto y la añoranza de los que han sobrevivido al sistema revolucionario, saturados de méritos y también de recuerdos, personas dignísimas, pero desfasadas ya. En cambio, Comboni irradia juventud y futuro; tiene programa y esperanzas en vez de añoranzas; anima. Se advierte esto en los relatos entusiastas que hace de sus visitas, publicados en periódicos católicos y en boletines y anales de asociaciones misioneras, y también en los recursos eco-

nómicos que consigue para aportar nueva vida a las instituciones veronesas.

Todo denota en Comboni la personalidad atrayente, mezcla singular de humildad y serena autoridad. Hasta el mismo Pío IX queda impresionado.

Cuando se le trataba era difícil escapar al asombro que causaba su juventud y su madurez, su serenidad y su audacia, a las que se añadía además una marcada cortesía innata que frecuentemente se transmite de una generación a otra en algunas comarcas campesinas y montañosas.

La "Illustrazione italiana", al hacer su semblanza después de su muerte, lo presenta así: "Fue de buena estatura; el cabello y la barba castaños; sus ojos despedían una luz que fascinaba a los más reacios". De hecho, un día durante una audiencia con Pío IX, estando ambos en pie, empezó Comboni a hablar, gesticular y avanzar de vez en cuando unos pasos, mientras el Papa retrocedía hasta que se encontró con la espalda en la pared y Comboni seguía hablando. Continúa diciendo "L'illustrazione": "A una energía poderosa se aliaba maravillosamente una suavidad y sencillez admirables. Al hablar sonreía con los labios y con los ojos y su voz hermosa y viril envolvía y penetraba sin dejar nunca indiferente, ni siquiera cuando no se podía estar de acuerdo con él".

Parece que estos años después de la primera experiencia africana estuvieron marcados por el compromiso "mazziano", es decir, la lucha por tener una misión propia, la educación de los niños africanos en Verona, la búsqueda de recursos económicos. Y, por otra parte, por un "repensamiento" de toda la misión africana en general, la primera aventura en Africa central, las ideas de los pioneros del clero indígena (¿cuánto tiempo tendrá que transcurrir antes de tener obispos "de color", como había indicado Gregorio XVI!), las afirmaciones de los exploradores.

Entonces iba emergiendo en Daniel Comboni la con-

ciencia cada vez más viva de la peculiar individualidad africana. Africa es distinta, es única, por su historia, habitantes, clima, situación social y política. Métodos misioneros que han dado resultados excelentes en otros sitios, allí no sirven. El árbol del cristianismo no se exporta a Africa para trasplantarlo allí; se necesita que nazca en aquella tierra, en aquella humanidad, aquella historia, en las virtudes y los defectos del hombre tal como es en Africa. Conclusión: el método de evangelización de Africa está por descubrir.

Esos años de crisis y de reflexión maduran plenamente al Comboni africano, el mismo que hoy en el siglo XX sigue actual y vivo. “Las iglesias jóvenes reciben de las costumbres y tradiciones, de las artes e instituciones de sus pueblos todo lo que puede servir para confesar la gloria del Creador, para ensalzar la gracia del Salvador y para ordenar debidamente la vida cristiana”. Estas palabras se han escrito cien años después, ya que pertenecen al decreto “Ad Gentes” sobre la actividad misionera de la Iglesia, promulgado por el Vaticano II.

Comboni, el hombre nuevo, el que rompe con los viejos métodos, se revela de improviso y con toda claridad un día de septiembre de 1864 con su “Plan para la salvación de Africa”.

8. Salvar a Africa con Africa

Septiembre 1864. De acuerdo con Napoleón III, el gobierno italiano ha decidido trasladar la capital de Turín a Florencia, mientras que Francia se compromete a retirar dentro de un tiempo determinado las tropas que guarnecen lo que queda del Estado pontificio. Hay tumultos y algaradas mortales en Turín, que ha bajado de categoría, inquietud en Roma y perturbación en la diplomacia. Daniel Comboni está en Roma; pero, a juzgar por sus escritos, parece que no se ha dado cuenta de la agitación

reinante. Para él, el acontecimiento de esos días es la beatificación de Margarita María de Alacoque, la religiosa francesa de Paray-le-Monial que en el siglo XVII promovió la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. La ceremonia tiene lugar en San Pedro el día 18, que ha estado precedido, según es costumbre, por un triduo de plegarias.

El día 15 está Comboni rezando en la basílica junto a la tumba de san Pedro. Y en ese momento, como él contará después, como un relámpago se le ocurre escribir en seguida una síntesis de sus ideas acerca de las misiones en Africa y presentarla a la “cumbre”, es decir, al cardenal Barnabó de Propaganda Fide y al mismo Papa. Este proyecto —dice— “me parece obra de Dios, porque brilló en mi mente el día 15 de septiembre mientras hacía el triduo a la Beata Alacoque, y el día 18, en que fue beatificada la sierva de Dios, el cardenal Barnabó leía mi Plan. Trabajé en él sesenta horas seguidas”.

Es un manuscrito de 24 páginas con este largo título: “Compendio del nuevo Plan de la Sociedad de los Sagrados Corazones de Jesús y de María para la conversión de Africa, presentado a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide por Daniel Comboni, del Instituto Mazza”.

Tres meses después las páginas del “Compendio” revisadas, se imprimirán con otro título, comprometido en la forma y más ampliamente orientado en cuanto al fondo: “Plan para la salvación de Africa propuesto por Daniel Comboni, del Instituto Mazza, misionero apostólico en Africa central”.

Comienza así: “Una misteriosa oscuridad cubre todavía hoy las regiones remotas que Africa encierra en su gran extensión. Esta oscuridad —prosigue— no se ha aclarado ni siquiera con los esfuerzos de ‘gobiernos e instituciones privadas’, de ‘héroes magnánimos’ y los enormes obstáculos encontrados han originado desánimo y abandono”.

“Pero el católico, habituado a juzgar las cosas a la luz

que viene de lo alto, miró a Africa no a través del mezquino prisma de los intereses humanos, sino a la luz pura de su fe". Por eso —prosigue— han acudido a Africa misioneros de muchas órdenes y congregaciones, de muchos países, sin ahorrar esfuerzos y dando frecuentemente la vida. Sin embargo, a causa de los obstáculos tan duros, y a pesar de muchos sacrificios, "los efectos conseguidos no guardan la menor proporción con aquéllos, hasta el punto de que ya Propaganda Fide, si no hay esperanzas de mejores resultados, se vería obligada a abandonar la misión del Africa central". Esto significaría "ver suspendida, probablemente por muchos siglos, la obra de la Iglesia" en esos lugares.

Pero ese abandono es inadmisibile —prosigue Comboni—. Sólo pensar en él "debe herir profundamente y desgarrar terriblemente el corazón de todo católico fiel y piadoso". Así pues, hay que seguir adelante. Pero hay que "coger otro camino del que hasta ahora se ha seguido, cambiar el sistema antiguo y crear otro proyecto que conduzca con más eficacia al deseado fin".

En seguida señala el camino nuevo: "Acercas de un tema tan importante, me he dicho: ¿Y no se podría asegurar mejor la conquista de las tribus de la desgraciada Africa instalando nuestro centro de acción en un lugar donde el africano vive y no cambia y el europeo actúa y no sucumbe? ¿No se podría promover la conversión de Africa por medio de Africa? En esta idea se ha fijado mi pensamiento y la salvación de Africa mediante Africa me parece el único programa que debe seguirse para realizar esa conquista tan espléndida".

Este es el nudo del problema. No ya el Africa llevada o arrastrada a Cristo, sino Africa que va a Cristo. No el rescate de Africa por obra ajena, sino su auto-regeneración.

"Apenas me atrevo reverentemente a levantarme de mi insignificancia a la discusión de un problema tan universal que quizá haya fatigado las mentes de los pensa-

dores más profundos..." Comboni es muy consciente del cambio que está proponiendo, pero declara abiertamente que no piensa sólo en su Africa central, sino en todo el continente: "Este nuevo Plan incluiría a toda la estirpe de los negros y desplegaría su actividad y la extendería a casi toda Africa".

Los principales puntos del Plan son los siguientes: Crear institutos de educación y formación no en Europa sino en Africa. La rodearían por completo estando situados en lugares convenientes a la menor distancia posible de las regiones interiores de Africa, en territorios seguros y algo civilizados en los que pudieran vivir y trabajar lo mismo el europeo que el indígena africano. Estos institutos serían la base de la que se partiría para la penetración hacia el interior y estarían integrados por evangelizadores —hombres y mujeres— preparados por ellos. Las órdenes y congregaciones que ya tienen una actividad misionera podrán constituir la estructura de este conjunto de escuelas y de centros de preparación que rodeará a Africa. Habrá sitio para todos, para variedad de métodos, incluso para los diversos tipos de formación religiosa. Pero dentro del gran cuadro general de una acción coordinada y planificada en escuelas para catequistas, maestros, artes y oficios, institutrices, maestras, tejedoras, enfermeras y completada además por seminarios para la formación de sacerdotes africanos.

El Plan descende a detalles sugeridos por la experiencia sobre la duración de los estudios en los seminarios, las visitas apostólicas, los turnos de permanencia de los europeos. E insiste especialmente: tenemos siempre en cuenta el clima, el modo de vida, las costumbres seculares y todo lo que constituye al hombre africano.

En la cumbre de este aparato formativo Comboni pone la creación de cuatro universidades africanas para "cultivar los talentos más destacados". Se situarán en los puntos más importantes, como por ejemplo Argel, El Cairo, San Dionisio en la isla de la Reunión en el Océano

Indico y alguna entre las ciudades principales de las costas occidentales, del Atlántico. Al lado de las universidades teológico-científicas —añade— se podrían fundar con el tiempo “establecimientos artísticos de perfeccionamiento para los jóvenes negros procedentes del grupo de los artistas (formado en las escuelas de artes y oficios, n.d.a.) más aptos para recibir una instrucción mayor, para que, gracias a la introducción de las artes que mejorarían las condiciones materias de las grandes tribus africanas, los misioneros encuentren mejor preparado el camino para introducir más radical y establemente la fe”. Promoción humana paralela a la evangelización.

Así pues, se trata de promocionar a toda Africa, pero con el concurso de toda la Iglesia. Comboni muestra su decisión en este punto; escribe y subraya que, para hacer esto, se necesita “activar todas las fuerzas del catolicismo en favor de Africa”. Ya existen por todas partes buenos católicos, sacerdotes y obispos que se ocupan de misiones. Pero Comboni dice: nos debemos ocupar de ellas todos y todos los días. Africa es un problema de la Iglesia, no de algunas (o muchas) buenas personas que van a la iglesia.

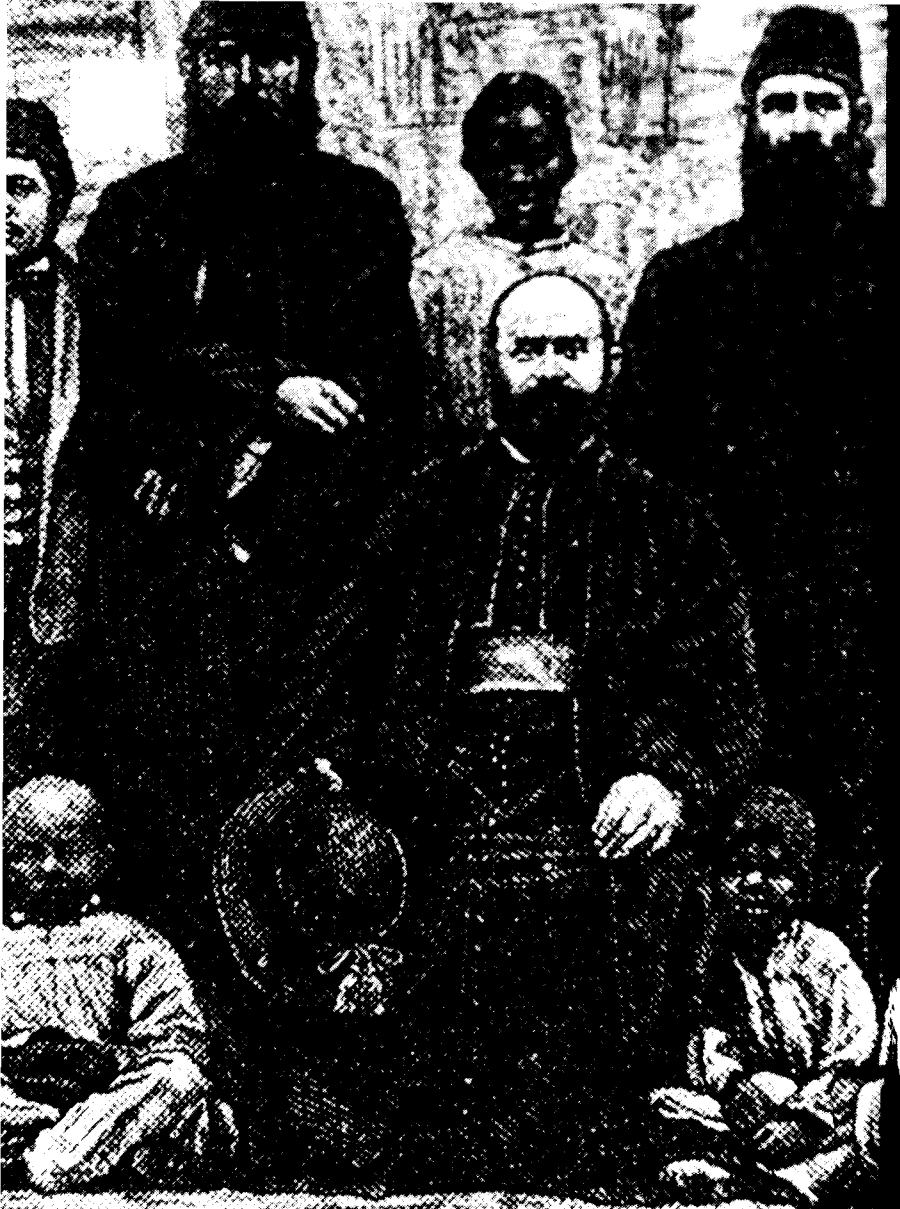
Por tanto, no se tratará solamente de aportar algo, sino de ponerse en estado de misión africana en toda la línea, con un organismo supranacional de coordinación, el “Comité de la Sociedad de los Sagrados Corazones de Jesús y de María”, unido por una parte a Propaganda Fide y por otra a todas las instituciones misioneras para la realización gradual del Plan. Este comité “estudiando” y aplicando los medios más eficaces para la realización del nuevo Plan, suscitará y pondrá en acción todos los elementos del catolicismo, que actualmente faltan, para la salvación de los negros, dará mayor vitalidad a los que ya existen y, desplegando así todas las fuerzas del catolicismo en favor de Africa, su acción originará nuevas ideas, nuevas luces, nuevas instituciones y nuevos planes, aptos para desarrollar más amplia y eficazmente el mi-

nisterio evangélico en las vastas e inexploradas regiones de toda Africa.

Así pues, Comboni se dirige a la Iglesia, no entendida ésta como vértices vaticanos o episcopales, sino como conjunto de los creyentes. Y les pide un esfuerzo colectivo que quizá sólo tenga el precedente de las cruzadas. Pero esta vez “los apóstoles que vayan a esta gran conquista no destruirán como aquellos marciales vencedores, sino que edificarán, porque los conquistados ‘no lo serán ya por la fuerza’, sino más bien serán ‘vencedores de sí mismos’”.

La idea del clero indígena no es nueva. Baste recordar el papel de María Javouhey en Africa cincuenta años antes y luego las diversas iniciativas, sobre todo la de Ludovico da Casoria para formar en su colegio de Nápoles franciscanos nativos de Africa. Además, la idea de ayudar a Africa a trabajar en su propia salvación fue lanzada por el padre Libermann unos decenios antes. Pero hay más: el preámbulo de Comboni al Plan (“Una misteriosa tiniebla cubre todavía hoy...”) está tomado casi literalmente de una relación escrita en 1850 por el padre Ignacio Knoblecher, segundo provicario del Africa central. Por lo tanto, son muchas las cosas que confluyen en las 24 páginas escritas por Comboni en el año 1864. Muchas experiencias, muchas ideas. Sin embargo, el Plan no es en absoluto la suma aritmética de todo esto.

Podríamos hablar de un fenómeno químico. Comboni mezcla y hace reaccionar en su fuego muchas sustancias preexistentes y saca una completamente nueva: algo que antes no existía.



CAPITULO II

COMBONI, EL FUNDADOR

Daniel Comboni con dos misioneros camilos (por la izquierda: Rolleri y

Una vez escrito el Plan, Comboni no perdió el tiempo. Lo envió al prefecto de Propaganda Fide para que lo leyera y lo presentó al Papa examinándolo con él durante tres cuartos de hora en su dormitorio. Luego, escribiendo a don Mazza, añade: “He consultado a catorce cardenales y arzobispos, al general de los jesuitas y otras personalidades de la Compañía y he encontrado la aprobación de todos”. Claro está que ahora se necesitará un trabajo gigantesco para poner aunque sólo sea la primera piedra. Pero en estos comienzos todos lo han alabado.

En Verona, sin embargo, quieren que se vaya del Instituto Mazza, pues consideran que ya está actuando por su cuenta. Se dice que el mismo fundador —el “anciano”, como él lo llama— ya no lo quiere. Lo tenemos, pues, aplaudido en Roma y despedido en su casa.

En los últimos días de octubre Comboni escribe dos veces a don Mazza. Son dos cartas doloridas, muy sinceras al subrayar la importancia de lo que ha podido hacer en Roma, pero también profundamente sumisas al hombre que Comboni admira más que a nadie. Si ha errado, pide perdón (“Diga, pues, querido padre, una palabra de consuelo a este hijo desolado: diríjame unas palabras de paz y de afecto que me serán más gratas que todas las delicias del mundo”).

Alude también a algunas esperanzas de enviar de nuevo misioneros veroneses a Africa. Pero en cuanto al Plan, no cede ni un ápice. Y, sobre todo, no renuncia a una franqueza absoluta ni siquiera cuando está de rodillas. ¿Que ha escrito y presentado el Plan sin decir ni una

palabra a él, su superior? Es verdad. Pero lo ha hecho movido por un impulso súbito allí en Roma. Y además: “Yo hubiera debido consultar a mi superior antes de hacer nada. Pero pensando que con una carta conseguiría poca cosa y que el superior, actuando con cautela, hubiera tardado bastante en decirme su opinión, seguí el impulso de mi coazón. Y creo que he hecho bien obrando así”.

Es una cuestión que dura ya hace meses. Comboni regresa a Verona y sus coloquios con don Mazza son tranquilos, sin reproches. El “anciano” lee su Plan. Por un lado le agradaba y por otro le asusta, por las dificultades que presenta y a las cuales se siente incapaz de hacer frente él y el Instituto. Sin embargo, dice a Comboni: “Personalmente, no me atrevo a promover esa empresa; pero no te la prohíbo, pues no quiero oponerme a lo que la providencia y la bondad de Dios quieran hacer. Actúa, no como impulsado por mí ni como si se tratase de una Obra del Instituto, sino, como te he dicho, separado e independiente de mí”.

Se diría, pues, que don Mazza considera iniciativa personal el Plan de su sacerdote sin querer comprometer en él al Instituto, pero no considera a Comboni separado de su comunidad. Nicola Mazza es ante todo un hombre de Dios; en cuanto le parece captar un soplo o un indicio del querer divino en los designios de los hombres, en seguida se detiene como atemorizado. “Y en realidad —escribe Pietro Chiocchetta— había motivos para experimentar la tremenda majestad de Dios, reflexionando, como era capaz de reflexionar el alma grande de Mazza, en las graves consecuencias de una culpa de omisión respecto a millares de hermanos que, en la economía ordinaria de la divina sabiduría, están al borde del precipicio más horrendo”.

Hemos compendiado el Plan de Comboni. Pero sabemos que nunca llegó a realizarse tal como él lo concibió. Más aún: a los veinte años de su redacción desapareció el

Africa de Comboni. A ella se habían lanzado los europeos, no unidos y “para salvarla”, sino divididos y para dominarla, después de repartírsela con gran diligencia.

Surgieron las Africas: inglesa, alemana, francesa, italiana. Se trazó un nuevo mapa del Continente que reproducía —agrandada— la jerarquía política de Europa, con fronteras frecuentemente artificiales y desatinadas que separaban poblaciones afines y obligaban a una convivencia imposible a pueblos totalmente diferentes. “Las potencias europeas se repartieron Africa con tal rapidez —como quien juega un juego brutal— que todo el proceso ha sido definido “la carrera por Africa”. Los motivos de este reparto, las razones de las potencias para actuar como y cuando actuaron, forman parte de la historia europea más que de la africana” (R. Oliver, A. Atmore). La historia auténticamente africana quedó, en cierto modo, “suspendida”, para dar lugar a una historia europea proyectada sobre Africa.

En ese momento murió Daniel Comboni, después de haber gastado sus últimos diecisiete años de vida en luchar por su ideal. Así es que, de ahora en adelante podría parecer que hablamos de unos hechos que probaron una tenacidad extraordinaria aunque inútil, un heroísmo desafortunado digno de recuerdo, pero sin proyección en el futuro.

Sin embargo, no es así. Constituyen la obra de un profeta, y la historia de los profetas nunca termina con su vida terrena. Por un lado, la historia africana ha reanudado su curso; por otro, la Iglesia se ha ido interrogando y por ambas partes ha vuelto a surgir Comboni, como las corrientes de agua que se ocultan a veces y parecen desaparecidas y luego las vemos reanudar su curso con la misma agua, que nunca ha cesado de fluir. Así sucedió con la aventura comboniana en Africa y por Africa: todo su pasado es hoy plenamente actual.

Pío IX y el cardenal Barnabó elogiaron y animaron a Daniel Comboni por su Plan. Ahora es preciso conseguir

adhesiones y ayudas. Hay que sondear el catolicismo de toda Europa para comprobar si existen unas perspectivas razonables de viabilidad del proyecto. Este es el encargo que le hace el cardenal Barnabó, al cual ha dejado también otro documento que viene a ser un esbozo del Plan. Ahora tendrá que visitar a obispos, órdenes y congregaciones, asociaciones misioneras, personalidades políticas: es el embajador de Africa en Europa.

Empieza por regresar a Verona y explicar el Plan a don Mazza. Este, por un lado lo aprecia y por otro lo considera muy por encima de sus fuerzas. El Instituto no puede comprometerse, pero no hay inconveniente en que trabaje en él Comboni a título personal y haciéndose responsable de él. Por tanto, se va de Verona convencido de seguir perteneciendo al Instituto Mazza y de realizar, con permiso de su superior, una misión particular aprobada por Roma.

La campaña de persuasión empieza en Turín, en Valdocco, la casa de don Bosco. Encuentra en ella una cálida acogida; le animan y le felicitan. Un destacado animador misionero, el canónigo piemontés Ortalda, le aconseja editar el Plan. Por eso, su primera edición está fechada en Turín en diciembre de 1864.

Sigue luego por Lyon y París un viaje al modo antiguo, el de un famoso drama popular de aquel tiempo *El cochero del monte Cenis*. Travesía de los Alpes en carruaje, porque no existe todavía la perforación del Frejus; ya hace siete años que se está horadando la montaña y se necesitarán aún otros tantos. Por eso, desde Susa hasta el monte Cenis suben a un coche arrastrado por 22 caballos. Luego (estamos en diciembre), trasbordan en trineos de 14 caballos cada uno.

Recuerda Comboni: "Después de indecibles esfuerzos para superar piedras y derrumbamientos enormes, a las dos de la madrugada llegamos a la ladera y fuimos acogidos por los monjes de San Bernardo que hicieron que nos calentásemos y cenásemos. Al amanecer reanuda-

mos nuestro viaje y después de veintidós horas, a través de la nieve y el hielo, llegamos a San Michele. Allí cogimos el tren".

En Lyon, baluarte de la Obra para la Propagación de la fe, tienen una gran desilusión. Les dicen con toda claridad que la estrategia del Plan no es convincente y por ese motivo no contará con ayudas. Así es que Comboni sigue hacia París, donde tiene la suerte de hablar con el que probablemente es el más ilustre misionero de ese tiempo, el obispo capuchino Guglielmo Massaja, el "Abuna Messias" de los etíopes. Durante seis meses conviven en singular armonía en el convento de los capuchinos.

Massaja podría ser el padre de Comboni, pues tiene veintidós años más que él. En su juventud fue consejero espiritual de Silvio Pellico y su experiencia de Africa le hace ser una personalidad muy estimada incluso por los gobiernos. A pesar de ello, sigue siendo un hombre humilde, capuchino de pies a cabeza, pero sin lo que hoy llamaríamos "exclusivismo corporativo" en materia de misiones, sin la obsesión de algunos frailes —generosos y hasta heroicos—, pero obstinados en verlo todo desde el punto de vista de su orden o congregación.

Comboni sirve de secretario a Massaja y éste lo presenta en todos los ambientes, lo introduce y avala; le agrada el proyecto para Africa y le gusta el arrojo de su autor. Y su preparación también. "Tiene conocimientos superiores a los míos", dirá tranquilamente. Juntos se relacionan con todas las personas y asociaciones de París que pueden ayudarles en la empresa.

Comboni se siente optimista. Escribe a su amigo italiano Guido de Carpegna: "En París el ambiente es más favorable para preparar la obra. Desde luego, es una cuestión laboriosa y difícil, pero no me asusto; me parece que ya soy dueño y señor de Africa". Contando con París como base, va a Prusia, Bélgica, Londres. En Colonia sus amigos de la Sociedad para socorrer a los negros le procuran la primera aportación regular, de acuerdo con el

espíritu de la obra que él ha presentado ya claramente en sus cartas: “Tiene que ser católica; no española, francesa, alemana o italiana. Todos los católicos deben ayudar a los pobres negros”.

Comprende muy bien que está proponiendo la iniciativa más audaz de la historia misionera: “Es problema que 18 siglos no han logrado aún solucionar”. Y repite continuamente que no puede afrontarlo un hombre, una congregación o un país, sino sólo la Iglesia en su conjunto, en las cumbres y en la comunidad: “Es necesario aprovechar todas las fuerzas morales del catolicismo y dirigirlas al verdadero progreso de Africa”.

Es lo que se llama “sentido de Iglesia”, que en Comboni está muy arraigado: es un revolucionario obediente. Escribe al superior de Propaganda Fide: “Si Vuestra Emi-nencia no aprueba mi Plan, haré otro; si éste tampoco le parece bien, prepararé otro, y así sucesivamente hasta la muerte”.

Visita a muchas personas, predica, escribe artículos, le invitan por todas partes. Pero al mismo tiempo le atormenta una secreta aflicción debido a las noticias que le llegan de Verona. En el Instituto hay una campaña contra él. Hay quien incita de nuevo a don Mazza a sospechar de él.

Comboni piensa primero justificarse por carta, pero luego renuncia a hacerlo y escribe a su amigo don Francesco Bricolo: “La causa de mi pena es que ese buen anciano sufre por mí, y sufre sin motivo ni fundamento... Se ve que aprovechan mi ausencia para influir en él. Sin embargo, yo soy el mismo de cerca y de lejos, y siento las cosas con la misma fuerza en los cuatro rincones del mundo. El superior nunca me podrá reprochar cosas por las que merezca ser expulsado del Instituto”.

Finalmente en abril, el mismo monseñor Massaja, desconcertado, le da la peor de las noticias: “Me informan de Roma que ya no forma parte del Instituto Mazza”.

1. Acusaciones, desaprobación y “una inmensa alegría”

Las cosas ocurrieron así. Habiendo oído en Roma ciertos clamores contra Comboni, el cardenal Barnabó ha pedido explicaciones a don Mazza. Este ha respondido que conoce el proyecto de Comboni relativo a Africa, que lo aprecia “en teoría”, aunque lo considera sumamente difícil. Luego, seguía diciendo: “Ya se lo dije a Comboni: yo no me atrevo a promover esa empresa, pero no te la prohíbo, pues no quiero oponerme a lo que la providencia y la bondad de Dios quieran hacer. Así es que haz aquello a lo que te sientas dispuesto y animado, pero hazlo no como impulsado por mí, ni como Obra del Instituto, sino, como te he dicho, separado e independiente de mí. Si se ve que es obra de Dios, yo con mi Instituto siempre estaré dispuesto a ayudar en todo lo que yo y mi Instituto podamos”. Y concluía con estas palabras funestas: “Esa es la razón por la cual don Comboni no es considerado miembro de mi Instituto”.

El cardenal Barnabó comunica esto a monseñor Massaja que, a su vez, informa a Comboni. Este siente que la tierra se hunde bajo sus pies. Se ve desaprobado por su Instituto, y no abiertamente, con acusaciones directas, sino por un camino torcido que, pasando por Propaganda Fide, lo ha quitado de en medio. En una palabra: apuñalado por la espalda. “Me hacen la guerra cuando estoy lejos imposibilitado de defenderme —escribe a su amigo don Francesco Bricolo—; en cambio, cuando estoy cerca, todo sonríe y hay paz en torno a mí...”

Hasta ahora hemos visto al Comboni organizador, al hombre de los ideales grandiosos y de los planes a nivel continental. Ahora, durante su estancia en París, contemplamos al hombre de la hondura interior. Ante todo, en sus cartas a don Bricolo asegura que el golpe recibido no cambia sus sentimientos respecto a don Mazza. “Presente todo mi afecto al santo anciano que me ha rechazado de

su seno, pero al cual yo amaré siempre hasta la muerte... Que haga lo que quiera, pero yo lo amaré y lo consideraré siempre como padre hasta la muerte”.

En cuanto a él mismo asegura: “En esta terrible incertidumbre acerca del éxito de mis planes y de mi porvenir, encuentro una inmensa felicidad en ser católico y sacerdote... La tranquilidad de mi conciencia y Dios, que realiza en el hombre los designios de su misericordia, me dan la fuerza que necesito para bendecir a la providencia por este suceso. Si estoy tan afligido y por una causa tan injusta, es señal de que Dios se ocupa de mí”.

Con toda sencillez Comboni se sitúa aquí al lado de los “teólogos de la cruz”, de los que han experimentado más de cerca lo que cuesta la estrecha familiaridad con las cosas divinas. Ya cuando estaba en Africa con paludismo, había escrito: “Que el Señor disponga según su voluntad, estamos en sus manos y muy bien sostenidos, así es que suceda lo que Dios quiera”.

Guglielmo Massaja permanece a su lado. Es un buen apoyo. Ya antes de la crisis había escrito francamente al cardenal Barnabó: “El celo de Comboni por la conversión de Africa es una lección que Dios me envía... Yo me había dedicado a la salvación de los Galla y creía haber hecho algo, pero he encontrado un corazón mucho más grande que lleva el peso de toda Africa y querría verla convertida toda ella. Aunque sólo fuese un intento, es tan sublime y apostólico que forzosamente hay que admirarlo y venerarlo... Volviendo al Plan del sacerdote Comboni, en 1850 yo había ideado algo parecido y en esa Congregación tendría que haber algún documento mío, si no se ha perdido... Pero como yo me alimento de veleidades, después de haberlo ideado, lo abandoné. Y Dios ha hecho surgir otro. Hablo así porque en todo esto veo una señal de la voluntad de Dios y, si realmente lo es, Dios se las arreglará, a pesar de nuestros cálculos mezquinos”.

Massaja vuelve a escribir a Propaganda Fide defendiendo a Comboni, y a éste le aconseja esclarecer la si-

tuación personalmente en Verona y en Roma. Luego, si su proyecto africano sigue encontrando aún dificultades, que empiece por aplicarlo él, aunque sea a pequeña escala, con una sola misión, pero orientada con esa perspectiva.

Comboni regresa a Verona. La reconciliación con don Mazza es inmediata y plena, casi entusiasta: “El anciano me saltó al cuello, me besó y me dijo: “Tú eres hijo mío”. No sólo esto: el Instituto de Verona ha decidido pedir a Propaganda Fide un territorio de misión y don Mazza le confía ésta precisamente a Comboni. Este puede presentarse en Roma al cardenal Barnabo con una carta del “anciano” que dice: “Don Comboni, miembro de mi instituto de Verona, favorecido por la divina providencia, me ha procurado los medios necesarios para comenzar y seguir —si Dios quiere— esta obra que someto humildemente al juicio y a la aprobación de Vuestra Eminencia”.

Pedir otra misión después del trágico resultado de la primera y encargar de todo a Comboni son dos actos valientes de Nicola Mazza que demuestran su confianza absoluta en el sacerdote tan calumniado. Pero son también los últimos. Don Mazza muere a los setenta y cinco años, el 2 de agosto de 1865, mientras en Roma se están dando los pasos para conseguir la misión. Comboni se queda solo. Una soledad que, a su modo, subraya una vez más el carácter inédito de un Plan “cuyos puntos le habían venido de lo alto como una inspiración” y que, si por un lado recapitulaban un pasado doloroso, por otro abrían un camino nuevo (Pietro Chiocchetta). Parece que Comboni está destinado a no llevar nada a cabo injertándolo en algo preexistente y ya floreciente, sino a sembrar siempre desde el principio.

Ahora también, su exclusión del Instituto es anulada en la forma más clara y solemne. Pero ahora que el fundador ha muerto, el Instituto es el que se excluye a sí mismo de la actividad misionera. Todos los muertos en Africa, los esfuerzos enormes —sin resultados inmedia-

tos— para procurar recursos a la obra, han originado en Verona un desaliento que Comboni advierte perfectamente al regresar de Roma en el mes de septiembre. No existe aún una renuncia oficial, pero las señales son claras: ya ha habido demasiadas víctimas, demasiados compromisos y gastos. Hay que acabar con aquello.

“Pero Comboni no lo ve así”, según le escribe a uno de sus amigos más estimados, el canónigo Juan Crisóstomo Mittertutzner, que siempre le ayudará desde Austria.

Está totalmente desarraigado; a sus espaldas tiene algo que se parece terriblemente al vacío. Ya no vive don Mazza. Dentro de poco tampoco existirá el Instituto por lo que respecta a las misiones. Queda él, sacerdote solitario con su proyecto africano y oyendo siempre en su interior la voz moribunda de Francesco Oliboni: “No os desalentéis... Seguid la obra comenzada y, aunque sólo quede uno de vosotros, que no pierda la esperanza ni se retire...” Ahora, que ha llegado precisamente ese momento, él solo, sin tener ni siquiera la misión, no se retirará nunca. “Convenceos a fondo —escribe a Mittertutzner— que Comboni no puede vivir más que para Africa y para lo que se relaciona con ella”.

2. Solo con su ideal, funda dos Institutos misioneros

En 1865 ha reeditado su Plan en Venecia con las modificaciones sugeridas por la experiencia de sus giras por Europa. Por ejemplo, aquel comité supranacional que al principio pensó establecer para que actuase como coordinador de la obra, se ha reducido a un supervisor de la preparación en Europa. En cambio, para la actividad en Africa advierte la importancia de una vinculación —casi una coalición— entre los superiores generales de todas las familias religiosas misioneras. Sin embargo, contando con los problemas y dificultades de cada una, no puede

conseguirse una alianza espontánea. Por eso Comboni insiste: el impulso para la unión sólo puede venir de Propaganda Fide.

Además, está convencido de que en la práctica es imposible contar en breve con aquella serie de instituciones misioneras en torno a Africa que preveía el Plan. Hay que empezar por las costas orientales. “Por el momento, la parte central del continente no puede contar con ninguna ayuda procedente de la costa occidental que va desde el Ecuador hasta Gibraltar, porque los delitos cometidos por las naciones católicas en el siglo pasado exportando con toda clase de violencia a más de catorce millones de esclavos negros para hacerles trabajar en las minas americanas han suscitado un odio tan grande contra los blancos, que es imposible penetrar cincuenta leguas por el interior sin exponerse a grave peligro de muerte. En las colonias portuguesas del Africa occidental no hay obremos evangélicos por el antagonismo existente entre Roma y Portugal a causa de la elección de los obispos... Por tanto, mis esfuerzos se concentrarán en promover actividades por oriente, donde —si Dios quiere— el Instituto tendrá su parte” (carta desde París a don Bricolo, 1865).

Este es el motivo por el cual Comboni, aun sabiendo que el instituto de Verona piensa retirarse, él, durante el verano y el otoño de 1865, sigue en Roma pidiendo un territorio de misión. En ese momento el inmenso territorio del Vicariato apostólico del Africa central está globalmente asignado a los franciscanos y el Padre Ludovico da Casoria va a enviar a un grupo de los suyos para abrir de nuevo la misión de Scellal, junto a Assuán. Entonces se decide que vayan a Africa juntos Comboni y el Padre Ludovico y que sobre el terreno se pongan de acuerdo para delimitar sus respectivos campos de misión, sabiendo que al Instituto Mazza le toca en general la región del Nilo oriental, y al Padre Ludovico, la del occidental.

Salen los dos grupos. El primero es el del Padre Ludovico, que lleva consigo algunos franciscanos, sacerdotes

y hermanos, blancos y negros. Entre estos últimos está el Padre Buenaventura de Jartum, uno de los jóvenes que Comboni había llevado años atrás de Verona a Nápoles y que ha sido ordenado sacerdote en octubre de 1865. En el grupo de Comboni está él solo. O mejor dicho, no: está Comboni, que oficialmente representa aún al Instituto Mazza, pero comprendiendo que éste está a punto de retirarse de la actividad misionera.

La comitiva se detiene largamente en Austria donde Comboni proporciona al Padre Ludovico ayudas de distinto tipo. Luego, embarque en Trieste, desembarque en Alejandría y finalmente llegada a Scillal, el 6 de enero de 1866. Los refuerzos franciscanos abren de nuevo la misión, pero el Padre Ludovico de Casoria tiene que marchar a Italia pocos días después a causa de la epidemia de cólera que ha estallado en Nápoles. Sin embargo, los días de viaje que han pasado juntos han sido más que suficientes para advertir cuánto disiente de las ideas de Comboni. No hay manera de concertar una acción común. Para Comboni el Padre Ludovico es un verdadero educador de africanos y un excelente hijo de San Francisco. Pero crear y sostener misiones en Africa requiere, además, una preparación específica y capacidad de organización que, a su juicio, el Padre Ludovico no posee. (De hecho, la misión de Scellal tuvo poco más de un año de vida.) El franciscano, por su parte, es contrario a casi todas las ideas de Comboni. En una palabra: no hay nada que hacer.

También Comboni regresa pronto; el 15 de marzo está ya en Roma. Al pasar por El Cairo, ha podido preparar algo para el futuro: los franciscanos del Alto Egipto pondrán a su disposición una casa de los alrededores para instalar en ella un pequeño Instituto con algunas religiosas y un grupo de niñas africanas educadas en Verona. Todo esto, cuando sea posible.

En abril de 1866, don Joaquín Tomba, sucesor de don Mazza, comunica oficialmente a Propaganda Fide que el

Instituto de Verona no está ya en condiciones de ocuparse de misiones. Es, como temía Comboni, una renuncia definitiva. Se encuentra como misionero de un Instituto que ya no tiene que ver con las misiones. Está totalmente fuera de sitio, es un Donnadie. Inevitablemente tiene que salir del Instituto. Da otra vuelta por Europa (Francia, Bélgica, Prusia, Inglaterra), pero esta vez sin cartas de recomendación ni poderes delegados. Viaja en nombre propio y de Africa, manteniendo contactos con los que ya le han ayudado y anudando nuevas relaciones.

Cuando regresa a Verona, en noviembre de 1866, la ciudad es ya italiana como consecuencia de la tercera guerra de la independencia. El 13 de octubre se ha establecido allí el duque Julio Benso della Verdura, comisario del rey Víctor Manuel. A los tres días llegan las tropas italianas y también las leyes del reino de Italia, entre ellas la que suprime varias congregaciones religiosas.

No es precisamente un buen momento para venir con novedades. Y Comboni idea crear en Europa un grupo de seminarios para las misiones, orientados de acuerdo con su programa africano. Especialmente quiere fundar uno de ellos, el primero, en Verona. Es decir, serán dos, masculino y femenino para sacerdotes y religiosas. Pero ya no le respalda un don Mazza y Roma le da a entender que sin personas o instituciones que lo avalen, él, Comboni solo, no encontrará apoyo. Comboni busca el fiador más natural. Como ya es sencillamente un sacerdote de la diócesis de Verona, pide ayuda a su obispo, que desde 1862 es monseñor Luigi di Canossa, veronés de nacimiento y de noble linaje.

Se trata de partir desde el principio. O sea, fundar los dos Institutos misioneros y vincularlos a una asociación que proporcione regularmente medios económicos y, al mismo tiempo, sirva de estímulo. Es decir, algo parecido a la "Sociedad de María" alemana. Comboni quiere regresar a la misión lo antes posible, reuniendo voluntarios de otros lugares hasta que sus Institutos le proporcionen

gente nueva. Mientras planta la viña, ya está pensando en el vino.

El obispo de Verona le ayuda, y el 1 de enero de 1867 se funda el Instituto para las Misiones en el marco de la Obra del Buen Pastor, cuya finalidad es “mantener y multiplicar las obras de Europa destinadas a formar miembros para las misiones de Africa”. Unos días después, Comboni lo notifica a Propaganda Fide del modo siguiente: “El ilustrísimo monseñor Canossa ha abierto en Verona un seminario para nuestras misiones africanas que a su tiempo asumirá el nombre de “Instituto Buen Pastor para la salvación de Africa”.

Daniel Comboni se ha convertido así en fundador, aunque haya sido el obispo el que se ha hecho responsable: el nuevo Instituto nace desde el punto de vista canónico a título de prueba, como iniciativa diocesana cuyos resultados hay que comprobar. Sin embargo, el obispo está preocupado: ¿Podrá llevar adelante todo esto? Comboni le anima diciéndole: “Confíe en la Providencia, monseñor, y esté seguro de que, protegidos por su autoridad, encontraremos todo el dinero que haga falta. Tenemos una asociación aprobada por Pío IX, tenemos lengua para insistir, pluma para escribir, ánimos para soportar las repulsas...”

A él no le falta el valor, y no sólo para solicitar ayudas o para afrontar el clima africano. Su vida está marcada por los conflictos y, precisamente, en este momento estalla uno. El Instituto Mazza le ha confiado doce jóvenes africanas educadas en Verona. Las lleva primero a un convento de Roma en espera de embarcarlas en Marsella consigo y con el equipo misionero que integrará el primer establecimiento “comboniano” en Africa. Pero un prelado romano se las coge, destinándolas a una institución misionera suya. En una palabra, intenta hacer pasar a las jóvenes como educadas por él y, por tanto, destinadas a la misión que él dirige. Es cuestión sin importancia e incluso resulta algo humorístico. Pero el prelado, para

salirse con la suya, llega a difamar gravemente a Comboni por toda Roma con una malicia que indigna personalmente al Papa. Comboni reacciona en seguida, amparado en su inocencia, y recibe luego las disculpas de quien tenía que juzgarlo.

La animosidad de ese prelado —que antes había sido amigo y hasta protector de Comboni— provenía de una ingenua forma de rivalidad, de una especie de exhibicionismo apostólico. Pero había también otros motivos. Monseñor hacía gran caso de una profetisa o vidente romana que, a su juicio, recibía visiones y revelaciones, y hubiera querido que también Comboni le diera crédito. Pero éste se negó a tomarla en serio. Más aún, a decir verdad, oír aquellas cosas le producía un malestar insoportable. Era demasiado concreto y al mismo tiempo demasiado espiritual para hacer caso de necedades devotas. Nunca en su vida habló de visiones o revelaciones. De inspiraciones sí, y también de “obras de Dios” en los hombres en favor de los hombres; recomendaba una confianza en Dios continua y firmísima, pero solamente por la vía de la oración.

Este hombre tan activo rezaba mucho porque, decía: “tenemos que tratar con una persona de honor, Dios, que mantiene su palabra y la cumplirá para siempre”. Ocupado en mil asuntos de toda índole, entre conferencias, encuentros, cuestiones materiales, etc., encontraba durante el día no sólo el tiempo para los rezos prescritos a los sacerdotes, sino también para oraciones suplementarias que se prolongaban horas y horas. Un día en Africa alabó a un sacerdote suyo diciendo: “Lo encuentro en la iglesia rezando a cualquier hora del día o de la noche”. Lo encontraba porque también él estaba allí.

Poco antes de morir, ante graves cuestiones económicas sus palabras serán: “Si se conociese y se amase de verdad a Jesucristo, se trasladarían los montes... Así es que rezad y tened fe; rezad no con palabras, sino con el

ardor de la caridad. Así se implantó la religión y todas las misiones del mundo”.

Un hombre acostumbrado a esto no podía ocuparse de videntes, ni de visiones. Unos años después de los hechos de que hablamos, durante otra de sus estancias en Italia, el obispo de Verona se dirigió a él para una cuestión de presuntas apariciones. En un pueblo cercano a Verona, en la primavera de 1871 unos niños empezaron a decir: “¡Vemos a la Virgen!” Y acudían allí cada vez más numerosos los acostumbrados grupos de gente curiosa. El fenómeno va creciendo y entonces el obispo manda a Comboni vestido de campesino a ver qué sucede y qué hay de serio en aquello.

Se trata del acostumbrado fenómeno pasajero y superficial, probablemente influido por lo que ha ocurrido en Lourdes. Pero precisamente allí Comboni tiene un encuentro importante. Entre aquellos grupos excitados ve a una joven que no grita como los demás, ni se pone de rodillas. Le pregunta: “¿Por qué no haces como los otros, si es la Virgen?” “No tengo por qué; yo no veo a la Virgen”. Comboni va a la parroquia a coger la sotana, regresa donde está la joven y, prescindiendo de las presuntas apariciones, le habla de Africa y de la misión. Es la “pesca” para los negros. Esa joven —Marietta Scándola— será una de las primeras religiosas combonianas en Africa, donde morirá a los cincuenta y cuatro años.

3. 1867: Comboni asume la dirección de la expedición africana

Marsella, 22 de noviembre de 1867. Parte para Egipto una comitiva de veintitrés personas con Comboni, otros tres sacerdotes, tres religiosas francesas de San José y dieciséis jóvenes negras: las diez llevadas de Verona y otras que se han añadido después al grupo.

Esta expedición, verdaderamente misionera, a los diez

años de la anterior, es la segunda en la que participa Comboni. La dirige él: es el jefe. Pero un jefe que no cuenta con recursos. En Verona está fundado el Instituto misionero, pero aún no funciona. Está trabajando allí don Dal Bosco, nombrado rector. El Instituto por ahora es Comboni y sus compañeros de viaje. La Obra del Buen Pastor que debe sostener todo instalará su Consejo directivo en enero de 1868. Tendrá que pasar tiempo antes de ver partir misioneros de Verona.

Pero él se va en seguida. Como no tiene sacerdotes propios, ha acogido a tres religiosos camilos, o sea, pertenecientes a la congregación de Ministros de los enfermos, que es una de las que serán suprimidas de acuerdo con la nueva legislación italiana. Sus nombres son Stanislao Carcereri, Giuseppe Franceschini y Giovanni Battista Zannoni. En breve del Papa les ha autorizado a marchar con Comboni, pero a sus superiores les ha parecido mal, porque pensaban, si se llevaba a cabo la supresión, trasladar las dos comunidades veronesas a Roma o al extranjero.

Otro motivo de problemas. Además, una vez en misión, los tres religiosos querrán actuar según los principios de su congregación, que no siempre coinciden con los de Comboni. De ahí conflictos previsibles que seguramente ya ha previsto Comboni. Pero quiere seguir adelante. Ya ha comprendido que ha nacido para las dificultades.

En su visita anterior a El Cairo había adoptado medidas para establecer allí una comunidad suya. Y la establece en un convento perteneciente a los cristianos maronitas. Comboni y su grupo no son la primera comunidad católica de El Cairo. Ya reside allí un Vicario apostólico para Egipto, monseñor Luigi Ciurcia, obispo titular de Irenópolis, que será un firme protector de Comboni. Hay algunas otras instituciones, sobre todo franciscanas.

Así pues, en El Cairo no se establece una misión de Comboni; aquél no es territorio suyo. Solamente se pre-

para el trampolín, la base para el avance hacia el interior, según el espíritu del Plan. Se unen al grupo otros dos africanos ex alumnos de Verona: uno es farmacéutico y el otro un carpintero que hace también de organista. Son veinticinco personas en total.

En seguida hay allí trabajo para ellos. Vienen a pedir ayuda esclavos fugitivos, enfermos, marginados de distintas clases. Más tarde llegarán también jóvenes servidores de familias ricas, enviados para recibir instrucción.

La esclavitud ha sido proscrita, como hemos dicho. Pero sigue prosperando principalmente de dos maneras. Una es la clásica de las razzias de gente, expedida luego a destinos de ultramar, por ejemplo el mercado de Zanzibar. La otra consiste en traficar con esclavos sin exportarlos, usándolos como moneda de circulación interna. Este mecanismo lo ha explicado el explorador Lucca Carlo Piaggia, testigo ocular de los hechos.

El procedimiento es el siguiente. Un comerciante de marfil —comercio lícito, tutelado por acuerdos comerciales y cónsules diligentes— llega a una región del Alto Nilo acompañado por mercenarios locales armados. Y no va a buscar elefantes, sino a hacer razzias de esclavos. Luego pagará con ellos el marfil comprado en otra región. También paga con esclavos a los mercenarios que ha empleado y éstos revenden su botín donde les conviene.

Vendidos o fugitivos, muchos llegan hasta El Cairo. Los primeros que ingresan en los institutos de Comboni son precisamente fugitivos desesperados. Luego, como ya se ha dicho, llegan otros a los que sus amos —más humanos— envían para instruirse.

Por lo tanto, los institutos de Comboni, el masculino y el femenino, responden a una verdadera y dramática necesidad a la que el fundador hace frente con su experiencia y su capacidad de organización. Logra un éxito rápido, aunque costoso, que agota en seguida los fondos llegados de Europa. No hay aún aportaciones regulares de

cierta importancia, así es que Comboni tiene que ir personalmente en busca de ayudas. Con este objeto vuelve a Europa en julio de 1868.

Regresa siendo ya el “caballero” Comboni, título que, por decreto del 22 de febrero de 1868, ha instituido Víctor Manuel con ocasión de la boda de su hijo con su sobrina Margarita, y que el rey concede a Daniel Comboni por sus méritos como misionero. Sin embargo, él devolvió el diploma al presidente del Consejo, general Menabrea, considerando que no cuadraba a un “misionero apostólico” exhibirse con condecoraciones civiles.

La principal razón de la negativa de Comboni era otra: como él estaba totalmente de parte de Pío IX, pensaba que no debía aceptar honores de un gobierno que le era hostil; al mismo tiempo, fijaba también su postura como ciudadano: en toda circunstancia y en todas partes se comportaría “como católico italiano del modo adecuado a un verdadero sacerdote y misionero de la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, y a un súbdito fiel de su querido soberano”.

Y no eran decoraciones precisamente lo que recibía de la Santa Sede. Todo lo contrario. Las relaciones con Roma se habían hecho más bien frías y continuaban siéndolo. Y eso no era nada. Comboni molestaba con su constante insistencia sobre Africa (cosa que casi podría tomarse como una acusación de inercia a Roma) y había quien procuraba desacreditarle de varios modos.

De Egipto fue directamente a Francia: Chambéry, Grenoble, santuario de la Salette, Lyon, París. Allí no era ya un misionero aislado y casi desconocido, como en Italia. Tenía un círculo de amistades (y algunas enemistades probablemente) de alto nivel: políticos, académicos de Francia, gran parte de la aristocracia católica. Precisamente en París fue con frecuencia huésped del barón Joseph Crepin de Havelt. Y lo mismo ocurría en otros países de Europa: lo conocían y ayudaban el rey de Prusia y de Baviera, los ex soberanos de Portugal y de Módena,

sin contar el mundo de las sociedades geográficas y de los exploradores, y el ambiente diplomático.

Sin embargo, también en Europa caen sobre él nuevos golpes. Uno de los que fueron con él a Egipto, habiendo sido castigado por unas faltas, se marcha de El Cairo y escribe cartas calumniosas al obispo de Verona (responsable de las instituciones combonianas) e incluso al cardenal Barnabó, de Propaganda Fide. Más tarde se arrepintió y hasta solicitó ser readmitido por Comboni, pero de momento las cartas causan su efecto perjudicial en Roma. Y Barnabó interviene con gran rigor.

Comboni responde. Su respuesta merece destacarse porque es típica de él en este momento de su vida. Se ve en ella al hombre cada vez más adentrado en la espiritualidad de la cruz, explorador de esa región misteriosa en donde confluyen el sufrimiento y la gracia en íntima asociación con lo divino. Pero también aparece el hombre que no se deja aplastar.

He aquí su respuesta: "Me siento tan lleno de fuerza, valor y confianza en Dios y en la Virgen María que estoy seguro de superar todo y de prepararme a otras cruces mayores en el futuro. Ya veo y comprendo que la cruz me es tan amiga y la tengo siempre tan cerca que la he escogido desde hace algún tiempo por esposa indivisible y eterna. Y, con la cruz como esposa, no temo, Eminencia, ni las tormentas de Roma, ni las tempestades de Egipto, ni los alborotos de Verona, ni las nubes de Lyon o de París. Y estoy seguro de que, yendo a paso lento y andando sobre espinas, llegaré a comenzar en forma estable y a implantar la obra de la salvación del Africa central que todos han abandonado y que es la empresa más difícil y ardua del apostolado católico".

También en Lyon ha encontrado desconfianzas. En cambio, en París explica con éxito los objetivos de la Asociación del Buen Pastor. El barón de Havelt y sus amigos deciden establecer un comité de la obra con una finalidad muy determinada: sostener el seminario misio-

nero que Comboni desea fundar en la capital francesa.

Pero en este momento llega otro golpe, bajo forma de disposición de la Santa Sede; se prohíbe la creación de comités de la Obra incluso en Italia, cuanto más en el extranjero. La prohibición se funda en razones de orden: Roma no quiere provocar confusiones con otras iniciativas del mismo tipo y particularmente con la obra para la Propagación de la Fe, que tiene carácter universal y grandes méritos adquiridos. Para Comboni es un golpe muy duro, ya que pierde la ocasión de crear el seminario de París y, lo que es peor, se ve desacreditado a los ojos de todo el mundo.

La primera parte del viaje a Europa termina con este suceso al que sigue poco después otro golpe muy sentido. Llega la noticia de que don Dal Bosco está gravemente enfermo; en efecto, murió poco después. Don Dal Bosco era el hombre que tenía que organizar los institutos de Verona. También en Limone sul Garda enferma seriamente Luigi, el padre de Comboni.

Afortunadamente, al regresar a Italia lo encuentra ya repuesto y puede hacer un breve viaje a Praga y a Viena con el fin de conseguir ayuda, como es natural. En febrero de 1869 regresa a El Cairo, con grandes penas pero con abundante dinero, que en seguida gasta en ampliar la obra, y con el refuerzo de dos hombres y dos mujeres. Recobra también su buen humor. La verdad es que nunca lo pierde durante mucho tiempo. Tiene un temperamento alegre y tal "que disfruto y estoy siempre contento; probablemente hay pocos en el mundo que sean más felices que yo".

4. Una misteriosa aventura en París

Durante esta estancia en París le sucede a Comboni un caso trágico, una aventura propia de la novela popular de la época, por los ambientes, la atmósfera y los perso-

najes. Sólo hablará de ella años más tarde, relatándola en primera persona en la revista alemana "Alte und Neue Welt" de agosto de 1872. Dos años después la "Voce cattolica" de Trento, publicará la traducción italiana.

El hecho ocurre el 22 de diciembre de 1868 a las diez de la noche. Comboni, en casa del barón de Havelt, recibe la visita de un desconocido. Este le invita a asistir a un moribundo que lo reclama a él personalmente. Al subir al coche con el desconocido encuentra a otros tres hombres que lo amenazan con armas y le vendan los ojos.

"Después de unas dos horas de camino, el coche se detuvo; me hicieron entrar en una casa grande con escaleras por acá y por allá. Me quitaron la venda y me encontré en una sala magnífica. En un cómodo sillón veo a un elegante señor de aspecto fuerte y sano que me invita a acercarme. Le dije que me habían llamado para asistir a un moribundo, pero que me habían engañado, puesto que el presunto enfermo estaba completamente sano.

"Tiene razón, reverendo Padre —me dijo aquel hombre—; la salud de mi cuerpo no deja nada que desear, pero tengo que morir dentro de una hora y quisiera que me preparara usted a una muerte cristiana. En pocas palabras le diré que, siendo miembro de una sociedad secreta, llegué a uno de sus grados más altos, porque apreciaban mi influencia en el gobierno y mi valor para realizar las empresas más difíciles. He llevado a cabo con tenacidad y audacia las tareas de nuestra sociedad. Recientemente, he sido designado por la suerte para quitar la vida a un venerable prelado, estimado por todo el mundo. Pero me he negado enérgicamente a hacerlo, aun sabiendo que me costaría la vida, de acuerdo con nuestro severo estatuto. Y, en efecto, la sentencia ya se ha dado y tendré que morir dentro de una hora. Cuando entré en la sociedad no quise prestar el juramento de rehusar los auxilios espirituales en vida y en la hora de mi muerte y, como podía ser un elemento útil para la sociedad, el Consejo me aceptó, aun-

que no hice el juramento requerido. Por eso han accedido a mi petición de poder hablar con un sacerdote. Lo han llamado a usted, que es extranjero, para eludir toda sospecha ya que tiene usted pocas relaciones con esta ciudad'.

Me dijo también que lo ejecutarían cortando las dos venas de la garganta, junto a la clavícula, pues así la herida pasaría inadvertida. Añadió que de ese modo había mandado él ejecutar a muchas personas por haber faltado a la palabra dada o por otros motivos... Me rogó le escuchase en confesión, porque el tiempo era limitado... El hombre acabó de acusarse con el arrepentimiento más sincero y, después de recibir la absolución, me besó la mano sobre la cual cayó una lágrima.

Me quité del cuello una reliquia de la santa cruz y se la di diciéndole que invocase hasta el último momento a Aquel que para salvarnos de nuestros pecados no rehuyó la ignominia de la cruz. La cogió con gran fervor, la besó y se la puso al cuello debajo de la ropa... Me encargó que pidiera perdón a su mujer —la persona más virtuosa del mundo— por los errores que le habían conducido a un final tan desdichado. Añadió que tenía una hija religiosa del Sagrado Corazón que lo quería mucho y que se consolaría al saber que había muerto cristianamente. Para poder demostrar a sus familiares que realmente había hablado con él, le rogué escribiese algo en mi agenda. Y con lápiz escribió estas palabras:

'Querida Clotilde: estoy a punto de dejar este mundo y te ruego me perdones la gran pena que te causo con mi muerte. Despidéme de mi querida hija y consolaos con la seguridad de que muero reconciliado con Dios. Espero veros allá arriba. Rezad mucho por mi pobre alma. Tu Teodoro'.

Entonces conocí el nombre del condenado que me suplicaba le infundiera valor y fortaleza. Apenas tuve tiempo de pronunciar unas palabras, pues la puerta se abrió y entraron cuatro hombres para cogerlo. Con frases conmovidas les supliqué que perdonasen la vida a un marido

y padre amado. Al ver que mis palabras eran inútiles, me eché a sus pies conjurándoles que sacrificasen mi vida en vez de la suya. Por toda respuesta me dieron un puntapié. Luego ataron a la víctima que, antes de salir, me dijo: 'Dios le pague, Padre, todo lo que ha hecho por mí. Acuértese de mí en el Santo Sacrificio' ”.

Después de algún tiempo volvieron los hombres, vendaron los ojos a Comboni y se lo llevaron. Hicieron una parada en un palacio desconocido, luego reanudaron el viaje y al amanecer lo libertaron a tres horas de París. Ese día no celebró la misa por estar excesivamente perturbado.

“Al día siguiente la ofrecí por la víctima de las sociedades secretas y la celebré en la capilla del convento del Sagrado Corazón. Hablé luego con la superiora que se dio cuenta de mi turbación y con delicadeza me preguntó la causa.

Recomendándole el secreto, le conté todo. Me dijo que realmente la hija de aquel desdichado estaba entre las religiosas, que rezaba mucho por su padre, pues conocía su pertenencia a las sociedades secretas, y que le consolara mucho la noticia de que su padre había muerto cristianamente. Pero le prohibí hablarle de eso, al menos por el momento.

Dos días después, fiesta de Navidad, leyendo un periódico de París y ojeando la lista de los muertos, vi que algunos eran desconocidos y por lo tanto estaban en el depósito de cadáveres. Fui allí en seguida, pero no reconocí entre los cadáveres al infeliz que buscaba. De pronto, colgada en la pared vi la preciosa reliquia de la verdadera cruz que le había dado. Entonces examiné con más atención el cadáver que se encontraba más cerca de la cruz y vi que era realmente él, aunque estaba desfigurado por la muerte. Para asegurarme más, le descubrí el cuello y los hombros: las dos venas del cuello estaban cortadas y se

veían los dos agujeros. No cabía la menor duda; era verdaderamente él.

Al día siguiente fue también al Sagrado Corazón para celebrar la misa, como le había prometido. Al acabarse, llegó una religiosa que me dijo llorando: 'Le suplico que ruegue en la misa y en sus oraciones por mi desdichado padre'.

—‘¿Puedo saber qué le ha ocurrido a su padre?’

—‘Desgraciadamente, temo haberle perdido para el tiempo y para la eternidad. Si hubiera muerto en estado de gracia, podría resignarme, pero morir tan rápidamente después de una vida alejada de Dios es terrible y doloroso...’

—‘Consuélese, Madre. El Salvador tuvo compasión incluso del buen ladrón. Sus oraciones por su padre serán seguramente escuchadas’.

—‘Lo dudo, porque mi padre pertenecía a una sociedad secreta cuyos miembros rechazan toda asistencia espiritual a la hora de la muerte.’

—‘¿Y si su padre hubiera recibido los auxilios de la religión?’

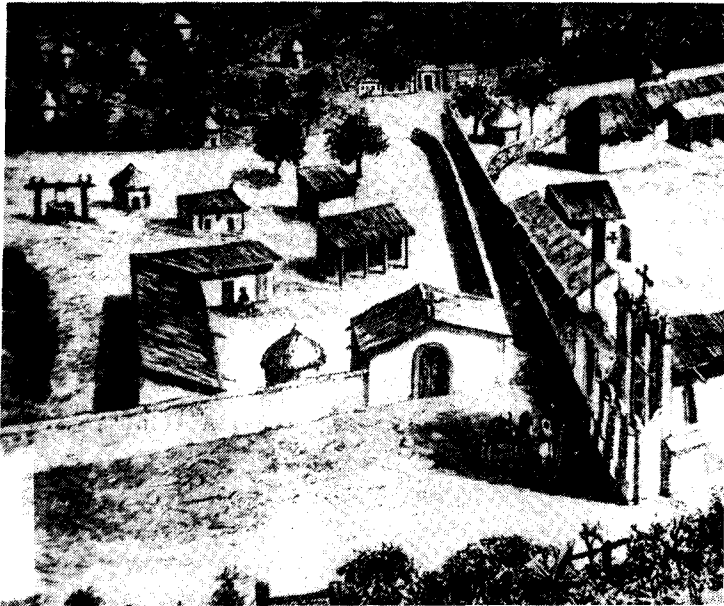
La religiosa me miró vacilante y sin esperanza. Entonces cogí mi agenda y le enseñé la última página. Sus ojos se transfiguraron, besó aquellas líneas escritas por la mano de su padre y, cayendo de rodillas, levantó las manos al cielo; con los ojos llenos de lágrimas exclamó con voz emocionada: ‘Bendito sea Dios por siempre! ¡Mi padre se ha salvado!’ ”.

Respecto a la identidad del misterioso “Teodoro”, padre de una religiosa del Sagrado Corazón, no se tienen hasta ahora noticias precisas. En 1868 había, efectivamente, en aquel convento, una religiosa cuyo padre llevaba ese nombre, pero otros elementos no concuerdan y, por lo tanto, la identificación no es segura.

En cuanto al prelado cuyo asesinato se había proyectado, escribe J. Mauzaize en “Archivio Comboniano”, nú-

mero 2, 1979: "Con toda probabilidad se trata de monseñor Luis de Ségur (1820-1881), prelado ciego con fama de santidad, gran director de almas que ejercía un eficaz apostolado con jóvenes obreros y estudiantes y había escrito contra los masones un libro muy difundido.

Tres meses después del hecho relatado por Comboni, el prelado supo por un visitante desconocido que se había proyectado su asesinato. Este no se llevó a cabo. Sin embargo, continúa J. Mauzaize, la proximidad de las fechas de publicación del libro (1867-68), su excepcional difusión, la fecha de la muerte del hombre asistido por Comboni (diciembre 1868) y la de la visita hecha a monseñor de Ségur (abril 1869), la personalidad y la santidad del prelado, constituyen un conjunto de pruebas suficientes para sugerir al menos una gran posibilidad".



Primitiva estación misionera de El-Obeid, una de las más internadas en el corazón de Africa.

CAPITULO III

CONTRA EL MUNDO Y EL INFIERNO

El fundador del Egipto moderno, Mohammed Alí, era totalmente contrario a la apertura del canal de Suez; mientras él vivió no se habló del asunto. Comprendía perfectamente que esa valiosísima ruta marítima que acerca Oriente a Occidente atraería sobre Egipto el interés y la codicia de las potencias europeas. Pero su nieto Ismail quiso realizar la empresa a toda costa. En efecto, el 17 de noviembre de 1869 pudo presidir su inauguración.

Una alegre flota hizo la primera travesía oficial hasta la ciudad creada expresamente por el francés Lesseps como base de los trabajos y llamada Ismailia, precisamente en honor del jedive. Ya en ese momento se dieron cita allí las potencias europeas. El primer barco que atraviesa el canal es francés, *l'Aigle*, que lleva a bordo a la emperatriz Eugenia, esposa de Napoleón III. Francia ha sido la gran patrocinadora de la empresa y francés es el que la ha llevado a cabo. Le sigue otro barco en el que va Francisco José de Habsburgo, emperador de Austria: un súbdito suyo, el ingeniero tridentino Luigi Negrelli, ha hecho los primeros proyectos y el canal interesa mucho a Austria-Hungría. Siguen en otros barcos el príncipe heredero de Prusia, Federico Guillermo y muchas otras personalidades y delegados de Europa.

Austria y Prusia habían estado en guerra hacía apenas tres años; Prusia y Francia lo estarán dentro de ocho meses: la historia de Europa se proyecta en Africa con sus rivalidades por el poder. Ismail ha querido entrar de algún modo en el club de los poderosos arrancando al

sultán Abd-al-Air el permiso de reforzar el ejército y la flota, construyendo carreteras y ferrocarriles, prolongando su dominio hasta Sudán. Con esas empresas se ha llenado de deudas y dentro de pocos años tendrá que vender a Inglaterra sus 176.000 acciones de la Compañía del Canal, de modo que el nuevo y verdadero jedive de Egipto será la Compañía, en tanto que Ismail acabará destronado.

Las fiestas de la inauguración son una oportunidad para que visitantes ilustres acudan a los institutos de Comboni en El Cairo. El primero de todos fue el emperador Francisco José, que ya lo conoce y le ha ayudado. Son casi coetáneos: el soberano tiene treinta y nueve años y Comboni treinta y ocho. Aquel, como insigne turista, ha escalado la gran pirámide de Keops; Comboni, en cambio, detesta esos monumentos insignes, verdadero símbolo de la esclavitud de los negros. Francisco José le felicita por sus institutos; esto tiene su importancia presente y futura, porque significa que le enviará mayores ayudas.

Pero la verdadera recompensa de Comboni son esos negros que van a su casa; se quedan tantos que se ve obligado a ampliarla. Allí aprenden la fe y, juntamente, árabe, dibujo, matemáticas, italiano y algo de medicina. Inteligencias que se abren y demuestran la validez de su método que asocia religión y promoción humana, empleando catecismos y libros de ciencia con la "profesionalidad" que ha aprendido en la escuela de don Mazza. ("Tampoco en la piedad son suficientes las fatigas y los sacrificios; no basta el empirismo; se necesita la ciencia para que se cosechen los frutos de estos trabajos". Palabras dignas de Mazza y de Comboni, dirigidas por el Papa Pío XI a los misioneros en 1925.)

Estos niños y estos jóvenes están dando la razón a Comboni en el punto capital de su Plan; prueban, a su nivel, que "Africa puede ser salvada por Africa". Cuando

ellos lleguen a ser muchos millares, se podrá no *importar* la fe cristiana a Africa, sino *plantarla*.

Comboni, al hablar de evangelización, usa siempre esta metáfora campesina: plantar la fe, plantar la Iglesia, arraigarla entre cien millones de hombres. Claro está que ahora sólo se cuenta con ese pequeño instituto de El Cairo carente aún de raíces, es decir, de una retaguardia europea que proporcione regularmente hombres y recursos.

El gran "cinturón" costero, la base de operaciones "in situ" sigue siendo un sueño. Pero esta primera experiencia, por modesta que sea, está demostrando que es un sueño razonable. Como es también razonable el doble programa que Comboni se está proponiendo en esta época. Uno más bien modesto: pedir a Roma una misión en el Africa central que se apoye en las obras de El Cairo; el otro de mayor alcance: relanzar a nivel de Iglesia el problema de Africa.

Por si Comboni necesita alientos, ese mismo verano de 1869 llega a su casa de El Cairo justo el hombre que necesita. Es el jesuita alemán mons. León Meurin, misionero también, vicario apostólico de Bombay. De paso para Europa se hospeda dos días en el instituto de Comboni en El Cairo. Los dos misioneros hablan largamente. Comboni explica su Plan y se ve bien cómo lo comprendió Meurin por el siguiente discurso pronunciado poco después en Colonia ante una asamblea de católicos:

"Señores: tened confianza en la gran empresa de Comboni y sobre todo en su persona... Yo lo conozco. Su nombre será enaltecido en los siglos futuros, porque ha resuelto un gran problema al encontrar el único método válido para evangelizar el Africa central. Yo he venido aquí para recoger el don de la caridad para mi misión. Pero dadlo todo a Comboni; yo me retiro y le dejo la preferencia. Si podéis disponer de algún dinero, dádselo todo a Comboni. Y Colonia podrá ufanarse de haber iniciado una obra misionera cuyo fundador será llamado

por la posteridad el San Francisco Javier del Africa central”.

Y no sólo esto: a Meurin se le debe una intervención en Lyon ante los dirigentes de la Obra para la Preservación de la Fe. Dejan éstos su antigua desconfianza respecto al Plan del Africa central y a su autor, que desde ahora podrá contar también con su ayuda.

Pero las ayudas nunca bastan para las instituciones de El Cairo, ni para implantar firmemente en Verona las obras preparatorias. Por eso Comboni querría regresar a Europa en busca de recursos. Las reglas de Propaganda Fide, como es natural, imponen unos límites a los viajes de los misioneros, pero él necesita salir de El Cairo, porque, además de la acostumbrada colecta, tiene en su mente algo mucho más amplio y audaz: intentar de nuevo poner a toda la Iglesia frente al problema de Africa.

En los años anteriores ya había pensado sugerir a Pío IX un solemne discurso misionero ante el consistorio de los cardenales, pero luego no se había hecho nada. Ahora, sin embargo, se presenta una ocasión más importante aún: el 8 de diciembre de 1869 en la basílica de San Pedro el Papa ha inaugurado el Concilio Vaticano I, acontecimiento que no se producía desde hacía tres siglos. En la apertura están presentes 640 Padres conciliares —más tarde pasarán de los 700— de los mil y pico que tienen derecho a ello. Es un número excepcional para ese tiempo: en el concilio de Trento al principio sólo había treinta y un Padres. Por primera vez asisten obispos de las dos Américas y un buen número del Oriente y de Africa, que, en general, son vicarios apostólicos. Todavía todos son blancos.

Comboni no puede perderse esta cita. Si las normas de Propaganda le impiden dejar El Cairo, él encuentra el modo de partir consiguiendo ser designado “teólogo” de monseñor Luigi di Canossa, obispo de Verona. Y con ese título no sólo podía ir a Roma, sino también asistir a los

trabajos conciliares. Así, pues, sale de El Cairo a principios de marzo de 1870.

1. ¿Tiene la Iglesia de Africa un retraso de dieciocho siglos?

Esta vez su llegada a Roma es diferente. Comboni no es ya un individuo particular, algo loco, según decían algunos prelados. Es el jefe de una institución pequeña, pero consistente y seria que tiene un Instituto masculino y dos femeninos en la capital egipcia, con cincuenta miembros entre sacerdotes, religiosas y laicos entregados a la evangelización y a la instrucción. Por lo tanto, su fuerza está intacta. Escribe a una familia amiga: “No quiero ni oír hablar de dificultades o imposibilidades. Pasé por loco y pasaré en el futuro. Pero a mí todo eso me da igual. Yo quiero seguir adelante en mi obra, quiero plantar establemente la fe en el Africa central, aunque se hunda el mundo”.

En Propaganda Fide lo acogen mejor. Hasta el cardenal Barnabó parece inclinarse bastante a confiarle una misión en el Africa central, y esto supondría saltar de la base costera al Africa real y verdadera, de acuerdo con el Plan. Pero hay una condición exigida por el cardenal Barnabó: “Antes —le dice y le repite— debe consolidar bien los Institutos de Verona”. Es natural. En Europa tiene que haber un centro de acogida y formación del personal masculino y femenino para enviarlo luego a la misión, según las necesidades.

Sin embargo, los Institutos de Verona por el momento están casi vacíos. El organismo encargado de impulsarlos y sostenerlos, o sea, la Asociación del Buen Pastor, ha sido suspendida por Roma. Y el obispo de Verona, atemorizado, parece que quiere dejar todo. Así es que los misioneros de Comboni son un ejército extrañísimo, que

está todo en el frente, en primera línea sin una retaguardia que acoja a los nuevos reclutas y le lleve municiones.

Por eso Comboni acoge a todos los sacerdotes y laicos que encuentra disponibles, en cualquier orden o congregación, para reforzar las obras de El Cairo. Pero piensa en el futuro. El reclutamiento se hace con una perspectiva propia de él: la de dar vida en cuanto pueda a misiones africanas que estén dirigidas por aquellas órdenes y congregaciones. No busca reclutas *para* él. Los quiere *con* él durante cierto tiempo. Luego, si todo va bien...

Por ejemplo, se dirige así a don Bosco en julio de 1870 para pedirle salesianos: "Formarían parte de mi Instituto bajo mi jurisdicción..., pero les daría una autonomía conveniente, de modo que con el tiempo, ayudados y acrecentados con otros de su Instituto de Turín, el mío de El Cairo los pondría en condiciones de dirigir una misión especial en Africa central que se confiaría exclusivamente al Instituto Bosco de Turín. Quisiera que su santo instituto se insertase poco a poco en el Africa central".

Aquí se manifiestan los horizontes misioneros de Comboni: un Africa con misiones africanas confiadas a diversas familias religiosas que colaboren en un único proyecto de evangelización, pero cada cual con autonomía, con su espíritu propio y vinculadas con sus Institutos de Europa. No sueña con un Africa "comboniana", sino cristianizada por todos los cristianos. Sentido de Iglesia, ya lo hemos dicho, pero siempre es muy difícil mantenerlo venciendo los patriotismos y particularismos de congregación. Comboni lo sabe muy bien.

En la primavera de 1870 se encuentra en Roma por otro motivo más importante; el Concilio convocado por Pío IX, la asamblea general de la Iglesia. Comboni asiste para interpellarla —desafiarla, podríamos decir— respecto a Africa y su evangelización. Problema colosal que se resume en dos números: cien millones de hombres, dieciocho siglos de retraso.

2. Un sacerdote solo frente al Concilio

El Plan para la salvación de Africa había nacido en Roma en 1865. En 1869/70 nace en El Cairo otra iniciativa: Comboni la ha decidido personalmente, discutiéndola luego y perfeccionándola con ayuda de algunos colaboradores y sobre todo del primero de ellos, el Padre Camilo Stanislao Carcereri. El objetivo que se propone es inducir al Concilio a incluir en el orden del día el problema de Africa y de su evangelización, problema que no está en la agenda conciliar con su especificidad y su urgencia.

Comboni llega pues, a Roma llevando esta idea en su mente: espolear a todo el Concilio, él solo. Esa idea se concreta luego en Roma en dos documentos vinculados entre sí: uno es el *Postulatum Sacro Concilio oecumenico Vaticano pro nigris Africae centralis*, que invita al Concilio a examinar el problema de Africa incitando "con su solemne autoridad a todo el mundo católico a socorrerla, recomendando la empresa celestial y santa y pidiendo la eficaz ayuda de todo el pueblo cristiano para que pueda florecer de nuevo". En lenguaje parlamentario moderno esto sería una especie de moción para abrir en la asamblea una discusión sobre el tema propuesto. Como es natural, sólo los Padres conciliares pueden tomar esa iniciativa. A ellos les toca poner su firma al *Postulatum* haciéndolo suyo. Así entrará en el Concilio la cuestión africana.

El segundo documento es precisamente una carta circular a todos los Padres pidiéndoles que firmen el *Postulatum*. En ella se explican más ampliamente las motivaciones que ya conocemos, porque son la razón de la vida de Daniel Comboni. Aquí se dirige él personalmente a todos los obispos:

"Volved, os ruego, vuestras miradas a esas populosas tribus que se extienden por regiones casi ilimitadas. Yo

me pregunto si hay alguien en el mundo que con intenso clamor intente daros a conocer los sentimientos de tantos miles de hijos de Africa. ¿Hay alguien entre vosotros que haga de padre con esos negros? ¿Alguna voz que se haga intérprete de tantos hijos de Cam? Decidlo vosotros, reverendísimos Padres, y dilo también tú, Roma fiel”.

En el solemne lenguaje de iglesia de aquel tiempo prosigue Comboni:

“Eminentísimos y reverendísimos Padres, ¿cuál es el motivo por el que el interior de Africa yace aún en las tinieblas y en las sombras de la muerte? Si vosotros no decidís con benevolencia algún remedio, si este momento pasa desaprovechándose una ocasión tan propicia —y sólo con pensarlo me siento morir de dolor—, ¿cuántos siglos pasarán aún antes de que cese la desgracia de los africanos?... Os suplico que resuene bien alta vuestra voz que patrocine decididamente la causa de los negros del Africa central... Os suplico y os conjuro que os dignéis firmar este Postulatum que es quizá lo último que se propondrá en este sacrosanto concilio, así como el desgraciado pueblo de los negros es, ciertamente, el último de todas las naciones”.

El Concilio tiene ya en su agenda un examen de la actividad misionera en general. Pero no existen esquemas particulares y específicos sobre Africa. Ni siquiera hay en la asamblea un africano auténtico. Para oír el discurso del apóstol Pablo había el día de Pentecostés en Jerusalén africanos “de Egipto, de las regiones de Libia cercanas a Cirene”. Dieciocho siglos después no había en Roma físicamente ni uno solo. Ni siquiera una voz se alzó para hablar de Africa; nadie presentó una moción personal, un *Postulatum* suyo. No hay más que el de Comboni. Sin él, el Vaticano I pasaría a la historia como el Concilio que prescindió de Africa. Como si sus habitantes negros no tuvieran alma, según se clamaba antiguamente.

Firman el *Postulatum* setenta Padres conciliares, entre los que dominan los vicarios apostólicos, o sea, los misioneros. La comisión competente lo acepta y Pío IX aprueba y firma su inclusión entre las materias que han de examinarse. Esto sucede la tarde del 18 de julio de 1870. Por la mañana los 535 Padres conciliares presentes en el aula han aprobado la constitución *Pastor Aeternus* sobre la infalibilidad pontificia después de largas discusiones y vanos esfuerzos para aunar las opiniones (los que se oponían a la infalibilidad no han estado en San Pedro; la mayoría se han marchado a su tierra).

Al día siguiente, 19 de julio, estalla la guerra entre Francia y Prusia. Se estaba esperando, y Pío IX ha dado permiso a muchos Padres para irse, pero sin suspender por eso el Concilio. Hace que prosiga en tono menor con el centenar que queda y con la idea de reanudar los trabajos el 11 de noviembre. Todavía en julio, agosto y principios de septiembre se celebran reuniones: son trabajos preparatorios para el esquema sobre la función de los obispos y también para los problemas misioneros.

Pero el 20 de septiembre entran en Roma las tropas italianas del general Rafael Cadorna y deja de existir el Estado pontificio. Veinte días más tarde un plebiscito sancionará su absorción en el reino de Italia. El 20 de octubre Pío IX declara suspendido definitivamente el Concilio, que no volverá ya a reunirse. El *Postulatum* de Comboni, con todo lo demás, pasa a los archivos.

La guerra franco-prusiana y la consiguiente ocupación italiana de Roma tendrán grandes consecuencias en Africa. El rey vencedor, Guillermo I de Prusia, se convierte en emperador de Alemania y jefe de la que es ya una gran potencia. Italia tiene su capital, la epopeya del “Risorgimento” ha concluido y en breve surgirá el deseo de nuevas gestas y el de convertirse también en gran potencia.

Alemania e Italia: dos nuevas candidatas al reparto de Africa como proyección de su nuevo “status” europeo.

Francia y Gran Bretaña ya han comenzado a poner sus pies directa o indirectamente en algún lugar de Africa; Alemania e Italia “deben” hacer lo mismo. En pocos años la iniciativa alemana empezará a desplegarse con todo su peso y en Italia se empezará a gritar que su ausencia de Africa es intolerable. Y se llegará a un famoso artículo del “Diritto”, diario romano inspirado por el ministerio de Asuntos Extranjeros, aparecido el 1 de enero de 1885:

“Amanece, pues, el año de la audacia, siendo su promotor el pueblo alemán que demuestra cómo, incluso sin poseer una marina poderosa que domine todos los mares, se puede ahora emprender actos de dominio en puntos del globo muy diferentes donde aparecen derechos ajenos inciertos o donde se tiene la seguridad de que se trata de ‘res nullius’ y de aplicación pura y simple del ‘ius primi occupantis’... Por lo tanto, Italia tiene que estar muy atenta. El año 1885 decidirá la suerte de las grandes potencias”.

En 1870 no ha comenzado aún el banquete africano, pero los convidados —Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia— ya están ocupando sus puestos. Ya está decidido que los territorios africanos son “res nullius”, cosa de nadie, propiedad del primer ocupante.

¿Y Comboni?

Comboni, al desaparecer la gran ocasión conciliar, vuelve a estar solo. Pero nadie lo ve comportarse como un hombre desilusionado. Todo lo contrario. Sus cartas de esta época no contienen lamentos, aparte, claro está, de los naturales en un hombre como él a propósito de la ocupación de Roma. Y así en una carta de octubre de 1870 al cardenal Barnabó, define la liquidación del Estado pontificio como un “delito enorme contra nuestro adorado Santísimo Padre y la Santa Sede apostólica, perpetrado por los peores enemigos del papado”.

Pero en esa misma carta, dedica el mayor espacio a otros problemas: los Institutos de Verona, las casas que hay que comprar para darles una organización estable,

la designación de un nuevo director, sacerdotes que solicitan ingresar... En una palabra, Comboni habla y actúa exactamente igual que antes, aunque el Concilio le haya fallado y Roma haya cambiado de dueño. No se viene abajo por esto. El objeto de sus pensamientos son los negros.

Regresa de Roma el 12 de agosto y durante dos años se ve obligado a permanecer en Europa para ocuparse de tres asuntos. Primero: “establecer sólidamente los Institutos de Verona”, cosa indispensable para poder pedir luego una misión en Sudán. Segundo: enviar a sus sacerdotes a Egipto para explorar el curso alto del Nilo, en busca de un territorio donde establecer la misión. Tercero: poner de nuevo en marcha la Asociación del Buen Pastor, después de la prohibición pontificia que paralizó su actividad.

Las tres cosas requieren contar con medios. Por eso vuelve a emprender los viajes en busca de subsidios y escribe al obispo de Verona: “Con la sublime bendición *Ducat et reducat et producat*, espero encontrar ducados”.

3. Reconocimiento oficial de su Instituto misionero

Esta vez es más difícil, como ocurre siempre después de las guerras. En la Francia derrotada hay bien poco que recoger. Además, muchas limosnas de católicos europeos han sido dirigidas al Obolo de San Pedro para ayudar al Papa después de la ocupación de Roma. O sea, que hay crisis un poco por todas partes.

Entonces se le ocurre a Comboni ir a América, a los Estados Unidos. En aquellos ambientes católicos se conoce ya su Obra y se podrá hacer mucho sirviéndose de las relaciones anudadas durante el concilio: su *Postulatum* fue firmado por los obispos de Baltimore, Cincinnati, Natchez y Newark. Trata de esto con su obispo, que no se

atreve a decidir, pues cree que la decisión le corresponde al Papa. Y éste responde que no, que prescinda de América.

En cambio, llega a Austria un auxilio casi inesperado. La ex emperatriz María Ana, esposa de Fernando I, que había abdicado (italiana, hija de Víctor Manuel I de Saboya) le envía una suma considerable con la que puede pagar en seguida una casa comprada en Verona en la calle de Seminario para trasladar allí su instituto masculino. La sede anterior, aneja a la iglesia veronesa de San Pedro Incarnario, era sólo alquilada.

Lo primero son los Institutos. El femenino está aún en la cabeza de Comboni. En el masculino han ingresado algunos sacerdotes, pero Egipto los ha absorbido en seguida. No han venido otros porque, cuando Roma bloqueó la Obra del Buen Pastor, el obispo de Verona no envió a ninguno más. Y, además, ha muerto Dal Bosco, el director.

La primera señal de renovación apareció en junio de 1870, cuando dos sacerdotes y dos laicos solicitaron su admisión en el Instituto. Comboni los recibió y a finales de octubre los envió a Egipto. Ahora hay otros candidatos, así es que parece que algo se mueve. En 1871 se busca y se encuentra un nuevo director: don Antonio Squaranti, párroco de San Pablo in Campo Marzo, de Verona.

Por fin, llega la aprobación oficial, el 8 de diciembre de 1871, cuando el obispo Luigi di Canossa “erige canónicamente” el Instituto para las Misiones de Africa: tal es su nuevo nombre.

Erigir canónicamente no es fundar. El Instituto ya había nacido, como hemos visto, el 1 de junio de 1867. Pero entonces se trataba de una obra que el obispo autorizaba “ad experimentum”. En cambio, el 8 de diciembre de 1871 ya hay una promoción, un reconocimiento oficial que inserta plenamente al Instituto en la estructura dio-

cesana. El paso ulterior y definitivo será el de la aprobación pontificia.

El 1 de enero de 1872 Comboni funda el Instituto femenino de las “Pie Madri della Nigrizia” que ya tiene una sede preparada en Montorio Veronese. Empiezan a llegar las primeras jóvenes llamadas “postulantes”: son las futuras religiosas.

En fin, la Asociación del Buen Pastor, paralizada por la prohibición de Roma, ha comenzado a revivir. “No tenía sólo la finalidad de sostener económicamente al Instituto de Verona, sino la de apoyarlo moralmente para garantizar su eficacia y estabilidad. Esta tarea la desempeña mediante el Consejo Central de la Obra, presidido por monseñor Luigi di Canossa y por respetables miembros del clero y del laicado veronés. Comboni quiso que fuese restablecido. Y quiso que fuese activo, comprometiéndolo en el examen y ratificación de la organización del Instituto, que fue sancionada en algunas importantes deliberaciones durante la asamblea del 21 de noviembre de 1871” (Aldo Gilli).

4. “El misionero privado de todo consuelo humano...”

Durante el año 1871 Comboni escribió las reglas de su Instituto enviándolas luego a Roma para ser examinadas, según está prescrito. De acuerdo con la costumbre, el texto fue devuelto después con sugerencias de modificaciones y, con el tiempo, ha sufrido diversas adaptaciones.

He aquí cómo desde la primera redacción presenta Daniel Comboni el trabajo del misionero. Ante todo —dice— no siempre son necesarias dotes excepcionales y una gran cultura; se puede ser útil de muchas maneras e incluso en tareas modestas.

El aspirante misionero debe saber que podrán faltarle

“ciertos consuelos humanos” como la aprobación de su obra y “esa devota admiración, ese ambiente de favor y casi de aplauso que se despliega en torno al sacerdote que trabaja entre almas inteligentes y corazones sensibles”. Tiene que trabajar con personas desgraciadas, “acostumbradas a verse arrancar violentamente de su seno a sus hijos para ser condenados a una lastimosa esclavitud sin esperanza de volverlos a ver jamás, y que a veces ven matar ante sus ojos a sus parientes más queridos y hasta a sus mismos padres. Y, como los criminales autores de delitos tan horrendos no suelen pertenecer a su raza, sino que son extranjeros, esos desgraciados salvajes, acostumbrados a verse traicionar por todos y maltratados en las formas más crueles, a veces miran al misionero con desconfianza y horror por ser extranjero... El misionero de Africa, despojado totalmente de sí mismo y privado de todo humano consuelo, trabaja únicamente por su Dios, por las almas más abandonadas de la tierra y por la eternidad”.

No le agradan a Comboni los entusiastas y enamorados de aventuras: “¡Ay del que abrace estas arduas tareas movido solamente por una llamarada pasajera de fervor o por deseo de viajes extraños o de destacar en una carrera extraordinaria”.

Tampoco le gustan los santos alelados.

El aspirante misionero no debe considerarse un héroe destinado a empresas grandes y maravillosas, ni debe actuar movido por impulsos que suelen tener algo de orgullo por una parte y de desaliento por otra. Al contrario. “Es necesario que sepan moderar ese ardor ciego y esa fogosidad excesiva, esa especie de ímpetu y afán con que a veces actúan. No hay nada más útil que adquirir las costumbres de paz, orden, serenidad y dignidad que dejan al espíritu la libertad de hacer el bien sin agitación ni precipitación y quitan los peligros de una tensión y un esfuerzo que agobia al espíritu y al cuerpo”.

Comboni quiere contar con gente sencilla y serena;

desprendida de la familia y del mundo, pero no para aislarse en islotes enrarecidos ni evadirse de nada.

Así pues, el misionero no debe considerarse como un ser excepcional. Al contrario, debe saber que su obligación es insertarse humildemente en la vida de los otros, de los negros, hacerse africano en una palabra. Por eso, los aspirantes “reflexionarán en el crédito y ascendiente que gana para la religión la habilidad y la cultura del que la predica, en la necesidad de adoptar rápidas decisiones en casos difíciles y sin posibilidades de consultar, ni de hacer largas consideraciones”.

Tengan presente que “la Providencia frecuentemente se sirve para la conversión de los pueblos incluso de la pericia de los misioneros en las ciencias puramente humanas y en las artes de utilidad temporal y hasta de puro entretenimiento”. Por tanto, “no considerarán nada inútil, ni indigno de su atención y estudio, nada que no puedan dirigir a la gloria de Dios y al futuro bien de las almas”. (Roberto Battaglia en *La primera guerra de Africa* evoca la gran expedición de la Sociedad geográfica italiana a Etiopía en 1876 y las observaciones de Antonio Cecchi acerca de la cautividad de algunos miembros de la expedición en los dominios de una reina de los Galla y la rabia de ésta al oírles afirmar que no entendían nada de cuestiones materiales, sino sólo de intelectuales.)

Pertrechado con todo esto, en febrero de 1872 Daniel Comboni se presenta en Roma con una carta de su obispo a Pío IX, en la que se dice que en Verona está “firmemente” establecido el Instituto de las Misiones de Africa con medios materiales suficientes y con clara capacidad de proporcionar misioneros preparados; que en El Cairo hay una filial que funciona desde hace cuatro años con óptimos resultados y su sección femenina tiene ya una veintena de “maestras negras preparadas desde hace años para ejercer el apostolado en su patria”, es decir, para ir a Sudán.

Por esos motivos la carta pide al Papa que asigne a

Daniel Comboni y a los suyos una parte del extenso vicariato del Africa central para establecer allí una misión propia que contará con la ayuda económica de la Sociedad de Colonia para socorrer a los negros, de la obra de la Propagación de la Fe y de otras cinco pequeñas asociaciones misioneras de Europa.

Comboni pasa cuatro meses en Roma para seguir de cerca el asunto. El proceso es muy largo, porque Propaganda Fide no quiere más fracasos ni pérdidas de misioneros debido al clima. El vicariato del Africa central casi está reducido a una mera expresión geográfica. Ni siquiera existe el vicario apostólico; con esto está dicho todo. (El cargo lo desempeña provisionalmente el vicario de Egipto.) La presencia misionera es muy reducida: uno o dos franciscanos que esperan volver a su patria, pues su Orden no puede ya hacerse cargo de la responsabilidad misionera del enorme territorio.

Comboni está clavado en Roma sin poder moverse de allí, pues seguir de cerca un asunto significa escribir relaciones e informes entre los que deben decidir, visitar al cardenal y al prelado influyente, pasar de una reunión a otra. El tendría que ir por Italia y Europa en busca de recursos, pero suple esto escribiendo cartas a sus amigos de todas partes. No se sabe cuántas cartas escribió en su vida. (Todavía hoy se sigue encontrando alguna de vez en cuando.)

Esto significa un trabajo enorme, porque Comboni no es conciso, sino que le gusta exponer los conceptos y luego explicarlos y confirmarlos. Así es que escribe mucho y con frecuencia su ímpetu le desquicia los períodos o confunde la construcción italiana con la de otras lenguas que usa continuamente: puede decirse que todos los días tiene que escribir cartas o relaciones en varias lenguas. Se dirá incluso que Comboni con el tiempo habla con más fluidez el árabe que el italiano.

5. Comboni, Provicario apostólico de Africa

Hay otras cosas. Entre él y el padre Carcereri hay divergencia de ideas, ya que este misionero, gran figura de evangelizador y de erudito, se sigue sintiendo un religioso camilo y quiere a toda costa continuar en Africa, pero como misionero de su congregación. El enfrentamiento se complica, además, porque Comboni, en su prisa por reunir gente para Africa, recibió a Carcereri y al otro camilo, Franceschini, sin la autorización de sus superiores. No se opone a conceder autonomía a otras familias religiosas; al contrario, como hemos visto, ésa es una de sus ideas más originales. Lo que ocurre es que, según él, el tiempo no ha llegado todavía y, según Carcereri sí. La oposición dura y se exaspera, repercutiendo dolorosamente en Comboni, que conoce bien el valor de Carcereri, aunque le irrita su clamoreo.

También hay problemas con otras familias religiosas en Egipto; nunca faltan los "malignos en el santuario" y los vocingleros. Así es que, mientras atiende su "ponencia" (como se dice en términos vaticanos) y mientras escribe a sus bienhechores, Comboni ve que se preparan nuevos problemas para cuando esté allí.

Por fin, el complejo proceso llega al último y definitivo examen realizado por una comisión de cardenales. Y el 21 de mayo de 1972 es informado de la decisión. Comboni había solicitado para sí un trozo del vicariato del Africa central. Pues bien, se lo dan entero. Será su provicario apostólico, es decir, el jefe de todos los misioneros de toda clase y familia.

"Los límites del vicariato eran los siguientes: al norte, Egipto y Trípoli; al este, el Mar Rojo, Abisinia y los Galla; al sur, el 12° de latitud austral; al oeste, la línea recta trazada desde el borde occidental de Fezzan hasta el río Níger, en el límite del vicariato de la costa de Benin. Era un territorio tan grande como Europa, la misión más

extensa del mundo. Comboni escribía a don Bricolo: “En Africa soy un Papa en pequeño” (M. Grancelli).

Pocos días después, Pío IX aprueba la decisión y se publican los decretos correspondientes: “Liberamos del todo al venerado hermano arzobispo irenopolitano y vicario apostólico de Egipto (monseñor Ciurcia) del cargo del vicariato del Africa central, y a los amados hijos de la orden de Menores de San Francisco de la administración de ese mismo vicariato; y dicho vicariato, exceptuada la prefectura del Sahara, se lo confiamos para que lo gobiernen y administren, a los amados hijos sacerdotes del Instituto veronés para las Misiones de los negros”.

“Al frente de la misión —dice el segundo documento— queda como provicario apostólico “el sacerdote Daniel Comboni que sabemos es muy digno por su ciencia, piedad y experiencia de las cosas: *scientia, pietate ac rerum experientia indubiis testimoniis probatus*”.

Daniel Comboni ha ganado una batalla que había sido dada por perdida ininidad de veces. Ha conseguido más de lo que pedía. Todo, puede decirse. Sin embargo, no da grandes muestras de entusiasmo. No es entusiasta; es decidido. Sabe muy bien que no ha obtenido un cargo, sino una ocasión para comprobar su valer. Son cosas muy normales en la Iglesia: antes de conceder aprobaciones permanentes, se avanza durante años con pasos muy prudentes: desde el provicario hasta el internuncio. Pero en ese caso tiene poco de normal, porque él no es otra orden religiosa que sustituye a los franciscanos con sus casas-madre, noviciados, organizaciones, experiencias y recursos. El es Daniel Comboni, que va a hacer de provicario teniendo detrás de sí una especie de preinstituto, algo importante y prometedor, pero que aún tiene que fortalecerse y revelarse capaz de durar. Además, en Africa, en una región que ha acabado con los misioneros, se hace lo contrario que en otros sitios. El va a realizar cosas nuevas en un lugar del que se dice que es una tumba de sacerdotes y religiosas; dirán también que na-

die tiene el derecho de mandar gente para morir allí de fiebre tropical.

Por eso precisamente, el día que la comisión de cardenales le asigna el vicariato, escribe con franqueza a su obispo que no cosecharán rosas: “Hay que padecer grandes cosas por amor a Cristo: combatir con los potentados, los turcos, los ateos, los francmasones, los bárbaros, los elementos, los sacerdotes, los hermanos, el mundo y el infierno... Sin embargo, nuestra confianza está en Aquel que murió por los negros”.

Contando con todo eso, Comboni sigue siendo alegre. Es su temperamento, según ha dicho en varias ocasiones. Muchas veces durante las comidas con él se oyen continuas bromas y risas. Y sus amigos y familiares, cuando lo ven de paso o al marcharse, siempre se asombran de la memoria prodigiosa que acompaña a esta alegría. Aunque de una visita a otra hayan transcurrido años, recuerda en seguida dónde estaba tal objeto, se interesa vivamente por todas las pequeñas cuestiones familiares. Desde el fondo de Sudán enviará cartas hablando de los exámenes de un niño, no se le pasará ningún aniversario ya se trate del cumpleaños del emperador Francisco José, ya sea el de un pariente lejano, o de un sacerdote anciano. Provisto de su título provisional, va a tomar el vapor para Africa y a “combatir” con los turcos, los masones, los sacerdotes, los hermanos, el mundo y el infierno.



**Mercado de esclavos
en Ondurmán.
Daniel Comboni dedicó
muchas energías a la lucha
contra la esclavitud
y la trata de esclavos.**

CAPITULO IV

SALVADOR DE ESCLAVOS

Comboni marcha a Africa como provicario apostólico, embarcando en Trieste el 20 de septiembre de 1872. Lleva consigo cuatro sacerdotes, tres laicos y las tres últimas jóvenes negras educadas en el Instituto Mazza de Verona. Llega a El Cairo a finales del mes y al cabo de otros ocho meses a Jartum. El centro de su misión pasa a El-Obeid, capital de Kordofán. En su calidad de provicario es el jefe de todos los misioneros presentes y futuros del Africa central. Es también el responsable de una misión totalmente suya, la primera "misión comboniana". Establecida precisamente en El-Obeid, con retaguardia en Jartum y base en El Cairo.

Así pues, Verona, El Cairo y Sudán constituyen las etapas. Verona prepara la misión; El Cairo sirve para un primer contacto y aclimatación, y luego está el Africa negra. Todo esto, sin embargo, no es una realidad, sino solamente un esbozo. El ideal sería que Verona preparase ya misioneros cogiéndolos de entre los seminaristas y llevándolos poco a poco hasta el sacerdocio y la especialización. Es lo que ocurrirá cuando pase el tiempo necesario.

Pero Comboni quería empezar en seguida. Y debía hacerlo, pues tenía la responsabilidad del Africa central. Por eso utiliza —y seguirá utilizando— a los pocos que ingresaban ya sacerdotes en el Instituto de Verona. Enrola a otros procedentes de distintos sitios. Claro está que los examinaba a fondo antes de aceptarlos, y descartaba a muchos que no consideraba idóneos. A los otros en una especie de cursillo acelerado les inculcaba las normas

misioneras ya citadas. Pero llegaban después de experiencias distintas, con una formación diferente y sin la homogeneidad de base que más tarde daría el Instituto a sus miembros.

Por eso, cuando Comboni habla de luchar “con los sacerdotes y los hermanos”, no dice más que la verdad. La fusión es muy difícil y los choques, inevitables; hay incluso rivalidades y conatos de rebelión en algún momento. Y, sin embargo, Comboni consigue sacar de este conjunto heterogéneo un gran número de hombres capaces de vivir y morir por la misión en Africa. Algunos se retiran; hay deserciones que parecen ya premeditadas antes de marchar. Pero la mayoría conseguirán hacerse verdaderos africanos con él, arraigando la institución comboniana en esa realidad, no como una planta exótica, sino como un elemento natural de la vegetación. Más adelante el Instituto de Verona producirá misioneros precisamente porque en este primer momento el Instituto es el mismo Comboni y está en Africa.

Va haciendo a los misioneros “in situ”, a la buena de Dios, con paciencia —algunos la llamarán debilidad—, con energía —algunos hablarán de dureza, despotismo— y principalmente con su enorme confianza en Africa y en los africanos. Comboni cree en Africa, y por eso al final tendrá razón. Comboni va a Africa, por eso luego florecerá el Instituto, y prepara a otros para que vayan. En la evangelización no ha funcionado nunca el esquema de una programación industrial: primero la fábrica de los misioneros, después la misión. No; siempre ha sido lo primero el que se iba, ya fuera a vencer, a fracasar o a morir. Y después florecía la casa-madre nacida del éxito, de la derrota, de la valentía.

Así, pues, Comboni se detiene unos meses en El Cairo para decidir quiénes irán con él a Africa y quiénes tendrán que hacer de puente entre Europa y Africa, quedándose en los institutos de la capital egipcia. La tragedia está en que todos quieren partir y, por otra parte, no se

puede mandar a los mejores, pues la sede de El Cairo es muy importante. Así es que, sea cual fuere la elección, está destinada a dejar descontenta a la gente.

Comboni vive un día feliz en El Cairo el 8 de diciembre de 1872. Es el bautizo de una africana adulta a la que bautiza un sacerdote africano, llamado don Pío Hadrian. Nacido en una tribu del Senaar, junto al Nilo Azul, fue apresado por los cazadores de esclavos cuando tenía cuatro años. Vendido y revendido varias veces, llegó por fin a El Cairo donde lo rescató don Nicola Olivieri, uno de los pioneros de la lucha contra la esclavitud.

Conducido a Italia, empezó sus estudios y fue bautizado con el nombre de Pío, que era el del Pontífice reinante. Luego estudió en el seminario de Subiaco con los benedictinos y en junio de 1872 fue ordenado sacerdote, regresando a Africa con el grupo de Daniel Comboni. Tiene ahora veintiséis años. Un negro que bautiza a una compatriota haciendo las preguntas fundamentales en nombre de la Iglesia: “¿Crees en Dios Padre... crees en Jesucristo?...” Un esclavo convertido en delegado del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: “Yo —negro como tú— te bautizo”; manos consagradas de esclavo negro que trazan la señal de la cruz. Esto es “la salvación de Africa por medio de Africa”. (Desgraciadamente Pío Hadrian padece ya una enfermedad grave y le queda poco tiempo de vida.)

Al relatar historias de blancos que se han dedicado a los negros, solemos hablar más bien de figuras respetables, religiosos o no, de filántropos que bendicen “urbi et orbi” y que realmente han hecho el bien. O también de charlatanes que ensalzan la bondad del hombre primitivo, sus costumbres, todas buenas y laudables, aceptadas y quizá puestas después como ejemplo en muchos ambientes europeos ricos, pero corrompidos.

Hay que repetir que Comboni es de otra pasta. Cree en Africa, es decir, que reconoce a los africanos todas las dotes necesarias y las cualidades potenciales para con-

vertirse en protagonistas. Cree que Africa será ella misma. *Debe* serlo. Por eso trata de penetrar hasta el fondo de la cultura africana en busca de sus valores auténticos, pero rechaza como enemigo de Africa todo lo que parece chocar con esa salvación tan urgente.

Para los negros es un hermano al cien por cien, es decir, incluso con los reproches y la franca indicación de los errores. Si algo le asusta y le escandaliza, son precisamente las condescendencias de los europeos que parecen tolerancia y comprensión, pero que objetivamente sirven para mantener al negro en su condición de siempre: "Eres hermoso; quédate como eres". Pero Comboni dice: "Hazte lo que debes hacerte. Esfuérzate, trabaja, estudia para librar a Africa de su pasado".

En su *Postulatum* al Concilio Vaticano I en favor de Africa, Comboni dijo cómo veía a este continente en su futuro humano y religioso, y lo hizo empleando una imagen poética, definiendo a Africa como "nigricans margarita", espléndida perla negra entre el brillo de otras joyas. En prosa significa, un Africa elevada al nivel de cualquier otra parte de la tierra. En esta perspectiva, Comboni se sitúa contra cualquier cosa, persona, costumbre o tradición que pueda retrasar o impedir esa promoción humana. Está contra los blancos y contra los negros si oponen un rechazo premeditado o inconsciente. Por lo tanto, está contra todo el que —ya sea blanco o negro— difunde la opinión, a su juicio injusta, de que el africano está condenado a ir siempre detrás de los demás.

Consecuente con sus ideas, siempre espera mucho de los negros. Pero lo espera para bien de ellos. Tiene prisa por verlos promocionados y le escandaliza encontrar aún desaprovechadas las cualidades que los pueden elevar a la misma altura que los demás. Comboni ha hecho suya la impaciencia de los africanos más inquietos.

Por eso, en Verona ha procurado a los africanos maestros y programas que les enseñen a distinguir entre sus elementos culturales, las ayudas, los impulsos y tam-

bién los obstáculos a su desarrollo. Por la misma razón lucha por la profesionalidad de la agricultura sudanesa.

En este sentido es profeta en el significado auténtico de la palabra. El profeta no se ocupa simplemente en divulgar pronósticos sobre el futuro. Lucha en el presente, acusa e interpela para construir realmente el futuro. En la segunda mitad del siglo XX se ha descubierto que los sudaneses compiten estupendamente con los egipcios en cuestión de agricultura, sobre todo en el cultivo del algodón. Nadie lo hubiera imaginado, pero Comboni sí lo pensaba así hace ya un siglo. De ahí sus impacencias, su prisa de que los negros demostrasen que él tenía razón.

A finales de 1872 Comboni nombra al padre camilo Stanislao Carcereri su vicario general, o sea, el número dos de la pequeña estructura católica en Africa central, y lo traslada a Jartum, donde le confiere la misión que la orden franciscana ha decidido abandonar.

Luego se marcha el 26 de enero de 1873 con dos misioneros, tres Hermanos, tres religiosas de la Aparición y quince jóvenes negras, entre ellas Catalina Zenab que él había llevado a Italia. Emplearán noventa y nueve días para llegar a Jartum, al principio navegando por el Nilo, luego en camello para la travesía del desierto. Un noviciado duro para todos, con aquel sol ardiente y las primeras fiebres: una religiosa está a punto de morir ya en los primeros días. Y por la noche hay que velar junto a las tiendas para que no se acerquen las hienas.

El 4 de mayo de 1873 la caravana llega a Jartum. Daniel Comboni, aunque sigue siendo sólo un sacerdote, es ya la mayor autoridad de la Iglesia en ese territorio; por eso lo reciben oficialmente el gobernador egipcio y los escasos católicos del lugar. Jartum se convierte en un puesto misionero, aprovechando los locales dejados por los franciscanos, pero hay que llegar cuanto antes a El-Obeid: unos días de navegación en vapor por el Nilo y luego otros nueve días en camello.

1. El comercio de los esclavos

En este trayecto se produce el encuentro de Comboni con las desdichas de Africa: los esclavos trasladados de un punto a otro. Los esclavos, que oficialmente no existen, porque el gobierno de El Cairo ha notificado el decreto solemne que prohíbe el comercio de carne humana. Pero ahí están ante sus ojos los esclavos capturados.

“Mil esclavos de dos a veinte años caminaban completamente desnudos empujados con lanzas... A caballo iban unos niños, muy pocos. Las madres jóvenes que llevaban a sus bebés, y los niños y niñas menores de seis años no iban atados; todos los demás —hombres y mujeres— iban atados en grupos de dos, seis o diez. Algunos llevaban una soga al cuello atada a otra más larga llevada por el guardián; otros iban atados a un largo madero que pesaba sobre sus espaldas; unos llevaban las manos atadas detrás; otros, cadenas en los pies... Y en estas condiciones viajaban toda la noche y parte del día; muchos sucumbían de fatiga y he visto sus cuerpos abandonados por los caminos. Este cuadro sólo da una pálida idea de los horrores de la esclavitud y de la trata de los negros tal como se sigue practicando actualmente en el Vicariato”.

Esta es la “misteriosa oscuridad” que “cubre todavía hoy aquellas remotas regiones que abarca el Africa negra”. La tiniebla y las cortinas de humo que esconden la desdicha de esta gente, no sólo con la tolerancia sino con la participación activa de un gobierno que oficialmente es antiesclavista y está proyectando en Sudán carreteras y ferrocarriles, puertos y demás adelantos de la civilización.

El comercio de esclavos está en parte en manos de mercaderes que utilizan africanos para sus razzias. Pero también sucede que desde El Cairo envíen soldados del ejército regular para encargarse de ese cometido. Así es que esos bandidos son proveedores del Estado y luego se burlarán de quien los ha contratado, entregándole sola-

mente parte del botín. El resto lo venden ellos mismos.

Un informe de Comboni a Propaganda Fide dice así: “Hasta mi llegada a Kordofán el gobierno recibía un tanto por ciento por cada esclavo. El anterior pachá de Jartúm vino hace dos años a Kordofán con más de mil soldados... fue a cazar negros entre los Nuba y apresó a 9.400, matando a muchos otros. Pero el gobernador de El Cairo dijo que sólo habían sido 1.800”.

Todos los demás se los repartieron y vendieron entre el gobernador, los oficiales y los empleados... “El gobierno de El Cairo ordena con frecuencia a los gobernadores de Sudán que procuren enviar a Egipto centenares de bellas abisinias y gruesas denka, miles de negros para convertirlos en eunucos, etc. Y todo eso para satisfacer las pasiones de altos funcionarios de El Cairo, Alejandría, etc., o para hacer regalos con ellos”.

Comboni llega por fin a El-Obeid el 19 de junio de 1873. Encuentra la misión ya preparada y una iglesia ya construida por los que ha mandado delante. Ahora está realmente en una misión. El-Obeid, centro administrativo de la región, ocupa una situación excelente que permite llegar a los grandes agrupamientos de tribus Nuba. Es un polo de irradiación. También allí hay fiestas oficiales y visitas al provicario apostólico Comboni. Este afronta en seguida el problema de la esclavitud.

Claro está que él no puede resolverlo. Oficialmente no existe. Es más: el gobernador de El-Obeid, pocos días antes de su llegada a la misión, ha mandado promulgar el decreto contra el tráfico de esclavos que tenía guardado en la mesa de su despacho. Así es que acusar al gobierno central o a uno de los pachás de provincia sería inferir un gravísimo ultraje a un poder que puede causar grandes daños a la misión. Una señal de El Cairo y se acaba todo; basta un motín de musulmanes fanáticos contra esta o aquella misión.

Comboni empieza por los cristianos. Por los escasísimos cristianos de El-Obeid, “que desgraciadamente co-

operan a la trata de los negros y al comercio de los esclavos, proporcionando fusiles, pólvora, dinero, etc.” A éstos, Comboni, haciendo uso de toda su autoridad, los amenaza con duras sanciones eclesiásticas, exclusión de los sacramentos, expulsión de la Iglesia sin remisión.

Puede hacerlo con ellos y además tiene de su parte la ley escrita egipcia. Pero se necesita algo muy diferente y esto trata de conseguirlo la diplomacia de Comboni presentándose ante los funcionarios del gobierno como amigo del cónsul austríaco que representa a una gran potencia europea, y de un emperador que le ha dado audiencia en Viena antes de su viaje a Africa. Además, el emperador de Austria es amigo del sultán turco que sigue siendo el soberano de Egipto, de Sudán y de sus gobernantes, incluido el jedive Ismail, cuyo poder de algún tiempo a esta parte amenaza ruina.

Con estos respaldos, Comboni anuncia oficialmente al gobernador de Jartum y luego al de Kordofán: “Llevaré a la misión a todos los esclavos que encuentre dentro y fuera de la ciudad y no los devolveré más. Lo mismo haré con todos los que vengan a la misión para denunciar los malos tratos infligidos por sus amos”.

Lo dice y lo hace. La misión católica se convierte en un refugio para los perseguidos. Es también un lugar de lucha contra las bandas que envían los amos para apoderarse de ellos. En ese caso las instrucciones de Comboni son claras: “prohibido entregar a los esclavos huidos; resistir incluso empleando la fuerza”. Y así uno de esos asaltos les sale mal gracias a una religiosa que se enfrenta con los invasores y con gran energía les arrebató de las manos al esclavo. Después de esto, protestas de los esclavistas ante el gobernador egipcio, y llegada de Comboni esgrimiendo la ley egipcia que prohíbe la esclavitud. Resultado: nadie pone sus manos en el esclavo.

Los primeros esclavistas son, como ya se ha dicho, los gobernadores y sus subalternos. Y para atemorizarlos, Comboni tiene también en sus manos un arma secreta

que emplea en el momento oportuno, especialmente cuando recibe a esos dignatarios en visita de cumplido. Suelen ellos hablar de sus parientes, relaciones e influencia en los ambientes elevados de El Cairo. Y él, hablando perfectamente en árabe, va llevando la conversación hacia Constantinopla, la sede del sultán, jefe de todos los turcos y de todos los egipcios. Entonces asombra a sus interlocutores revelándoles que también el soberano turco es amigo suyo. Y para demostrárselo saca un solemne documento en árabe en el que se ordena a todos los que dependen del imperio turco respetar y defender la misión. Al final lleva la firma del sultán.

Este valioso decreto se lo ha proporcionado también Francisco José y, junto con lo demás, produce unos efectos maravillosos: “Todos los pachás y negociantes de esclavos nos temen y procuran escapar de nuestra vista”. Con tales procedimientos Comboni restituye la libertad a quinientos esclavos.

2. La hiena hace enloquecer al camello

La misión es un refugio, un lugar de libertad. La noticia corre entre la gente apresada y vendida por los “turcos” (éste es el nombre que aplican indistintamente a los soldados y a los funcionarios de El Cairo) y por las bandas de *baqqara*, bandidos locales siempre en movimiento. Conseguir entrar en la misión es garantizarse la salvación: parece que se reviven historias del Antiguo Testamento con los perseguidos que encuentran defensa agrupándose junto al altar, ante el cual los perseguidores tienen que retirarse.

Pero “Comboni no actúa sólo así”, o mejor dicho, no sólo de esta manera. Le repugna pensar que sus negros tengan que vivir bajo una especie de tutela permanente, aunque sea cristiana. Quiere que sean cristianos, pero también libres. No ha ido a establecer un “protectorado”,

sino a promover la “salvación de Africa mediante Africa”. Por eso, es tan distinto de muchas personas bienintencionadas, incluso amigas de los misioneros y bienhechores, pero que consideran al negro una persona menor de edad perpetuamente.

Sin hablar de los que, preparados para saltar a Africa con tropas de élite, vuelven a repetir los viejos temas del africano incapaz de convivir y merecedor solamente del yugo. “Sed ricos, valientes y os respetarán. Entonces el negro, al que por el menor gesto de impaciencia le habréis dado treinta latigazos en la espalda, vendrá a vosotros con una piedra en el cuello para que le aplastéis la cabeza, y os besará los pies y os estará agradecido porque le habéis perdonado la vida”. Esta cita no está tomada de ningún manual para uso de los negreros, sino de un artículo del Boletín de la Sociedad Geográfica Italiana, publicado en 1822...

En cambio, lo que pretende Comboni, como antiguamente don Nicola Mazza, es hacer que el negro salga de la misión y ayudarle a vivir, libre y autosuficiente, en comunidades cristianizadas. En los relatos de aquel tiempo continuamente aparecen sus misioneros y las religiosas tratando de concertar matrimonios entre los jóvenes bautizados. Limitarse a escoger entre los negros los que puedan ser buenos sacerdotes, religiosos o religiosas, es muy importante, pero no suficiente.

Hay que influir en la vida cotidiana, en los ritmos naturales, es decir, en la juventud, el matrimonio, la familia que se forma, las familias que se unen. Tendrá que transcurrir mucho tiempo, pero es urgente comenzar a enseñar a los negros la agricultura, no como una repetición indefinida de métodos milenarios, sino como un oficio aprendido de misioneros expertos y en los lugares adecuados. El primero de esos centros surgirá en 1876 en Malbes, a ocho horas de camello de El-Obeid, y al principio sólo habrá cuatro familias.

Por otra parte, en el pensamiento de Comboni la mi-

sión de El-Obeid es el punto más avanzado, destinado a servir de base para penetrar ulteriormente en la extensa región del Gebel Nuba, entre pueblos no creyentes a los que por eso mismo puede anunciarse la Buena Nueva sin chocar con la sensibilidad de El Cairo y de Constantino- pla. Esa gente ya ha oído hablar de los misioneros de El-Obeid, de las aventuras de muchos esclavos procedentes en gran parte de los Nuba. Por eso un día uno de los jefes nuba más importantes fue a visitar a Comboni.

El encuentro con la misión tiene todas las características de los contactos entre el europeo y el africano de tierra adentro que se asombra con una admiración que va desde las casas hasta los instrumentos de trabajo y el armonio. Comboni, sin embargo, tiene algo más importante que mostrar a aquel jefe: le presenta jóvenes negras que han estudiado, gentes como él instruidas como los europeos, capaces de fabricar esas maravillas asombrosas para el hombre de la selva, como son una manta o un vestido; capaces de curar heridas, de leer y escribir, de hablar otras lenguas. Capaces ellos, negros, de enseñar a los negros. Capaces de transformar el asombro en esperanza.

De acuerdo con los jefes locales se decide una expedición para buscar entre los Nuba un lugar donde establecer un puesto misionero. Y a su regreso indica un sitio adecuado: Delen, a nueve días de El-Obeid. Ahí se establecerá la avanzadilla de la misión.

Pero se necesita el refuerzo de otros misioneros. Así es que se decide un nuevo viaje a Europa. Esta vez irá el padre Stanislao Carcereri con la intención de visitar también las sociedades europeas que ayudan a la obra y de tratar en Roma algunas cuestiones como “alter ego” de Comboni, por ejemplo las futuras relaciones con las religiosas de San José de la Aparición y la situación de los misioneros de San Camilo. Comboni lo acompaña en la primera parte del viaje hasta Jartum, a mediados de noviembre de 1873.

Se suceden los acostumbrados nueve días de desierto, de sol y de hienas. Una de éstas asusta al camello que lleva a Comboni: empieza a correr alocado “como si fuera un caballo” y tira al suelo al provicario apostólico que, echando sangre por la boca, queda sin conocimiento.

Hay que detenerse dos días en el desierto, con los acostumbrados fuegos nocturnos para espantar a las fieras y naturalmente sin la menor posibilidad de recibir auxilio. Luego Comboni reanuda su marcha con el brazo izquierdo roto y sintiendo el dolor de las sacudidas que da a cada paso el camello. Llegan a Ondurman, junto al Nilo Blanco, y desde allí trasladan al herido hasta Jartum. Más tarde escribirá Comboni: “En toda el Africa central no existe ni un médico que sepa los primeros elementos de medicina y de cirugía”. Se despide de Carcereri y se pone en manos de un curandero que le ata fuertemente el brazo: a los ochenta y dos días sigue sin poderlo usar. Entonces una de sus religiosas, árabe, le manda una especie de “rompehuesos” que se compromete a curarlo en veinticuatro horas.

Llega éste con el siguiente instrumental médico: unos palos de dátiles, un poco de goma, un puñado de pelos de cabra y un trozo de cola de tigre. Trae dos ayudantes y pone manos a la obra: “Me cogió el brazo y, ayudado por los otros dos, me lo torció literalmente, empujando con todas sus fuerzas con su pulgar vigoroso; me puso el hueso saliente en su sitio, desgarrando carne, nervios, etc. Después, empapando un pañito en la goma con los pelos de cabra y el rabo de tigre, me lo ató; luego me anudó alrededor los palos tan fuertemente que tuve la sensación de que la sangre no circulaba; me dejó medio muerto y se marchó”. A los ocho días el brazo estaba casi curado.

Comboni necesita realmente curarse y estar siempre bien. En este momento de su obra debería poder multiplicarse y estar a la vez en Africa con sus misioneros, en Verona para encontrar nuevos refuerzos, en las ciudades

europeas para reunir dinero y, en fin, en Roma para res-paldar la misión. Puede que en algún momento pensase en los héroes de su adolescencia, los mártires de Japón. Ellos, por lo menos, veían todo claro, amigos y enemigos. Pero él no. Tiene problemas —que llegarán a ser muy graves— incluso con algunos de los suyos. Peor aún, con alguno de los mejores.

Tendría que estar como comandante en jefe en un cuartel general fortificado y seguro, pero se ve obligado a hacer de suboficial de primera línea, porque sus soldados son todos bisoños, mucho más noveles que él en Africa y tiene que africanizarlos él solo sin contar a sus espaldas con estructuras seculares como los franciscanos y los jesuitas. Su tragedia y su victoria después de la muerte consisten en estar solo y hacer solo la misión, las casas y los hombres, mientras surgen nuevos problemas en Egipto y en Africa central.

3. “Las Hermanas duermen debajo de un árbol donde antes había un león...”

La apertura del canal de Suez ha dado un gigantesco impulso a Egipto: se construyen obras públicas, se intensifica el comercio. Ha hecho que suba el coste de la vida, y éstos son problemas graves para la pequeña comunidad misionera comboniana repartida entre El Cairo, Jartum, El Obeid y Gebel-Nuba. Ha hecho que el gobierno egipcio esté cada vez más endeudado y que el jedive Ismail se vea obligado a aplicar una política fiscal cada vez más exigente.

En Darfur no quieren pagar los impuestos y resisten a mano armada. Comienzan las expediciones militares, batallas y matanzas, con la aparición de los primeros fusiles americanos “Remington” y de algunas toscas ametralladoras. Luego, para escoltar hasta El Cairo el comercio del marfil, hay que asegurar a Egipto la posesión estable

de la región de los grandes lagos. Para alcanzar estos objetivos, Ismail deja de lado a los generales egipcios y turcos y encuentra en Occidente el hombre a propósito, uno de los técnicos más expertos en materia de guerras del "Tercer Mundo", Charles George Gordon.

Coronel de ingenieros en el ejército británico, Gordon luchó en la guerra de Crimea contra los rusos; luego fue a China cuando Inglaterra obligó a este país a aceptar la importación del opio. Dio pruebas de su capacidad en el asalto euroamericano al Celeste Imperio, para arrancarle concesiones y bases comerciales; después pasó al servicio del emperador de China, truncando la revolución campesina de los T'ai ping. Lo llaman "Gordon el chino".

Es un duro, un experto en ese tipo de guerras; una especie también de asceta, íntegro y enemigo de los esclavistas. Durante algún tiempo tuvo como ayudante a otro personaje excepcional, Romolo Gessi, hijo de un romañés y de una armenia, nacido en Constantinopla, ex carbonario, que hizo sus estudios militares en Austria y Alemania, oficial de enlace en Crimea, "cazador de los Alpes" con Garibaldi, luego industrial desafortunado en Rumania.

Los dos se habían conocido en Crimea. Gordon se lo llevó consigo, y Gessi, además de técnico militar y organizador de primer orden, se reveló también como un gran explorador. Es coetáneo de Comboni; Gordon tiene dos años menos. La historia de los tres se entrecruzarán frecuentemente en esos desiertos y bosques que el canal de Suez ha arrancado a milenios de inmovilidad.

Comboni, como hemos visto, quería fundar una misión entre los Gebel Nuba, y la crea efectivamente en Delen. Allí hay que empezar por el principio: por la lengua, que es especial; por hacerse todo con las propias manos, incluidos los zuecos. Don Luigi Bonomi es el organizador del puesto, que es modesto pero atrae el interés de los Nuba y hasta el de muchos caciques locales, musulmanes, greco-ortodoxos, coptos. Hay una cosa que

asombra especialmente a todos: la habilidad y la valía de aquel grupito misionero incluso en las cosas prácticas y en todo tipo de trabajos.

Comboni está ya preparando también los refuerzos femeninos para cuando sea posible. Mientras tanto, envía a las primeras Hermanas a El-Obeid hasta que llegue el momento de ir a Delen. Como aún no tiene religiosas del Instituto de Verona, sigue contando con las de San José. Su congregación aunque es joven —fue fundada en 1832 en Marsella por una francesa, Emilia de Vialar, canonizada en 1951— está ya extendida por muchas regiones del Mediterráneo.

También para ellas Africa es una escuela dura. Por ejemplo, sor Javiera, que procede de una tranquila ciudad normanda, Bayeux, no soporta el camello, cosa que también le ocurre a muchos hombres. Pero una mañana, en el momento de reanudar la marcha, lo encuentra muerto y destrozado por una hiena. Así es que el resto del viaje —trece días— tiene que ir a pie.

Son unas mujeres excepcionales. Nadie puede hablar de ellas mejor que Comboni: "Desde que el mundo es mundo, es la primera vez que esposas de Cristo vienen a esta tierra abrasadora... Vienen de Jerusalén, Siria, Líbano, Armenia, Francia, Malta e Italia. Todas hablan tres, cuatro o cinco lenguas... No les asustan los viajes difíciles y peligrosos, duermen debajo de un árbol, donde quizá unas horas antes había una hiena o un león, descansan sentadas en la arena, de noche al cielo raso o en la esquina de una lancha; entran en las casas de los infieles, curan sus llagas y los invitan a la fe; se presentan en los tribunales, recorren los mercados para ahorrar un céntimo a la misión; otras se dedican a la enseñanza, a la educación moral de las niñas; van a ver al pachá y defienden valientemente la causa de los desgraciados; se hacen respetar de los turcos, de los soldados, de los bárbaros o salvajes".

En septiembre de 1875 la misión de Delen recibe la visita de monseñor Comboni en su calidad de provicario.

Es una visita pastoral, como la de un obispo a su diócesis. Fueron con él dos Hermanas, las primeras del Gebel-Nuba. Pero la visita se ve perturbada por una epidemia. Todos, incluso Comboni, enferman con las fiebres. Después de esto llega un mensaje del gobernador de Delen ordenando la retirada, porque están empezando unas operaciones militares —exigen los impuestos con las armas— y nadie puede garantizar la seguridad de los misioneros.

Probablemente, además de la solicitud por los misioneros, hay alguna razón política. Se decide la retirada. Todos los viajes son peligrosos y éste de Delen-Obeid corre el riesgo de convertirse en una catástrofe, porque la caravana se dispersa por los bosques y se encuentra sin víveres y sin agua hasta que por fin llega a El-Obeid con el aspecto de una triste comitiva de enfermos.

Es un contratiempo, pero se lo achacan a Comboni. És uno de los mil reproches que le hacen. Se desata sobre él una increíble campaña de acusaciones, peor que el clima, el desierto, el hambre y la sed. Dentro de poco procurarán arrojarlo de Africa. O dejarlo allí bajo el protectorado y el control ajeno.

4. Obispo del Africa central

En Africa central estaban los franciscanos con su tesón y capacidad, con su experiencia y con una firme estructura a sus espaldas. Y han tenido que acabar retirándose, destrozados por el clima y por las dificultades. Comboni va al Africa central con sus mínimos recursos y se implantó allí. Modestamente, es verdad. Pero con unas novedades que permiten afrontar la situación con menores pérdidas, al menos en tiempos normales.

Con una agilidad estructural y mental inspirada en el Plan de 1864, consigue resultados no sólo en las estadísticas de los bautismos, sino también en la vida de esos nuevos cristianos. Un cristianismo no abrazado por entu-

siasmo ni gratitud, sino que es vivo y operante. Especialmente si a esa vitalidad contribuyen misioneros y misioneras de Africa, sobre todo las “Instituciones negras”, como las llama Comboni. Son las mujeres que llegaron a Verona cuando eran pequeñas y recién sacadas de la esclavitud y ahora han vuelto a Africa con la preparación necesaria. En un informe de Comboni a Propaganda Fide las describe así: “Todas conocen bien el árabe y el italiano o el francés o el alemán, y algunas saben su lengua materna de la tribu en que nacieron... Son muy hábiles para instruir a sus compatriotas y atraerlos a la fe”.

A pesar de todo esto, Comboni sigue siendo sólo sacerdote y provicario. Se está esperando desde hace años su promoción a vicario apostólico con dignidad episcopal. Lo impide la acostumbrada prudencia de Propaganda Fide que no quiere dar pasos prematuros o equivocados, sobre todo en un territorio difícil en el que prevalece el islamismo oficial belicoso y desconfiado. Pero claro está que esta dilación hace que los misioneros teman encontrarse aún sometidos a examen y prueba, y esto no contribuye a su tranquilidad.

Y ojalá fuese sólo eso. El Africa central es un lugar de prueba para todo misionero. Alguno de los que Comboni ha llevado consigo no resiste la tentación y se marcha. Otros chocan con él; por desgracia, no son mediocres ni ineptos, sino personas excelentes. Se enfrenta con Comboni el padre Stanislao Carcereri que es un misionero modelo; ha contribuido hábilmente a la instalación en Africa; es muy estimado entre los eruditos por sus conocimientos de esa parte del continente; sus informes y mapas son empleados por todos los exploradores.

Pues bien, Carcereri en febrero de 1875 vuelve a Africa decididamente “anticomboniano”. Durante su estancia en Europa ha sustituido eficazmente al provicario en sus viajes de animación misionera, en los contactos con los bienhechores de las misiones, en los encuentros y coloquios en Propaganda Fide. En Verona ha actuado con

decisión y perspicacia promoviendo la separación del Instituto femenino, el de las "Pie Madri della Nigrizia", y confiando su dirección a una mujer excepcional, la veronesa María Bollezzoli.

Todo eso está muy bien. Pero Carcereri, religioso camilo, ve las cosas ante todo desde el punto de vista de su Orden, que, como ya dijimos, está amenazada por la ley de supresión en Italia. Y es bastante natural que un hombre de su energía, inteligencia y apego al hábito sueñe y prepare desquites de los suyos: "¿Qué no nos quieren ya en Italia? Pues nos estableceremos en Africa y se verá quiénes somos".

Quizá pueda resumirse en esas palabras el estado de ánimo de Stanislao Carcereri. Es una persona que no se rinde ni retrocede. "Yo soy un cimbro", repite. Ahora bien, para él el Africa central es también (o principalmente) el terreno en que su orden puede desquitarse de las leyes de supresión italianas, el campo del desafío.

Su horizonte, por tanto, empieza a alejarse del de Comboni. Desde el principio sueña con el gran vicariato, una misión enteramente de los camilos, aunque esté incluida en la estructura que depende de Comboni. Y la consigue realmente. En efecto, debido a su insistente iniciativa Comboni confía a los religiosos de San Camilo la misión de Berber, a cincuenta jornadas de camello desde El Cairo y a doce de Jartum. Cuando regresa de Europa la misión está dispuesta y el grupo de los camilos, reforzado por cuatro religiosos que ha llevado consigo, toma posesión de ella esa misma primavera.

Pero parece que esto no le basta ya a Carcereri. No quiere seguir siendo vicario general de Comboni. Desaprueba el Instituto de aclimatación de El Cairo. Critica la retirada de Delen. Su correspondencia con Comboni rebosa de expresiones duras.

Pero también Comboni es duro, aunque dispuesto siempre a volver de su acuerdo y a dar satisfacción. Pero cuando salta, salta. Y sobre todo no tolera arañazos a su

programa misionero: lugar para todos; monopolios para nadie. Le duele todavía más la buena acogida que parece encontrar en algunos la oposición de Carcereri, las resquebraaduras en el grupo ya reducido. Por eso decide renunciar a la colaboración de Carcereri como vicario suyo. El "cimbro" quedará como superior de la misión de los camilos de Berber que ha sido establecida y equipada por él. Pero esto no satisfizo a Carcereri. Falló un intento de Comboni para lograr la reconciliación plena.

Este es el choque en la "cumbre", pero tiene secuelas a nivel inferior, en todos los sentidos. Comboni es muy impopular entre algunos de los suyos y además hay otros que instigan desde El Cairo y que son sacerdotes y hermanos. Escriben contra él a Propaganda Fide y también a las sociedades que envían ayudas acusando a Comboni de derrochar el dinero.

En esos meses Comboni ha estado enfermo con frecuencia: ha sufrido unas fiebres y sobre todo un terrible insomnio que lo destroza. Sin embargo, marcha a Europa a principios de 1876, pues tiene que clarificar muchas cosas en Roma con el cardenal Franchi, nuevo prefecto de Propaganda Fide después de morir el cardenal Barnabó, en 1874. Le acompañan dos muchachos del Sudán meridional, Arturo y Daniel, a los que hará estudiar en Italia. Después de detenerse en Roma, viaja por Europa con una finalidad distinta de la de otras veces. Ahora va a desmentir personalmente las cartas que le acusaban, presentando las cuentas y documentando cómo ha gastado el dinero de los católicos europeos.

Su viaje acaba pronto, pues lo reclaman en Roma. Ya no se trata de críticas, sino de un informe oficial contra él en el que aparecen todas las acusaciones que se pueden hacer a un sacerdote. Comboni deja de decir Misa unos días. Es el intento más grave de acabar con él.

Su respuesta es un "dossier" bastante voluminoso: contiene una relación escrita por él de toda la actividad des-

arrollada en la misión, y otros documentos en los cuales sus acusadores dicen lo contrario de todo lo que se afirma en el informe de acusación. Entrega todo y no se queda luego intrigando en Roma. Va a Verona a hacer ejercicios espirituales. Ese golpe debe haberle aturcido. Luchar con alguien de la valía de Carcereri no es una broma. Pero tener que vérselas además con quien lo considera fanfarrón, ambicioso, pésimo organizador, curioso de leer las cartas ajenas y hasta hombre de poca fe... Debe sentirse un poco en la situación de Job al oír las recriminaciones de sus "amigos": "¿Responde un sabio con una ciencia de aire, hincha su vientre de solano replicando con palabras vacías, con discursos inútiles? Tú llegas incluso a destruir la piedad, a anular los piadosos coloquios ante Dios..." Esto mismo están diciendo de él. ¡Buenas cosas leen sobre Comboni los cardenales de Roma!

Pero en este momento, mientras se ocupa en enviar a Africa un pequeño grupo de refuerzo, también en Roma cambia el viento. Llegan al Vaticano cartas de las sociedades para socorrer a las misiones, indignadas por la campaña promovida contra Comboni. Además, su Informe con los documentos que contiene, deshace las acusaciones. Alguno de los acusadores se retracta de todo y pide disculpas. Desde El Cairo, mediante el obispo de Verona, llega una carta muy enérgica contra la campaña de calumnias. Es de don Squaranti, rector del Instituto veronés, enviado a Egipto para controlar aquellas instituciones combonianas.

Pero Comboni, aún más que en las decisiones de Propaganda Fide, confía en la respuesta global de sus misioneros de Africa. Y éstos, en gran mayoría, envían los testimonios de su fidelidad.

En fin, en noviembre de 1876 la "cumbre" de Propaganda Fide decide nombrar obispo a Daniel Comboni, dejar intacto el territorio del Africa central —cuya división habían solicitado— y pedir el regreso a Europa del

padre Carcereri. (Poco después la Orden de San Camilo abandonará del todo aquella misión.)

Por lo tanto, después de haber entrado en Roma casi como reo, Comboni sale como obispo. Su comentario es éste: "Todas las obras de salvación nacen y se perfeccionan al pie de la cruz; es un hecho atestiguado por la constante experiencia de diecinueve siglos. Y el estar persuadido de esto me sostuvo en las mil dificultades que encontraba la obra redentora de Africa, y en los presentes desastres me anima cada vez más".

Su designación como obispo fue una de las últimas decisiones de Pío IX. La consagración tuvo lugar el 12 de agosto de 1877 en la capilla de Propaganda Fide. Daniel Comboni recibió el nombramiento de obispo titular de Claudiópolis, porque, según dice el decreto papal, "habiendo vivido muchos años en Africa, has dado espléndidas muestras de tu piedad, prudencia, discreción, celo ardiente y habilidad no común para promover y propagar la religión católica".

Antes de volver a Africa, lo recibe Pío IX en audiencia. Es la última vez que se encuentran. El Papa le regala el pectoral, el báculo y el anillo. "Son cosas más propias de cardenal que de obispo misionero", le dice el anciano pontífice, "pero te las doy gustosamente".

Otros preparativos están dispuestos ya en Verona para Comboni: cinco Hermanas para Africa formadas en su Instituto, las cinco primeras "Pie Madri della Nigrizia", las primeras religiosas *suyas*. Marchan con él y con otros quince misioneros a principios de diciembre de 1877. En El Cairo su dignidad de obispo y su cargo de vicario apostólico hacen que se multipliquen los solemnes recibimientos oficiales: encuentro con el jefive, visitas, banquetes al lado del explorador Stanley. La Sociedad Geográfica Egipcia presenta a Daniel Comboni como "un hombre a quien toda Europa venera como santo y que es un verdadero santo de la civilización".

5. Sequía y hambre, como en tiempo de los faraones

Después de la estancia en El Cairo, emprende su itinerario acostumbrado. Hay que conducir a Berber a las religiosas de Verona, y a los centros más avanzados a los demás misioneros. La primera parte del viaje se realiza remontando el Nilo en un barco a vapor; luego desembarcan para aventurarse en el desierto. Sin embargo, esta vez el obispo Comboni y sus acompañantes toman también el tren. Escasos kilómetros separan Assuán de Scellal, pero así evitan el peor tramo del río.

El ferrocarril es una de las realizaciones del jedive Ismail. Este ha modernizado Egipto, pero ha querido hacer muchas cosas en un plazo excesivamente breve y el país no puede resistir los gastos, aunque la exportación del algodón le proporciona unas discretas entradas.

En 1877 Egipto y Sudán padecen una plaga de dimensiones bíblicas: en la región del Alto Nilo, ausencia total de lluvias y de aluviones fertilizantes. Y eso significa falta de cosechas al año siguiente. Y por lo que respecta al gobierno, hundimiento de las entradas fiscales. Todavía en julio de 1878 Ismail aparece con un fausto sin igual en Europa (en Italia también) con su yate que lleva a bordo 225 personas entre la tripulación y los cortesanos. Pero todos saben que ya no tiene dinero ni siquiera para pagar los intereses a los acreedores. Y ya no le quedan más acciones del Canal para vender: todas han pasado a manos del gobierno conservador de Benjamín Disraeli en Londres.

Nadie puede ayudar a Ismail. Y mucho menos su soberano nominal, el sultán de Turquía, que ha declarado ya la bancarrota por su cuenta y, además, ese mismo año pierde la guerra contra los rusos. Un riguroso tratado de paz lo deja a merced del zar Alejandro II. Le auxilian entonces las potencias europeas con el congreso de Ber-

lín y con otro tratado que reduce algo las exigencias de Rusia.

Turquía, pues, se salva; pero parte de su territorio europeo pasa a poder de los servios, montenegrinos, griegos y rumanos; Austria se queda con Bosnia-Herzegovina, y los ingleses con Chipre. La vida y la muerte del imperio turco dependen ya de las cancillerías europeas. Por lo tanto, el sultán no puede hacer nada en favor del virrey egipcio.

Egipto está empobrecido. En muchas partes de Sudán la gente come hierba y excrementos de animales. Los camellos se mueren de hambre y de sed. Y a todo esto se une una grave crisis en los transportes. Es el segundo año de carestía. Cuando Comboni entra en su gran vicariato, no encuentra más que desolación por todas partes. “Las aldeas —escribe— son abandonadas por la gente hambrienta y desesperada; el gobierno está en pésimas condiciones económicas...”

La durra, cereal básico de la alimentación sudanesa, cuesta el doble que antes; el agua vale más que el vino en Europa y frecuentemente no se encuentra. Dice también Comboni en una carta: “Hemos agotado todas las provincias que teníamos, e incluso todo el dinero, para sostener las numerosas obras que tenemos en Berber, Jartum, El-Obeid y Gebel-Nuba. Hemos socorrido a las familias de nuestros cristianos que viven en gran pobreza; ayudamos en lo posible a los musulmanes en situación extrema, porque en esos casos la caridad no hace distinciones entre griegos, partos y sirios...”

Muere la gente, mueren también los misioneros. Cinco perecieron en 1877. En julio de 1878 a la gran sequía le suceden unas lluvias torrenciales, aguas estancadas al sol, epidemias como el tifus petequial y la viruela, las fiebres de siempre. (Las autoridades sanitarias europeas, incluidas las italianas, ordenan la cuarentena para los barcos procedentes de Egipto y también los de Marruecos y Túnez que padecen epidemias parecidas.)

Ese verano mueren el misionero don Policarpo Genoud y el criado de monseñor Comboni. En los dos meses siguientes mueren dos Hermanas. Escribe el obispo: "Lo que sobre todo me llenó de gran aflicción y pesar hasta casi morir de angustia y de pena fue el dolor y exterminio que las privaciones, las enfermedades y la mortandad ocasionaron al personal activo de la misión".

Este "personal activo" era solicitado continuamente por enfermos y moribundos, por familias que tenían algún difunto en la cabaña. "Con frecuencia, después de haber pasado todo el día consolando penas de todo tipo, el pobre misionero con algún neófito, en medio de las tinieblas de la noche, iba a acompañar a los que habían sucumbido durante el día, pensando que quizá al día siguiente otro misionero le acompañaría a él".

El mes de septiembre de 1878 fue terrible en Jartum. En la misión todos están enfermos y el obispo los envía a toda prisa para cambiar de aires quedándose él solo con algunas Hermanas. Manda fuera también a don Squaranti, su administrador, destinado a desempeñar las funciones de vicario general. Pero él no se mueve; es el jefe, el obispo, Comboni... Jartum es su sede principal, no hay retirada posible. El explorador Pellegrino Matteucci lo describe así en los días de Jartum: "Su bien merecida dignidad de obispo sólo le ha servido para ser el médico, el enfermero y hasta el sepulturero de los misioneros y de todos los que morían a la sombra de la cruz".

En esta mortandad parece un tercio de la población, en algunos centros la mitad y en muchas aldeas, todos, hombres y animales. Incluso en Jartum, aunque allí hay médicos, parece la tercera parte de los habitantes.

Don Squaranti se entera en Berber de que sólo Comboni queda en pie en Jartum y decide irse con él. La estancia en Berber parece haberle devuelto las fuerzas, así es que navegando durante quince días regresa a Jartum. Pero llega allí con las acostumbradas fiebres a las

que viene a añadirse el tifus y a los diez días fallece. Comboni no dejará de reprocharse esta desgracia.

En cuanto a él, se arrastra entre fiebres e insomnios. El gobernador Gordon le manda un día a su médico, que le aconseja seguir un tratamiento en un centro termal. ¿Pero cómo se va a ir al balneario el obispo de Africa, mientras los negros mueren y las religiosas de Verona —"Pie Madri della Nigrizia", ahora se están mereciendo el nombre— pasan intrépidas entre los cadáveres en busca de los vivos que necesitan consuelo?

Gente que muere, algunos que piensan marcharse, la superiora general de las religiosas de San José que quiere llevarse de Sudán a las Hermanas de su congregación... Todo parece derrumbarse. En Europa ni siquiera imaginan la gravedad de la situación y el número de víctimas. Quizá haya alguien que acuse a Comboni por la muerte de tantos misioneros. No hay nada más fácil.

El 16 de enero de 1879 parece que también a él le ha llegado la hora. Había salido para asistir a un moribundo y al regresar a la misión cae desplomado. No se debe a la epidemia, sino a las fiebres que ahora causan mayor daño porque el organismo está debilitado, ya que lleva meses sin poder dormir ni en la cama ni sentado.

Informa de todo al cardenal Simeoni, nuevo prefecto de Propaganda Fide: "Yo también he caído enfermo; llevo más de un mes atormentado por las fiebres y a duras penas puedo tenerme en pie. No se asuste vuestra Eminencia por estas malas noticias del Africa central. El apostolado católico nunca ha estado separado de los sacrificios y del martirio. A la pasión y muerte de Jesucristo siguió la resurrección, y lo mismo ocurrirá con el Africa central".

Pide luego autorización para viajar a Europa donde tiene mucho que hacer. Quisiera ir a Marsella para persuadir a la Madre General de San José de la Aparición que deje todavía en Africa a sus religiosas. Además, tiene que ir en busca de subsidios, porque la epidemia y la

carestía han agotado todo. Tiene que encontrar aspirantes para la misión y enviar desde Verona a los sacerdotes, religiosas y hermanos ya preparados, porque en Africa han muerto muchos. Pero la carestía acabará y la misión tiene que seguir adelante. Escribe a un periódico italiano: "Aunque estoy extenuado de fatiga, mi espíritu siente la fuerza del león y, a pesar de todos los obstáculos del mundo, estoy más firme e inquebrantable que nunca en mi grito de combate: ¡Africa o muerte!"

Llega a Italia a principios de mayo y a mediados de mes está en Verona. Se siente cansado, pero empieza en seguida a predicar por Italia. El 13 de julio tiene su primera audiencia con el Papa León XIII, que ha sucedido a Pío IX en febrero del año anterior. Le presenta un grupo de cinco "Pie Madri della Nigrizia" que van a ir a la misión y le hace llorar describiendo la dureza de aquellos parajes sobre todo en ese momento: estas mujeres —le dice— son conscientes de que son "carne de matadero", destinadas a encontrar las privaciones y sacrificios más penosos, a sufrir un lento martirio". Luego las acompaña a Nápoles, donde embarcan para Africa con dos diáconos, el austríaco Juan Dichtl y el polaco Matías Moron.

Otras veces la estancia en Italia le había sentado bien, pero ahora se siente mal en Nápoles: temperaturas altas, cansancio invencible, inapetencia. Regresa a Verona; ensaya una cura de aguas en Pejo sin resultado. Va a Roveretto y los médicos le prescriben reposo absoluto.

6. Empieza el acoso al Africa "salvaje"

Mientras él se va arrastrando así, es destronado en Egipto el jedive Ismail. Los acreedores europeos, perdida la paciencia, han aconsejado al sultán que lo destituya; éste, como es natural, ha seguido el consejo. El título de jedive pasa a un hijo de Ismail, Tawfiq, que será un mero testaferro. Egipto pasa a ser una administración contro-

lada bajo la tutela de una comisión internacional de la que forma parte un experto británico, sir Evelyn Baring, futuro Lord Cromer.

Los revisores empiezan a manejar la hacha en la jungla de la Hacienda egipcia: pierden el puesto funcionarios, intendentes, cortesanos; se reduce también el Ejército, disminuyendo el personal y los sueldos. Y aparecen así los primeros viveros de jóvenes coroneles a media paga que empiezan a planear revoluciones. Pero no se trata de eso por ahora.

El personaje más poderoso de Egipto es Benjamín Disraeli, conde de Beaconsfield, primer ministro de Inglaterra. Acaba de ocupar el Transvaal boer, y ahora está aplastando a los zulúes en Africa del Sur. Ha dado a la reina Victoria el título de emperatriz de la India y, para proteger las fronteras terrestres del imperio, ataca a Afganistán, víctima permanente de sus vecinos. También tiene que proteger la vía marítima para las Indias que pasa por Suez, y Disraeli cree que para eso basta la comisión internacional de control instalada en El Cairo.

Toda esta estrategia imperial es duramente contestada por la oposición liberal inglesa y por su jefe William Gladstone, que pronto derrotará a Disraeli en las elecciones haciéndose con el poder. Pero entonces también él quedará preso en el engranaje y se verá obligado a continuar y endurecer la misma política, en nombre del prestigio y del comercio. Del control se pasará a la intervención militar en Egipto y en Sudán. La gente de Kordofán y de Darfur, las tribus de los Nuba, los hambrientos por la carestía en Africa, se encuentran incluidos —sin saberlo— en proyectos de expansión mundial.

Toda Africa lo está: los nacionalismos europeos la están transformando en el campo de sus ambiciones. Como los que van a pelearse en las calles para no hacer destrozos en su casa. Hay una trágica aventura personal que aclara algo los motivos de los acontecimientos de Africa. Es la del príncipe imperial Eugenio Luis Bonaparte, hijo

de Napoleón III. Ha ido a Africa del Sur a luchar en el Ejército inglés, empujado por su madre —Disraeli no quería—, para dar nuevo lustre a los Bonaparte con vistas quizá a alguna oportunidad futura, a algún trono. Para el hijo de un soberano, para un aspirante a rey, el lustre no puede ser más que militar necesariamente.

Sin embargo, para no cerrarse ningún camino, para evitar enemistades, también hay que escoger contra quién combatir. Ahora bien, ¿qué enemigo más idóneo y menos comprometedor que esos negros remotos, ridículos hasta en el nombre: zulúes? Pueblo de nadie, *res nullius*, como enseña la doctrina colonial, con su armamento primitivo, “salvaje”, la lanza corta llamada “assagai”, signo también de inferioridad culpable.

Aquel pobre joven de veintitrés años fue enviado a la muerte en junio de 1879, vestido como un inglés, con armas inglesas buenas, pero que no le salvan de las “assagai” de los negros (la “azagaya bárbara” de Carducci). A esos negros que no tenían nada contra él y a los que seguramente no odiaba, creía aportarles la civilización junto con las armas inglesas, a cambio de un prestigio guerrero indispensable a su carrera, a su futuro en Europa.

Con esta mentalidad impulsan los nacionalismos los gobiernos europeos a las aventuras africanas. La historia autónoma de Africa queda interrumpida unos años, cediendo el paso a la historia europea hecha en tierra africana. Esta se convierte en un campo de lucha y al mismo tiempo de conquista; establece las relaciones de fuerza y de prestigio; ofrece un desahogo a la belicosidad de los blancos, que pueden competir entre ellos sin dañar a Europa.

Puede ser que alguien crea haber encontrado en Africa la clave de una paz duradera en el viejo continente. Pero no será así. Los jóvenes tenientes europeos que corren a medir sus fuerzas, al “bautismo de fuego” africano; están ya destinados por coroneles y generales a lanzarse

(y muchos a morir) al matadero general de Europa que el “desahogo” en Africa no podrá evitar. Uno de esos candidatos al sacrificio en la primera guerra mundial se está preparando para hacer sus primeros entrenamientos en Egipto. Es el heroico Hortio Herbert Kitchener, futuro conde de Jartum, vencedor en cien batallas, gloria del ejército inglés, víctima de un torpedo alemán en el Mar del Norte.

¿Pero qué tiene que ver Daniel Comboni con todo esto? Comboni es un testigo que va a Europa a denunciar todo esto. A decir NO en nombre de Africa. Con sus planes, sus realizaciones, incluso con su agotamiento físico, contrapone a ese modo de ir a Africa el modo suyo, que es ir a compartir todo: el desierto, el camello, la carestía, la epidemia. Ir, ante todo, con respeto para la dignidad de los africanos y con confianza en su futuro de protagonistas.

Sabe muy bien que no todos los blancos son bandidos; conoce a muchos bienintencionados, a muchos bienhechores de los negros. Pero él quiere otra cosa: quiere un Africa “salvada por Africa”, bienhechora de sí misma y dueña de sí misma. Y busca gente para trabajar con los africanos en este gran proyecto, sin certeza de verlo realizado durante su vida y dispuesto incluso a “morir prematuramente por el Africa negra”.

Comboni es el hombre que va más contracorriente por lo que respecta a Africa. Es el más loco de los blancos. Y ciertamente un loco también para muchos africanos con su No a la resignación y a milenios de inmovilidad.

foto de Comboni,
tomada en 1879
en vísperas
de su partida definitiva
para Africa.



CAPITULO V

CAIDO EN EL CAMPO DE BATALLA

En 1879 el Instituto masculino para las misiones africanas tiene doce años de vida. Han entrado en él 86 sacerdotes y hermanos, de los cuales 62 son italianos y los restantes, extranjeros: siete austríacos, cuatro alemanes, tres sirios, dos polacos, dos franceses, dos etíopes, un belga, un luxemburgués, un canadiense, un egipcio y un palestino. La obra tiene, pues, desde su nacimiento un sello internacional, precisamente como quería Comboni: "Debe ser católica; no francesa, española, italiana..."

En noviembre de 1879 envía a África otra expedición de quince personas con tres sacerdotes (un canadiense, un alemán y un italiano del norte súbdito austríaco), más seis hermanos y seis religiosas, todas italianas. Pero queda por resolver el problema del rector del Instituto masculino. Era don Squaranti, y ya hemos dicho cómo fue a África y murió en Jartum. Lo ha sustituido provisionalmente don Paolo Rossi, secretario de monseñor Comboni, pero en agosto de 1879 abandona el Instituto. Con ayuda del obispo de Verona, ya cardenal, se logra encontrar una solución permanente.

De ahora en adelante el rector del Instituto procederá de los estigmatinos. Esta congregación (Sacerdotes de los Sagrados Estigmas de Nuestro Señor) fue fundada en la primera mitad del siglo por el veronés don Gaspar Bertoni, para proporcionar a los obispos sacerdotes especialmente preparados. Es una solución importante para el Instituto de monseñor Comboni, porque acaba con los rectores provisionales. El estigmatino designado para el cargo es don Giuseppe Sembianti que se hace bastante

de rogar, pero finalmente acepta el nombramiento hacia finales de año.

Ahora hay que revisar las primeras reglas de los institutos masculino y femenino, y esto exige un largo trabajo. Roma, como es habitual, ha devuelto esos textos sugiriendo unas modificaciones. Además, hay que tener en cuenta la experiencia africana en los últimos años. Cuando se hayan revisado esos aspectos, se pedirá su parecer a los jesuitas, los volverá a ver Comboni y luego se enviarán de nuevo a Roma. Y esto sólo será el fin del prólogo. La meta final es la aprobación pontificia que transformará esta institución de la diócesis de Verona en institución de la Iglesia, dependiente por tanto de Roma y no del obispo, y con permiso de extenderse más allá de los límites veroneses.

Sin embargo, precisamente debido a su importancia, esta aprobación pontificia no vendrá sino después de otros largos exámenes, ir y venir de cartas, informes, coloquios con cardenales... En una palabra, después de varios años. Por eso, Comboni incita a don Sembianti y al obispo a despachar lo antes posible la parte que les corresponde. Parece intuir que no verá acabada su obra, ni siquiera la primera parte. Empieza personalmente el trabajo con el nuevo rector y luego desde Italia y desde Africa se afanará hasta la muerte por acelerarlo, incluso empleando palabras duras que no escatima ni a los cardenales.

El hecho es que Propaganda Fide, al devolver al obispo de Verona el primer texto con propuestas de modificaciones, le escribía: "Podría redactar otro esquema cómodamente..." Y monseñor Di Canossa tomó al pie de la letra el adverbio, dejando dormir el asunto de 1876 a 1879. Es otra razón de que la prisa de Comboni sea a veces algo fogosa.

Escribe a don Sembianti: "Es mi deseo absoluto que se compile lo antes posible las Reglas del Instituto masculino y del femenino... Es mejor que se dedique a esto

pronto, en seguida... Le ruego que redacte las Reglas. Déjese de lo demás, coja la cruz y redacte las Reglas y Constituciones..."

Hay un momento en que se impacienta más aún y escribe al cardenal Simeoni, de Propaganda Fide: "Si en Verona desde 1867... hasta hoy hubiesen habido un obispo serio, activo, firme, coherente consigo mismo y generoso... las Reglas de mis institutos de Verona hubiesen obtenido ya la aprobación formal de la Santa Sede".

La estancia en Italia le permite volver a su pueblo, Limone sul Garda. Revestido con el solemne atuendo episcopal, celebra la consagración de la parroquia el 11 de octubre de 1879. Como es natural, fue un día festivo para sus paisanos, que recuerdan aún los antiguos lamentos por los Comboni: esa familia de ocho hijos y un solo superviviente, todos esos lutos que han convertido la casa en un desierto, esos recuerdos dolorosos...

La dignidad episcopal del único superviviente, la solemnidad de los recibimientos oficiales, los coches, los discursos... todo tiene el aire de una recompensa, de una reparación después de tantos sufrimientos. Para él y para su padre, el anciano Luigi, que está allí erguido, con su traje negro en medio de las fiestas. Pero pocos saben que precisamente en esos días el obispo está sufriendo con las fiebres intermitentes de Africa.

Y ojalá fuesen sólo las fiebres. Se empieza de nuevo con las cartas calumniosas y la historia durará muchos meses. Uno de los suyos de Africa que públicamente sólo manifiesta obediencia y admiración, en privado tiene la costumbre de escribir no a él sino a Propaganda Fide. O al cardenal Di Canossa que a su vez escribirá a Propaganda Fide. La misión en Africa central es nueva, ha atravesado el azote de la carestía, opera en territorios donde no han podido resistir fuerzas misioneras mucho más preparadas, y es difícil, por tanto.

Es dura para todos. Sin embargo, hay quien, para hacer méritos a los ojos de los superiores, necesita echar

abajo a Comboni. El está viajando por Italia en busca de misioneros y de ayudas, pero se da muy bien cuenta de ese zumbido, coge al vuelo ciertas miradas y sonrisas en los pasillos de Propaganda Fide, capta las murmuraciones. Le echan en cara la muerte de don Squaranti: hubiera debido dejarlo unos meses en El Cairo, pero se lo llevó demasiado pronto a Jartum. Lo acusan de administrar mal, aunque luego se verá claramente su sagacidad en los gastos. Hasta el cardenal Di Canossa, quizá algo asustado, deja entender en Roma que monseñor Comboni —un alma grande desde luego— quizá no sea el jefe más idóneo allá en Africa.

1. “No temo a nadie del mundo”

En agosto de 1879 Comboni va a Ischl (Austria), donde pasa el verano Francisco José; tiene el habitual encuentro con el soberano europeo que más le ayuda. Y precisamente allí le llega una carta del cardenal Simeoni que se hace eco en cierto sentido del obispo de Verona. Entonces Comboni responde al jefe de Propaganda Fide que ha comprendido bien “todo el alcance y el significado” de sus palabras. “Me he esforzado en reflexionar seriamente si, teniendo en cuenta mi nulidad y flaqueza, puedo ser todavía útil al apostolado africano... o si, por el contrario, le perjudico, tanto más que ahora a causa de tantas fatigas, privaciones, enfermedades, fiebres, congojas, luchas y contradicciones sufridas durante muchos años, especialmente en el último terrible período de la carestía y epidemias, soy realmente más débil para llevar las cruces... He pensado abandonarme en brazos de la divina Providencia que es fuente de misericordia para los desgraciados y protectora de la inocencia y de la justicia, y consiguientemente ponerme en manos de mis superiores... del Vicario de Jesucristo y de vuestra Eminencia reverendísima...”

Al leer estas palabras, podría parecer que la voluntad se apaga un poco para reducirse a la resignación y que los ánimos van desapareciendo. Pero poco después aparece el luchador denodado. Dice en carta a don Sembianti: “¿Qué hubiera hecho yo, si hubiera temido al diablo —que se sirve de buenos y de los tristes— para fundar y llevar a cabo mi misión africana, cosa que pudo hacer la Santa Sede sólo bajo mi gobierno? No temo a nadie del mundo”.

Esta carta tiene una fecha muy significativa: 17 de diciembre de 1880. Es decir, en vísperas de marchar desde El Cairo al Africa central. Está, pues, a punto de encontrar de nuevo aquella tierra, aquellas gentes y aquellos problemas. Y de enfrentarse con ellos él solo. Ha recorrido un largo camino con muchos compañeros de viaje de los que más pronto o más tarde ha tenido que separarse: don Mazza, el padre Ludovico de Casoria, los Camilos, el obispo de Verona... Siempre llegaba el momento de la separación, la necesidad de proseguir solo. Ahora ve que su obispo se aleja de él; vuelve a encontrarse solo. Y por si eso fuera poco, abrumado por dudas interiores: no sabe si su vida es realmente útil a Africa o no.

No rehúye esas dificultades. Consigue desprenderse también de sí mismo. Nunca será un santo recluido en sí, uno de éstos que, como suele decirse, “se desposan con una causa”, pero con desposorios despóticos y posesivos, con un protagonismo exagerado. El no; él lucha por la causa de Africa. Y eso es distinto. El servicio comporta siempre el examen de sí mismo, la evaluación crítica de hechos y actitudes. Entre los numerosos libros de exploradores que Comboni ha leído, están las relaciones del alemán Heinrich Barth, al que considera “el más respetable de todos”. Pues bien, Barth ha dicho: “Para un explorador cristiano en Africa el arma mejor es el respeto riguroso e irrefragable a los africanos”.

Así es: Comboni no va a Africa a ganar medallas y

prestigio para hacer carrera en Europa, según la moda del tiempo. Africa no es para él un instrumento ni un trampolín: es la meta. Y es su vida; se ha encarnado en ella, confía en ella.

Al mismo tiempo, en Africa Comboni es parte de la Iglesia y sirve a la Iglesia. Este es el otro punto firmísimo que explica su humildad en examinarse y “ponerse en manos de los superiores”. “Evangelizar no es nunca para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial”. Comboni está penetrado de esa convicción, la vive. Podría haber escrito él esas palabras, pero son de Pablo VI, el Papa del siglo siguiente, en su exhortación apostólica “Evangelii nuntiandi” de diciembre de 1975.

Hay una extraordinaria sintonía entre estos dos brescianos. La exhortación de Pablo VI dice así: “Cuando el más humilde predicador, catequista o pastor, en el lugar más apartado predica el Evangelio, reúne su pequeña comunidad o administra un sacramento, aun cuando se encuentra solo, ejerce un acto de Iglesia y su gesto se enlaza mediante relaciones, ciertamente, institucionales, pero también mediante vínculos invisibles y raíces escondidas del orden de la gracia, a la actividad evangelizadora de toda la Iglesia. Esto supone que lo haga, no por una misión que él se atribuye o por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre... Ningún evangelizador es el dueño absoluto de su acción evangelizadora, con un poder discrecional para cumplirla según los criterios y perspectivas individualistas, sino en comunión con la Iglesia y sus Pastores”.

Comboni dice en una carta a *Propaganda Fide*, en septiembre de 1881: “Desde mi adolescencia hasta hoy y hasta mi muerte siempre me ha gustado hacer la voluntad de Dios y de los superiores. Y estoy más contento de ser condenado a prisión perpetua obedeciendo al Papa y de parte de la Iglesia, mi señora y madre, que de ser rey y vivir glorioso y honrado en el mundo”.

Africa y la Iglesia: una doble fidelidad que libra a

Comboni de la tentación del orgullo o de hacerse la víctima y le da el valor que se necesita para exclamar: “Yo no temo a nadie en el mundo”.

Vio a todos en Verona: a su padre, el obispo, el Instituto, y seguramente pensó como siempre al marchar: “¿Será la última vez?” Sí lo es. Su padre no volverá a verlo, ni Verona, ni Italia. Está haciendo planes para el futuro, pero no le queda ni un año de vida.

Embarca en Nápoles a finales de noviembre de 1880 y llega a El Cairo el 3 de diciembre. Lo recibe el nuevo jedive de Egipto, Tawfiq, dispuesto a ayudarle por todos los modos posibles. Comboni deja allí al pequeño grupo que ha llevado de Italia y coge al que va a repartir entre los puestos del Africa central: primero Berber, luego la capital, Jartum, después El-Obeid en Kordofán y Delen en Gebel-Nuba.

En el año 1880 ha muerto alguien en todas partes: dos religiosas, dos hermanos, un sacerdote. Ahora tiene que conducir los refuerzos a su destino y luego emprender otra expedición en el extremo sur del país para preparar la instalación de nuevos centros misioneros. Y también de aldeas cristianas, como la primera de Malbes, ejemplo pequeño pero alentador de regeneración de Africa mediante Africa: gentes que consiguen vivir tranquilas, con un trabajo más productivo, porque está mejor hecho, y que, a pequeña escala, ya está aprendiendo a organizarse sola. En Malbes hay incluso un párroco africano, don Antonio Dobale, uno de los niños esclavos que Daniel Comboni rescató en Aden veinte años antes.

2. Romolo Gessi no quiere confesarse

El obispo misionero sale de El Cairo con quince personas entre sacerdotes, religiosas y hermanos. Van en tren hasta Suez, luego en barco por el Mar Rojo y finalmente

navegan por el Nilo hacia Jartum, adonde llega Comboni a finales de enero de 1881.

Empieza por revisar las cuentas de todo el vicariato. Cuadran perfectamente. No existe, pues, el desorden denunciado en algunas cartas. Incluso la nueva iglesia de El-Obeid, la mayor del Africa central, está acabada y pagada. En Jartum se celebran con gran pompa, el 15 de marzo, sus cincuenta años, con asistencia de dignatarios turcos y egipcios, cónsules de Austria y de Francia, multitud de cristianos y de musulmanes.

Comboni describe la fiesta al rector de Verona en una carta, que es importante porque da idea de la simpatía y del afecto que había sabido granjearse en Sudán.

“¡Cincuenta años! Dios mío, me hago viejo. Y aumentan las penas y las cruces. Pero, si vienen de Dios, cuento con su ayuda. En Jartum hubo una verdadera fiesta y todos los pachás, cónsules, etc., vinieron a felicitar-me, deseándome otros cincuenta años. El Gran Pachá mandó la banda militar para tocar en mi honor y al anochecer vino con todas las autoridades y la aristocracia para pasar la velada en mi salón. ¡Pero mire la bendición de Dios! Don Bártolo (Rolleri), que se había ido antes con nuestra caravana, regresó con fiebre y más muerto que vivo; se rehizo pronto y quiere ir conmigo a Kordofán. El Gran Pachá me había ofrecido el vapor para ir hasta Tural-el-Khadra y lo había aceptado para salir esta mañana. Pero, como los misioneros me dijeron que don Bártolo quería ir a Kordofán, dije al pachá que no podría ir antes del sábado para poder llevarme conmigo a don Bártolo. Entonces me dijo que el jueves mandaría el vapor delante de la misión y que podía irme cuando quisiera”.

En marzo de 1881 recibe otra visita: llega muy enfermo Romolo Gessi (el pachá Gessi, como lo llaman en Africa). Le han atacado las fiebres tropicales en la cuenca del Bahr-el-Ghazal, el gran afluente de la margen izquierda del Nilo Blanco que se desliza lentamente por zonas pantanosas, infinidad de cañaverales, plantas de papiros

y enormes luciérnagas. Con gran dificultad ha podido llegar hasta Jartum; en la misión más que un huésped ilustre es un paciente. Lo atienden las “Pie Madri della Nigrizia”.

Su estado es tan alarmante que Comboni le insinúa la conveniencia de confesarse. Pero Gessi es un garibaldino del 1859, más bien abstemio en cuestión de sacramentos. Así es que empieza por rehusar bruscamente, luego parece acceder y de nuevo cambia de decisión. Pero es un gran amigo de Daniel Comboni, obispo y partidario acérrimo del Papa. Un día que Comboni necesitaba dinero con urgencia, fue precisamente Gessi, romañés y anticlerical, el que le prestó una fuerte suma sin pedirle ninguna garantía: no es hombre de cálculos. (Al contrario; unos años antes, su amigo y jefe Gordon, convencido de hacerle un cumplido, le dijo sin reflexionar demasiado: “Es una verdadera lástima, Gessi, que no sea usted inglés”. A lo que respondió tirando al suelo el sombrero africano y jugándose el puesto y la carrera. Sin dejar a Gordon el tiempo de disculparse, Gessi arremetió furioso contra él, contra la Corona de Inglaterra, la reina Victoria y el mundo entero.)

En este mes de marzo de 1881 están en el corazón de Africa estos dos italianos, el anticlerical y el obispo: aquél, enfermo, y éste, enfermero, hablando largamente del futuro de Africa. Gessi regresa de una larga campaña contra los mercaderes de esclavos en la región de Bahr-el-Ghazal, pero no se hace la ilusión de que haya sido suficiente. Volverán a empezar. Se necesita algo más efectivo que una represión pasajera. Se necesita a aquel sacerdote, aquel otro italiano, Daniel Comboni. Por eso le propone ir a establecer una misión en aquellas zonas pantanosas, una especie de fortaleza contra los negreros. Discuten y hacen planes los dos italianos, heridos ya de muerte por las enfermedades tropicales; son dos moribundos sin saberlo.

“Quiero ir a ver a tu padre”, le dice Gessi a Comboni.

Piensa regresar a Italia. Lleno de admiración por las religiosas, ha decidido visitar su Instituto de Verona y luego ir a Limone sul Garda para ver al anciano Luigi Comboni y llevarle cartas y noticias de su hijo obispo. Este, sin embargo, está muy preocupado; sabe que su padre “temblará como una hoja” al recibir a un personaje tan importante como Gessi en su pobre casa de Limone. Por eso escribe al rector Sembianti que organice la entrevista no en Limone sino en Verona.

Pero no llegarán a verse. Romolo Gessi sale de Jartum el 11 de marzo y no llegará vivo a El Cairo. Las fiebres acaban con su vida en Suez, el 30 de abril. Muere “impenitente”, como se suele decir, pues no se ha confesado. Pero las religiosas de Jartum han decidido que el amigo de su obispo tiene que ir al cielo a toda costa, aunque sea a hurtadillas. Y diluían las medicinas en agua de Lourdes; cuando se marchó, le cosieron en la ropa una medalla del Sagrado Corazón.

3. Los que le criticaban están ya orgullosos de él

En abril de 1881 Comboni sale de Jartum para visitar la misión de El-Obeid y la región de Kordofán; después seguirá hasta Delen y los cercanos montes Nuba. Por esos mismos días tiene lugar otro reparto de África entre las potencias europeas. Los periódicos del viejo continente difunden extensos relatos de los horrores perpetrados por los *krumiri*, quedando este nombre con tal fama que pronto lo usarán en Italia para designar una marca de bombones de licor y más tarde se aplicará también ese nombre a los esquiroles.

Sin embargo, los *krumiri* son, en realidad, unos pobres desgraciados del desierto, tribus hambrientas que viven de las razzias. A principios de 1881 el cónsul de Francia en Túnez tomó a sueldo a esa gente, mandándolos a sa-

quear a Argelia (francesa), para que esto le sirviese de pretexto. Después el gobierno de París desencadenó un conflicto diplomático por ser éstos súbditos tunecinos: protestas, admoniciones, amenazas al rey de Túnez, que es el soberano local dependiente en teoría del sultán de Turquía.

Llega, al fin, el momento de emplear la fuerza, y a primeros de mayo un cuerpo militar francés ocupa Túnez, que pasa a ser protectorado de Francia. Las grandes potencias contemplan imperturbables todo esto. Al fin y al cabo, ya estaban de acuerdo desde 1878 en el congreso de Berlín. Sin embargo, también Italia tenía aspiraciones sobre Túnez, poblado ya por miles de sus emigrantes meridionales. Por eso, el golpe de mano francés provoca un fuerte giro en la política exterior italiana, añadiéndose a otros factores y al miedo al aislamiento.

Ese mismo año 1881 el rey Humberto I va por primera vez a Viena en visita oficial y allí estrecha la mano de Francisco José, contra el cual habían luchado tres veces su padre y su abuelo. Un año más tarde se estipulará oficialmente la alianza entre Italia, Austria-Hungría y Alemania. Mientras tanto, el canciller Bismarck cada vez que recibe a un político italiano le sugiere otro nombre africano: Trípoli.

Comboni no conduce cuerpos expedicionarios al África central. Va inerte en sus camellos desde Jartum hasta Kordofán y Gebel-Nuba. Y, dondequiera que llega, hay fiesta. Ya hasta se cursan órdenes oficiales a los gobernadores locales para que vayan a recibirlo con los mayores honores. Comboni, según dicen las notas del gobierno, es “una de las dignidades más altas de su religión, que debemos venerar; está considerado en el mundo como una personalidad destacada y es estimado por todos. Por lo tanto, procurad que quede satisfecho de vosotros”.

Pero quien más lo festeja es la gente del lugar: los negros. Para ellos ha regresado el enemigo de la esclavitud, el garante de la libertad, el hombre que acoge a los

esclavos y despacha a los amos, que es respetado desde Delen hasta El Cairo, Estambul y Europa para aplicar severamente los antiguos edictos contra el comercio de hombres.

Vuelve a ver a los esclavos que él liberó y están asombrados al ver su barba ya blanca. Los jefes de tribus le dirigen palabras de bienvenida: "Estamos contentos de verte entre nosotros y tú también debes estarlo para recibir en tus manos nuestras quejas". Otra vez gentes pacíficas están amenazadas por los *baqqara*, ladrones de hombres y de cosas. Comboni denuncia inmediatamente esa situación y llegan tropas para dispersar a los *baqqara*.

En Sudán hay ahora otro gobernador general, Raouf Pachá, hombre de bien que toma en serio el problema de la esclavitud. Para él Comboni es la persona más autorizada del gran país, casi un taumaturgo. Por los días en que llegó Comboni cayeron abundantes lluvias después de una sequía y el pachá lo atribuyó a él diciendo: "No me cabe duda de que se debe a vuestras oraciones".

Hace mucho más aún, pidiendo al obispo cosas que unos años antes ninguna autoridad local hubiera pedido a un extranjero: "Os ruego que examinéis atentamente el país y su administración, a fin de que podamos tomar las medidas necesarias para el bienestar de estos pueblos y velar por su prosperidad"... Raouf solicita la ayuda de Comboni en lo tocante a la esclavitud: "Como usted se encuentra en el lugar, estará en condiciones de descubrir y conocer bien los errores que se cometan allí y de proponer el remedio eficaz que hay que aplicar".

Si se tratase de política, habría que decir que Comboni está ya bien situado. En realidad, es como un patriarca. Ha llegado a la edad y la posición adecuada para conducir adelante a los demás, los jóvenes, dando directrices y consejos, basados en su experiencia. Pero no es esto lo propio de un misionero. Y desde luego Comboni no lo hace. El se considera aún en el punto de partida y se dedica a organizar la expansión misionera, ordenando

una expedición para explorar amplias zonas de los montes Nuba.

Da la orden y él marcha a la cabeza. Quiere estudiar personalmente la distribución de los habitantes, el clima, los recursos naturales y agrícolas. Quiere aprender directamente los dialectos locales. Ya conoce muchos, pero sigue aprendiendo más con gran facilidad, para poder comunicarse con todos en su lenguaje cotidiano.

Observa también la administración de esos lugares, según le había pedido el gobierno. Es un estudio inspirado en criterios más ágiles y justos, pero sobre todo en una búsqueda del mejor modo de acabar con el comercio de esclavos.

De hecho, gracias a lo que observa ahora —y a lo que ha observado antes— concibe el proyecto de modificar profundamente los límites de las provincias, lo cual comporta la repartición de los poderes entre más gente. La trata de esclavos se ve también favorecida por la enorme extensión del territorio: los gobernadores tienen a su cargo regiones amplísimas que incluyen los pueblos donde se proveen de esclavos y los remotos mercados donde se reparten. Basta, pues, estar de acuerdo con el gobernador para tener las manos libres en el momento de la razzia y en el de la venta.

El Kordofán administrativo, por ejemplo, es excesivamente grande y "gobernador, empleados y magnates son todos ladrones, asesinos, autores y colaboradores de la trata en Nuba". De ahí la necesidad de separar las regiones de las víctimas de las de los ladrones, haciendo provincias distintas con gobernadores propios capaces de enfrentarse a los "ladrones y embrollones de antes".

Por lo tanto, no se trata de una inspección tranquila a territorios organizados. Se habla de "provincias y circunscripciones", pero esos términos hay que interpretarlos en el sentido africano. Es una marcha larga y dura, entre incomodidades y peligros, comiendo lo que hay, durmiendo cuándo y dónde se puede, soportando el mal

clima, estando alertas ante posibles ataques de fieras y de bandidos.

Y Comboni siempre va a la cabeza. Oigamos a uno de sus acompañantes: “Nos edificó con su resignación ante todas las incomodidades del alojamiento, de la comida y de la rudeza de la gente. Marchó a explorar todos los montes de alrededor, pasándolo mal con caminatas, lluvias, tugurios... como un soldado”.

Hay que observar que el que dice estas palabras hubo un tiempo en que escribió muchas cartas contra el obispo Comboni. A su juicio, no hacía nada bien, erraba en todo. Sin embargo, ahora que lo ve en primera línea, son muy distintas las cosas que propaga: “Aunque nos daba mucha lástima verlo en aquellos ajetreos, gozábamos viéndolo en medio de ellos, muy robusto aún y lleno hasta rebosar de buena voluntad”.

Basta estar a su lado y ver cómo se comporta: entonces hasta los críticos se enorgullecen de él.

Sin embargo, no está todo acabado. Comboni regresa de la expedición, se detiene primero en El-Obeid y luego va a Jartum. En cada etapa encuentra paquetes de correspondencia y en cada paquete hay, al menos, una carta contra él. Advierte que han vuelto a comenzar las censuras. Gente que vuelve a poner en circulación maledicciones y algo mucho peor. Y está expuesto a eso, inerme, como a las fiebres tropicales, porque no se escuda como vicario apostólico en su aislamiento, sino que está en primera línea, obligado con frecuencia a tomar decisiones aparatosas, y no siempre puede sazonar todas las viandas con las salsas adecuadas. Además, como está seguro de sí y se sabe inocente, ni siquiera se pregunta qué irá a pensar éste o aquél de tal palabra o gesto suyo o de tal decisión repentina.

Esta actitud da como resultado las nuevas acusaciones que en parte se refieren a cuestiones administrativas y en parte lo atacan terriblemente como sacerdote y como obispo. Llegan hasta acusarlo de una pasión amo-

rosa. Y, para que no falte nada, procuran que llegue la noticia hasta Limone, a oídos de su padre.

“Que clamen contra mí, que me denuncien al Papa: perjudicará a la misión mi ausencia de Africa mientras me justifico ante el Vicario de Cristo... Pero inquietar y afligir a un santo anciano, que me ha dado no solamente la vida material sino también la espiritual, eso es ya demasiado”.

Las cartas del verano de 1881 rezuman amargura. Comboni ha regresado de su fatigoso viaje con nuevas acometidas de fiebre, favorecidas por las oscilaciones del clima. En el mismo día ha tenido que pasar de los calores ecuatoriales a lluvias copiosísimas. Tiene que dedicarse al trabajo atrasado: siempre hay muchas cartas que contestar, relaciones que mandar a Propaganda Fide, informes para el gobierno egipcio, y además, los cónsules europeos, sus soberanos y ministros...

Este hombre, que se pasa la mañana despachando su correspondencia en Jartum, podría marcharse de Africa, ser ministro del Papa, estar al frente de una nunciatura importante, ya que conoce las lenguas y los personajes más importantes de toda Europa. La tranquilidad, un gran prestigio, la púrpura cardenalicia... todo lo tiene al alcance de su mano.

El ha elegido Africa y todas esas fatigas y enfermedades que no acaban nunca. Así está contento, se sacrifica con alegría; siempre ha querido eso. Pero verse ahora víctima de muchas otras calumnias, saber cómo se propagan, oírlas por las parroquias y obispados, en los palacios vaticanos e imaginar el desconcierto de muchas personas de Europa que le socorren... Esto realmente debe parecerle una cruz excesiva. “Yo ya no sé en qué mundo se vive hoy... Estoy aquí expuesto a la muerte... contento de morir para salvar a los pobres negros y para ser fiel a mi vocación ardua, difícil y santa... ¿Y voy a perseguir fines bajos e indignos de un apóstol de Africa?...”

Está realmente solo. No puede ponerse a contar esas

cosas a sus misioneros, ni a intranquilizarlos con historias infames. Está muy acabado, pero oculta su pena fingiéndose aún más enfermo de lo que está: "Los misioneros creen que tengo dolor de espalda, porque realmente estoy algo cansado a causa de las caminatas a caballo. Pero la verdadera causa, que sólo Dios y yo sabemos, es una aflicción profunda y tremenda que supera a todas las demás y a todas las humillaciones sufridas, a las injusticias y disgustos..."

En semejante situación tiene que soportar otra oleada de muertes inesperadas. Tres seguidas: el sacerdote polaco don Matías Moron; don Antonio Dobale, el párroco negro de la colonia de Malbes, atacado por fiebres tifoideas, y sor María Colpo, una hermana de Vicenza. El mismo catafalco sirve para los funerales de los tres. Y Comboni presiente que no ha acabado todo: después del funeral por la Hermana, "ordené que no tocasen el catafalco porque estoy esperando otras caricias de las amorosas manos de Jesús, que ha empleado más talento y más esfuerzo en fabricar la cruz que en hacer el cielo".

Todo esto sucedió entre el 26 de septiembre y el 3 de octubre de 1881. Este mismo día muere el hermano Paolo De Scandi, atacado también por el tifus que ya constituye una epidemia. Enferman casi todos, quedando en pie solamente Comboni y el joven don Giovanni Dichtl... A De Scandi le acompaña en su última noche de agonía don Giovanni Battista Fraccaro, el más cercano a Comboni, su vicario general. Pero, en cuanto el Hermano baja a la tumba, también Fraccaro cae gravemente enfermo con una fiebre muy alta y terribles dolores de cabeza. No hay esperanzas.

4. "Monseñor, ha llegado el instante supremo..."

Ha llegado el turno de Comboni. El 4 de octubre ya no tiene fuerzas para moverse y dice la Misa en su habitación. Va perdiendo también la voz, esa voz poderosa de predicador y cantor, tan conocida en Europa y en toda el Africa central. El está extenuado; don Fraccaro agonizando... y las campanas de la misión doblan por los muertos que se suceden.

Parece que el obispo se rehace algo el 9 de octubre, pero precisamente ese día muere don Fraccaro. Este es el último golpe. Uno de sus misioneros escribe lo siguiente: "Aunque sus palabras eran animosas y expresaban resignación, no las pronunciaba ya con el tono fuerte propio de monseñor; la fiebre y los otros padecimientos, unidos a las desgracias que estaban ocurriendo... lo habían dejado como aturdido y le habían quitado algunas de sus características..."

La noche del 9 de octubre se agrava y la pasa sin poder conciliar el sueño. Unos velan el cadáver de don Fraccaro, otros aparecen preguntando por monseñor, los niños de la misión están silenciosos en el patio y en el jardín.

Comboni tiene a su lado a don Dichtl y durante la noche va repasando con él su vida, le habla de sus amigos, de su anciano padre que está en Limone... Por la mañana oye doblar de nuevo las campanas para el funeral de don Fraccaro. Va a ver el entierro, pero tiene que volver a acostarse.

Un obispo, cuando muere, no está fuera de servicio. Al contrario, más que nunca es oficiante y evangelizador... En el "coeremoniale episcoporum", junto con las normas acerca de la ordenación de los sacerdotes, la consagración de iglesias y las confirmaciones, están también las disposiciones con las que un obispo debe morir:

es su última homilía, su último acto público. En cuanto se tiene la seguridad de que ya no hay esperanzas, hay que advertir clara y solemnemente al obispo de su próximo fin.

Este deber le incumbe en Jartum al superior local, el canadiense don Arturo Bouchard: "Cuando lo vi en los últimos momentos, le dije: 'Monseñor, ha llegado el instante supremo... Renovad vuestro sacrificio; dentro de breves momentos iréis a recibir la corona prometida a los que han dejado todo por Dios'".

El moribundo ya ha recibido los sacramentos. No puede hablar; pero, después de unas horas de delirio, vuelve a estar consciente. A veces sonríe. Ahora se comprende todo: los sacrificios, las luchas, las incomprensiones y también, y sobre todo, esas inexplicables calumnias contra él. También ellas entran en el programa de la cruz que Daniel Comboni ha aceptado siempre animosamente. Su último gesto de despedida a los suyos y a Africa, a la gente del desierto, a los esclavos de Nuba, es una mano levantada que cae luego inerte a las veintidós horas del 10 de octubre de 1881. Según afirman los testigos, el profeta de Africa muere con la placidez de un niño que se duerme.

Lo sepultan el 12 de octubre en el jardín de la misión, cerca de la tumba de Maximiliano Ryllo, el primer misionero muerto en el Africa central. Su padre, al recibir la noticia dice: "Doy gracias a Dios, porque ha muerto en su puesto como un buen soldado".

5. Decididos a continuar: así vence Daniel Comboni

"Ahora es mejor confiar todo a los salesianos". Esto es lo primero que en medio del desconcierto se le ocurre al obispo de Verona: transferir el Instituto y la misión a don

Bosco de Turín. ¿Cómo seguir adelante sin Comboni? Se constata que era indispensable, que era único. Pero se le ofende también pensando que toda su obra podía vivir sólo con él y que sin él tiene que morir por carecer de vitalidad propia. Es un momento de crisis muy grave, pero que afecta más a Italia que a Africa y menos al Instituto que a sus misiones.

De hecho, ya a principios de noviembre, apenas conocida la noticia en Delen, la misión más remota, escribe don Luigi Bonomi: "Estamos totalmente resueltos a continuar". Igualmente decididos están el rector don Sembianti y la superiora de las "Pie Madri" María Bollezzoli. Después de unos meses difíciles, la decisión de seguir adelante se consolida con el nombramiento del sucesor de Comboni como vicario apostólico del Africa central. Es un antiguo amigo suyo, Francesco Sogaro, de Vicenza, que más tarde será consagrado obispo.

Así pues, se sigue adelante. Sin embargo, se sigue sobre todo porque los que están en Africa están decididos. Verona notaba más el vacío dejado por Comboni: las preocupaciones e incertidumbres, la disminución del número de aspirantes misioneros. En Africa no. Allí se ve claro que Daniel Comboni no ha sido una luz pasajera en los desiertos y en las montañas: Comboni ha construido. Como él decía, ha "plantado" en Africa una obra que resiste incluso a su muerte, que se ha aclimatado a los trópicos y forma ya parte del paisaje africano. El nuevo modo de ser misioneros por Africa y con Africa ha sido una intuición suya, que ahora continúa orientando a sus misioneros.

Todo esto lo explica con pocas palabras en Africa, pero también para Roma y para Verona don Francesco Pimazzoni, uno de los que estaban enfermos del tifus en Jartum cuando Comboni moría. Pimazzoni escribe a don Sembianti: "Somos combonianos y debemos ser intrépidos y constantes". Es decir, debemos seguir adelante y seguir con ese nombre. Con identidad, estilo y método de

Daniel Comboni, con sus Reglas y su inspiración, con sus documentos fundamentales, desde el *Plan* hasta el *Postulatum* y la sustancia de sus *Reglas*.

De este modo, Comboni, ya muerto, gana la batalla más difícil: la de permanecer en Africa. Pero la lucha no está acabada, ni mucho menos.

En torno a los coroneles egipcios, descontentos con su media paga y enojados por la administración europea, se ha ido formando un movimiento popular en contra de los ingleses, de los franceses y de los turcos sobre todo. Uno de esos oficiales, Arabi Pachá, ese mismo año, 1881, empieza a transformar el disgusto y la protesta en una acción organizada; en junio de 1882 estalla la rebelión nacionalista con asesinatos de turcos... y también de cristianos.

Inglaterra reacciona invitando a Francia a colaborar, pero ésta se niega. El 10 de julio de 1882 los barcos de guerra fondeados en Alejandría reciben la orden de abandonar esas aguas. Al día siguiente la flota británica, mandada por lord Seymour, abre el fuego contra los fuertes de la ciudad. Se acaba la administración controlada. El gobierno de Londres con generales y almirantes se adueña de Egipto y, por mucho que el sultán proteste, el dominio turco en territorio egipcio desaparece hasta de nombre. El jedive conserva nominalmente su puesto, pero todos los poderes pasan a manos del alto comisario enviado por Londres. Revisa las cuentas un viejo experto en finanzas cairotas, Evelyn Baring, lord Cromer. Las fuerzas militares quedan a las órdenes de lord Kitchener que en la batalla de Tell el-Kebir acaba con la revuelta de Arabi Pachá.

Esta termina en Egipto, pero en Sudán no. Allí, un jefe musulmán, que lleva el interminable nombre de Muhammad Ahmad ibn Abd Allah, se ha proclamado *Mahdi*, el "esperado", una especie de mesías guerrero del Islám, y ha comenzado una guerra santa sudanesa contra el dominio turco egipcio. Llega el día de la venganza con la

ocupación de Sudán en tiempo de Mohammed Ali y de su hijo Ibrahim.

Guarniciones, sedes de gobierno, ciudades y aldeas van cayendo en manos de los derviches, uno de los nombres (en persa significa "mendigos") con que son conocidos los partidarios de El Mahdi. Son negros musulmanes de gran valor y extraordinaria crueldad que luchan yendo de un lado a otro a pie, en camello, en barcas a lo largo del Nilo con una resistencia asombrosa que arrolla todo. Se enfrenta a ellos el general Gordon, que es derrotado y muere durante la ocupación de Jartum, en 1885.

Es una guerra interminable, que no acabará hasta 1898 con la victoria definitiva de Kitchener. Quince años terribles que destrozan la estructura misionera creada por Comboni. El Mahdi muere en Ondurman en 1885, pero su sucesor Abd Allah ibn Muhammad al Ta'ishi tiene el mismo proyecto de convertir al Islám a toda Africa y el mundo entero. Así pues, no hay lugar para los cristianos. Las misiones (Gebel-Nuba, Berber, El-Obeid y Jartum) son ocupadas o destruidas. Los misioneros asisten a espantosas matanzas en la capital y en Berber.

Pero no se habla de misioneros asesinados. Expulsados y fugitivos unos, prisioneros otros. Hay algunos derviches que quieren inducirlos a renegar del cristianismo; si lo consiguieran, sería un triunfo colosal. Pero todos rehúsan y El Mahdi acaba poniéndolos como ejemplo a los suyos: "Mirad cómo estos infieles se mantienen firmes en su fe, en tanto que muchos de vosotros tienen poca confianza en mí". Y amenaza con estrangular a los que les pongan las manos encima.

En estos años y en Africa es donde se supera la crisis de la muerte de Comboni y nacen los combonianos. Es cierto que es imposible seguir trabajando en Sudán; por eso, el nuevo vicario apostólico, monseñor Sogaro, reúne a los supervivientes (han muerto algunos por enfermedad) en Scellal, en Egipto, y en Suakim, en el Mar Rojo.

Pero no se van; no se irán nunca de Africa, y así Daniel Comboni ha vencido.

Cuando está todo acabado, vuelven a Sudán y a Jartum; excavan en el jardín donde estaba su tumba. También por allí ha pasado la guerra dejando, sin embargo, intacta la sepultura del Padre Ryllo, cuyos restos son hallados e identificados con certeza. En cambio, el sepulcro de Daniel Comboni ha quedado semidestruido. Salen a la luz unos cuantos huesos que los misioneros guardan algún tiempo en Assuán. Más tarde serán trasladados a Jartum. Hace veinte años que están en el sitio definitivo que les corresponde, es decir, en Verona, la casa-madre de sus misioneros.

Cien años después de la muerte de Daniel Comboni, en Moyo (Uganda) a escasos kilómetros de la frontera sudanesa. Antes reinaba aquí la dictadura neroniana de Amin; luego llegaron sus enemigos, pero no ha cambiado nada. En los campos sólo hay cadáveres insepultos o sacados de sus sepulturas por las fieras. Los vivos han corrido todos a refugiarse en una misión en busca de alimentos, medicinas, algo que los defienda. Por los alrededores no se ven más que los misioneros. Visitan casas y cabañas, entierran a los muertos y socorren a los vivos que encuentran. En medio de ese estallido de violencia sólo quedan ellos.

A quien pregunta quiénes son y por qué continúan allí, le responden con las palabras de Francesco Pimazzoni, cien años antes: "Somos combonianos".



Comboni con Daniel Sorur, primer sacerdote nativo del Africa Central. En pleno período colonial Comboni creía que la salvación de Africa sería obra de los mismos africanos.





El carisma de Daniel Comboni vive hoy en unos 4.000 misioneros, hombres y mujeres, consagrados a la evangelización de Africa y del mundo.



	<i>Pág.</i>
Prólogo.....	5
CAPITULO I: UNA MISTERIOSA OSCURIDAD.....	11
1. En la escuela de vida de don Mazza.....	17
2. Mohammed Alí, el conquistador.....	20
3. En Venecia se estudia árabe.....	24
4. Cuatro meses de desierto en camello.....	27
5. Las fiebres tropicales hacen estragos.....	31
6. Estudiantes africanos en Verona.....	34
7. Pío IX con la espalda en la pared.....	38
8. Salvar a Africa con Africa.....	42
CAPITULO II: COMBONI, EL FUNDADOR.....	49
1. Acusaciones, desaprobación y “una inmensa alegría”.....	57
2. Solo con su ideal funda dos Institutos.....	60
3. 1867: Comboni asume la dirección de la expedición africana.....	66
4. Una misteriosa aventura en París.....	71
CAPITULO III: CONTRA EL MUNDO Y EL INFIERNO.....	77
1. ¿Tiene la Iglesia de Africa un retraso de dieciocho siglos?.....	83
2. Un sacerdote solo frente al Concilio.....	85

	<u>Pág.</u>
3. Reconocimiento oficial de su Instituto misionero.....	89
4. "El misionero privado de todo consuelo humano..."	91
5. Comboni, Provicario apostólico de Africa.....	95
 CAPITULO IV: SALVADOR DE ESCLAVOS	 99
1. El comercio de los esclavos.....	106
2. La hiena hace enloquecer al camello.....	109
3. "Las Hermanas duermen debajo de un árbol donde antes había un león..."	113
4. Obispo del Africa central	116
5. Sequía y hambre, como en tiempo de los faraones.....	122
6. Empieza el acoso al Africa "salvaje".....	126
 CAPITULO V: CAIDO EN EL CAMPO DE BATALLA.....	 131
1. "No temo a nadie del mundo".....	136
2. Romolo Gessi no quiere confesarse.....	139
3. Los que le criticaban están ya orgullosos de él..	142
4. "Monseñor, ha llegado el instante supremo".....	149
5. Decididos a continuar: así vence Daniel Comboni.....	150